

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnización en obras, ó una rebaja de 10 y 15 por 100 en efectivo.

LA SEMANA.

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40

30 por 100 de indemnización en obras, ó una rebaja de 10 y 15 por 100 en efectivo.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Revista de Madrid.—Caja de ahorros de Madrid.—Remitido; Observaciones sobre el teatro.—Dictamen fiscal de la cámara de Castilla, sobre el obispo de Leon.—Recuerdos de un viaje en Portugal, por S. P.—Causa formada en 1841 contra el teniente general don Diego de Leon, primer conde de Belascoain.—Columnas, obeliscos y pirámides.—Si ó no; novela.—La novia de aldea.—El padre Guadalupe.—Las plagas de Egipto en Madrid.—Aticismo.—Higiene pública.—Mosáico.—Efemérides españolas del siglo XIX.—Gacetiña devota de la capital.—Logogrifo; solución del anterior.

Este número lleva nueve grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior.—FRANCIA. Pálidas han sido y de un interés secundario las sesiones de la Asamblea en esta semana, excepto la del día 26 de junio, en la que ha habido una segunda edición de los debates sobre los gastos de representación del presidente. En aquella sesión la montaña había manifestado una moderación relativa; había esperado que absteniéndose del lenguaje violento y grosero, que tiene por efecto inmediato producir la unión entre los amigos del orden, haría que los disidentes y los dudosos de la mayoría votasen contra la petición del gobierno. Engañada en sus cálculos ha querido tomar el desquite, y ha causado un grande escándalo á fin de consolarse de la ocasión que había dejado escapar anteriormente.

El partido rojo ha emprendido esta nueva campaña con motivo de un proyecto del ministro de Trabajos públicos, en que pedía un crédito extraordinario para gastos de la primera instalación del Palacio Eliseo. La montaña creyó favorable esta ocasión; la sesión fué una rebelion permanente contra el reglamen-



El duque de Palmella.

to, y contra el presidente de la Asamblea encargado de ejecutarlo; Mr. Dupin se vió obligado á desplegar una energía sobrehumana para mantener sus derechos. Mr. Pean fué llamado al orden, así como monsieur Baudin, Mr. Emilio Girardin.... y Mr. Valentin fué castigado con la censura, la esclusión temporal, y se le hizo salir del salon. A pesar del desorden de la montaña el proyecto de ley fué aprobado por una mayoría de 411 votos contra 179.

El partido del orden continúa cada vez mas afirmado en Francia; empero las diarias disidencias entre los legitimistas y algunos individuos de la mayoría hacen que no acabe de consolidarse la confianza. Así es que á pesar del triunfo del 26, en la misma Asam-

Tomo II.

blea legislativa el gobierno ha sufrido una derrota inesperada, habiendo sido rechazada, aunque por escasa mayoría, en la sesión del 27, una proposición del ministro de lo Interior, Mr. Baroche, para que se pudiese á la órden del día del jueves 4 del corriente, la ley relativa al nombramiento de los *maires* ó corregidores. Esta votación que presenta una extraña coalición formada por individuos de la derecha y de la izquierda, ha sido obra del partido legitimista y de la montaña.

El duque de Palmella, que se hallaba en París, ha muerto de resultas de la caída de un caballo. Esta noticia ha sido transmitida con tal rapidez, que habiendo acaecido la catástrofe el día 3 en París, era conocida en Madrid al día siguiente, gracias á lo acelerado que hoy se hace el servicio de telégrafos.

El gabinete inglés, que había quedado en minoría en la cámara de los Lores por causa de la cuestión griega, había aceptado una discusión latísima sobre la misma cuestión en la cámara de los Comunes. Allí los enemigos de la política del lord Palmerston la han combatido también hábil y tenazmente, y el ministerio se ha defendido con calor, habiendo sido las palabras de Palmerston frecuentemente interrumpidas con frenéticos aplausos. La proposición de Mr. Roebuck ha sido aprobada por una mayoría ministerial de 46 votos, en la sesión del 28 por la noche, y fué comunicada inmediatamente por el telégrafo eléctrico de Calais. Esta mayoría en una cámara tan numerosa como la de los comunes, es bastante corta, y no sería extraño que el gobierno tratase de disolver el parlamento.

Se ha perpetrado un atentado contra la persona de la reina Victoria. Esta, acompañada de tres de sus hijos, y de la vizcondesa de Jocleix, su dama de honor, volvía de Cambridge-House-Piccadilly, á donde había ido á saber noticias sobre la salud de su augusto tío, y se volvía á su palacio de Buckingham; una gran multitud esperaba delante del palacio de Cambridge para saludarla. En el momento de atravesar las puertas del palacio, un individuo decentemente vestido, de alta estatura, se adelantó dos ó tres pasos, y con un bastoncito negro que llevaba en la mano, golpeó fuertemente á la reina en la cabeza hacia la sien derecha. El sombrero de la reina quedó ladeado por la fuerza del golpe, pero S. M. no hizo mas movimiento que llevar la mano á la cabeza para arreglar el sombrero. Inmediatamente todos los que estaban presentes se arrojaron sobre el reo, y hubiera sido hecho pedazos por el pueblo á no haberlo protegido la policía que lo condujo al cuerpo de guardia mas inmediato. La reina marchó inmediatamente al palacio de Buckingham, siendo frenéticamente aplaudida en todo su tránsito.

El reo que se llama Roberto Pate, es teniente de húsares del 10, y hace tiempo que es retirado. Interrogado, confesó era cierto había dado un ligero golpe con un bastoncito á S. M., pero dirigiéndose á los testigos les preguntó: ¿podreis decir si ha sido el golpe en la cabeza ó en el sombrero de la reina? Se le encerró en una sala; y reconocido se le ha hallado un pañuelo de bolsillo y dos llaves, pero no tenía dinero ni armas de ninguna clase. El baston era delgado y pesaba menos de tres onzas. Pate vivía hace dos años y medio en una elegante habitación en un piso tercero; era hombre arreglado y metódico, y pagaba con exactitud todos sus gastos. Es hijo de un padre que posee una fortuna considerable en Wisbeach. El día 28, siguiente al del atentado, ha sido interrogado por los ministros, y parece resultar que su crimen ha sido efecto de una enagenación mental.

En Prusia el gobierno continuaba en una posición expectante. Las relaciones de la unión restringida con el congreso de Francfort van á ser discutidas en una sesión inmediata en el colegio de los príncipes, que ha nombrado una comisión, esperándose siempre que se restablecerá la buena inteligencia entre la Prusia y el Austria, gracias á la acción de un partido poderoso que en Viena misma se inclina á la política de la Prusia.

El príncipe de Prusia, despues de su vuelta á Berlin de su viaje á Rusia, se ha dirigido á Londres; y se aseguraba también en toda la Alemania que igual dirección había tomado el autócrata de las Rusias.

En Italia el mariscal Radetzky había dado órdenes que tendían á restablecer la moderación en las disposiciones que rigen los estados italianos sometidos al Austria, porque el peligro de una insurrección es cada vez mas remoto.

En el Piamonte la cuestión suscitada sobre la abolición de las inmunidades eclesiásticas por las leyes del ministro Sicardi continúan agitando los ánimos. El go-



Mr. Roebuck.

bierno había dirigido una nota al cardenal Antonelli justificando su derecho, pero la corte romana se hallaba poco dispuesta á ceder en este grave negocio, habiendo comunicado sus instrucciones á los obispos y al clero de la Cerdeña.

En Roma había tranquilidad, pero en las poblaciones de la Campagna romana se habían presentado numerosas cuadrillas de bandidos. El 12 de junio en la población de Sutri, hubo un motin contra los velites pontificios, que aunque en número considerable, evitaron una lucha; mas habiendo acudido tropa en gran número fueron presas las cabezas del motin, y habiéndose hecho pesquisas domiciliarias se descubrieron grandes cantidades de armas y municiones.

Interior. Reina la mayor tranquilidad en toda la Península. En la isla de Cuba no quedaba ya el menor vestigio de alarma, disipada completamente la que produjo la intentona de los piratas.

El gobierno de los Estados Unidos, que en un principio había puesto en libertad al cabecilla de aquellos, don Narciso Lopez, reconoció al fin la justicia de la causa española, y los deberes que le imponía el derecho de gentes, acordando el arresto de Lopez, el cual sin embargo á los pocos dias de prision ha sido puesto nuevamente en libertad bajo la fianza de 3,000 duros. El descrédito en que ha caído este gefe de aventureros, el pronto y duro escarmiento que han recibido los que le siguieron, la execración que contra ellos se ha levantado en toda Europa, harán que no vuelvan aquellos estados, asilo abierto á todos los vagos y malhechores del mundo, á pensar otra vez en semejantes planes.

De un momento á otro se aguarda el nacimiento del heredero del trono de Castilla. La reina continúa en el mejor estado de salud, paseando todos los dias por el Prado en carretela descubierta, algunos de ellos en compañía de su augusto esposo, habiendo cumplido el término de los nueve meses, según se dice, el día 4 de este mes.

REVISTA DE MADRID.

«En Madrid, dice un adagio vulgar, hay nueve meses de invierno y tres de infierno.»

No estamos nosotros muy de acuerdo con el adagio en cuanto á la primera y mas larga porcion del tiempo que califica. En los nueve meses llamados de invierno hay tres de un hermosísimo otoño que se prolonga hasta los últimos días de noviembre: hay otros tres en que la estacion florida no nos niega de ordinario ninguno de sus encantos, y que hace gratos los días que corren desde los primeros de marzo hasta los últimos de mayo; y en puridad de verdad, solo quedan otros tres meses para la estacion de frios, los hielos y las lluvias, que es la que merece y la que lleva el nombre de invierno.

Pero llega el mes de julio, y entonces se cumple desgraciadamente, y con una rigurosa exactitud, la segunda parte del adagio consabido. El calor cae en peso sobre los habitantes de la corte de una manera sofocante y horrible. Pasadas las primeras horas de la mañana, las calles se caldean hasta un extremo insostenible: un hálito abrasador circula sin cesar por todas ellas; ciertos depósitos, que no queremos especificar, llenan la atmósfera de sus pestilentes miasmas; y cuando se acercan las últimas horas del día, la capital de entrambos mundos no acierta á alzar su coronada frente por entre la espesa bruma que levantan sobre ella los sofocantes ardores caniculares.

Dichoso mil veces en este tiempo el pez que vive entre las azuladas ondas del mar; el águila, que hace sumido en la escarpada roca, bañada por la brisa del valle; la tórtola, que pasa el día entre el follaje de la enramada, á cuyo pie murmura el arroyo; el solitario buho, que habita las lóbregas paredes del campanario, donde la luz del sol jamás penetra; el triste murciélago, que se sepulta en el fondo de la caverna ignorada, y descende por ella hasta encontrar el nacimiento de las aguas. El habitante de la ciudad coronada tiene mucho que envidiarles en estos días, en que á trueque de inmensos placeres y de gozes inacabables que la sociedad le ofrece, le niega la naturaleza un poco de aire que respirar, cuya adquisicion no puede proporcionarse con el sacrificio de todas sus faustuosas riquezas.

Afortunadamente, tiene Madrid dentro de sus muros, y en las inmediaciones de sus puertas, hermosos paseos, donde mas ó menos tarde la atmósfera recobra al fin su habitual transparencia.

La fuente Castellana, para los que, como la tórtola, buscan en este tiempo el follaje de la arboleda, el silencio del bosque, y el grato aroma de las plantas y de las flores: el salon del Prado, para los que prefieren á la espesura del bosque el azul de los cielos, y á las flores del jardin, las flores animadas del pensil de la vida. El Retiro, en fin, para los que desean respirar el aire de las alturas, dominar un vasto horizonte, y contemplar el reflejo de la luna en las inmóviles aguas del estanque: he aquí tres elementos de vida y de recurso con que cuenta el madrileño para indemnizarse del aislamiento y de las privaciones á que lo reducen los ardores del estío.

Y ya que del Retiro hablamos, permítasenos dirigir á quien corresponda una pregunta sobre este paseo. ¿Por qué causa de algunos años á esta parte se priva á los habitantes de Madrid de concurrir á él á la única hora en que puede pasearse durante el verano, desde la caída de la tarde, hasta las once de la noche? ¿Por qué se cierran sus puertas media hora despues de anochecido, haciendo salir de él á las personas que lo ocupan, en los precisos momentos de comenzar á disfrutar de la grata frescura de sus paseos? ¿Se pretende por ventura que vayan las gentes á tomar el sol al Retiro en las tardes de verano? ¿Se teme acaso que la seguridad individual no esté completamente garantida en aquellas silenciosas arboledas? Y entonces, ¿para qué sirven los encargados de la vigilancia nocturna, los agentes de proteccion y seguridad pública? ¿Tanto cuesta tener aquel paseo al abrigo de malhechores durante la noche, que será necesario el incesante clamor de toda la prensa para conseguir dos horas de próroga por la noche, como sucedió el año pasado para conseguir una hora de adelanto por las mañanas? Porque, desengánense las personas á quienes incumba esta pequeña parte de la pública administracion. Si los jardines del Retiro han de estar abiertos en julio y agosto desde las seis de la mañana hasta la puesta del sol, tanto vale tenerlos cerrados á todas horas y dejar en el tranquilo goce de sus aguas, y de sus bosques, á los habituales pobladores del estanque.

A medida que la estacion adelanta, la sociabilidad comienza á desaparecer por completo. En materia de

reuniones solo algunos conciertos podremos enumerar desde que escribimos nuestra última revista de Madrid. Este es el curso ordinario de la vida social en materia de diversiones. La música reemplaza al baile cuando el abatimiento del calor disminuye las facultades coreográficas, y desarrolla esa deliciosa inaccion, cuyo mas grato alimento consiste en las melodías musicales.

Entre los conciertos merecen citarse los dos celebrados en casa del señor Espin. Por desgracia para los amantes de estas reuniones musicales, el segundo de ellos ha tenido el carácter de último por la presente temporada. Cantaron en él, haciendo alarde de su buena escuela y de sus excelentes facultades, la señora Arias, las señoritas Mutiozabal, Moscoso y Díaz, y los señores Cajigal y Guallar. Las piezas fueron muy escogidas, y la sociedad, brillante y animada, salió en extremo satisfecha de aquella grata reunion, si bien desconsolada al calcular el tiempo que ha de verse privada de ella. Pero las bellas y aprovechadas discípulas del señor Espin no quisieron despedirse de él sin darle una muestra de su cariño; y esta muestra quedó consignada en una preciosa corona de laurel y en una composicion poética que se leyó, y era alusiva al mismo objeto.

Terminados los conciertos del señor Espin,—del apreciable maestro español que ha cultivado, casi solo y con singular perseverancia, el arte músico en España,—háse dado á luz tanto concierto y tanta música ambulante, que no nos es dado comprender, por mas que discurrimos, donde se encuentra el inagotable manantial de ese torrente músico, que distribuido en millares de brazos, ya se presenta sonoro y estrepitoso, ya corre manso y silencioso, ya salta bullicioso y jugueton, ya se desliza suave y apacible. En el café del Iris, una lucida charanga ofrece todos los domingos brillantes conciertos matinales: por la noche los hay variados, escogidos y multiplicados en la plazuela del Progreso y en el café de Neptuno: esto es sin contar con que no se entra en café alguno donde no se oiga la polka de los *Cinco sentidos*, y las seguidillas de *Gloria y peluca*. Por las calles circulan á todas horas, y hacen su revolucion periódica por la puerta de cada casa, un sinnúmero de organillos napolitanos, de flautas con acompañamiento con harpas, de violines acompañados por guitarras, y de otros instrumentos músicos menos populares y conocidos. En las afueras de Madrid, hay por todas partes ejercicios militares con bandas de música, columpios amenizados con pitos y tamboriles, punteadas bandurrias, plañideras vihuelas: se dejan oír, en fin, todos los ecos que responden bajo diversas formas y sonidos á las varias entonaciones musicales.

Dijose no ha mucho en Madrid que la música ambulante traia los nublados de primavera. ¿Será ella tambien la que ha hecho subir la atmósfera ocho grados en cuatro días, y traido esas neblinas de polvo, que nos abrasan y sofocan?

Esas neblinas y esos calores no vienen, sin embargo, desprovistos de grandes y muy conocidas ventajas. Mientras se construye un ferro-carril en las inmediaciones de Madrid, el vapor, aplicado á todos los *simones de plaza*, los hace circular con una rapidez asombrosa y aumenta los productos de esta industria. Los coches de alquiler,—no hablemos ya de las diligencias y trasportes al exterior, todos ocupados de antemano; los coches de alquiler, repetimos, son la sombra benéfica á que acuden cuantos se ven en la precision de recorrer las calles durante el día, y es cosa de ver el encarnizamiento con que los aspirantes se disputan la posesion de estos vehículos cuando á algunos pasos de distancia divisan enarbolado el targeton donde se lee este suspirado emblema: «*Se alquila*.»

Días pasados ocurrió, como ocurren muchos otros, un lance chistosísimo entre dos personas que se disputaban la posesion de un carruaje. Descendia el vehículo lentamente por la calle de la Montera, llevando en *facha* el consabido targeton. Dirigióse un militar á la puertecilla derecha, mientras un paisano lo atacaba por el flanco izquierdo: abrieron simultaneamente; intentaron ambos entrar; y prevemos que hubiera sido *trágico* el fin de esta aventura, si no hubiese ocurrido naturalmente un desenlace *cómico*. El paisano tropezó al tiempo de entrar, y cayó dentro del carruaje, asomando los pies por un lado y saliendo el sombrero por el otro. «Amigo mio, le dijo el militar; es necesario ser justos: vd. ha tomado por completo posesion del carruaje.» Y se dirigió riéndose en busca de otro vehículo.

Sin duda por indemnizar en parte á los cocheros de tanta y tan penosa fatiga, es por lo que el corregidor de Madrid les ha concedido un día de cada semana, en que caducan todas las disposiciones legales sobre carruages, y son los cocheros árbitros y soberanos señores del bolsillo de los concurrentes.

Esta concesion nos ha recordado aquella festivi-

dad en que los romanos daban libertad á sus esclavos y les servian ellos en clase de tales.

Preciso es conocerlo y confesarlo. La hora de los toros es en España una hora revolucionaria y anárquica. Ella conculca todos los principios de orden y de gobierno. Ya no son solos los sastres y los zapateros los que pueden faltar á su obligacion en tales días, sino que hasta los cocheros pueden infringir las leyes que les conciernen. El público no dispone á esa hora de los carruages: ellos son los que disponen del público. Asi, porque en las tardes de toros puedan ofrecer alguna mas ganancia—con mucho mas trabajo—el conducir espectadores al Circo que el servir á personas determinadas, se hace pagar á estas inocentes personas, á discrecion y voluntad de los cocheros, lo que á estos se les antoja pedir en indemnizacion de esas supuestas ganancias, que por lo visto, y segun sus exigencias, deben ser mayores que las que producen las minas de California.

Por eso, cuando llega este caso, se suelen triplicar ó cuadruplicar los precios ordinarios, y el que ya ocupa un carruaje antes de sonar la hora fatal, ó tiene que abandonarlo en comenzando á correr esta, ó si se encuentra en *compromiso de honor*, ha de pagarlo á un precio exorbitante, sopena de representar un triste y desairado papel.

Hé aquí una ocasion en que el ciudadano de Madrid se ve precisado, por díscolo que sea, á bendecir y alabar á su gobierno municipal.

De algunos se yo que lo han bendecido, derramando napoleones en las manos de nuestros elegantes y cumplidos aurigas.

Entretanto, Madrid entero está pendiente de un gran suceso próximo á verificarse, y anunciado ya *facultativamente* para el 9 de este mes el alumbramiento de S. M. la reina. Con este motivo se sigue hablando de las fiestas que habrán de celebrarse, entre las cuales se cuentan, ó se imaginan á lo menos, grandes y vistosas iluminaciones en los jardines del Retiro. Háblase tambien de las muchas solicitudes que se han dirigido para obtener el nombramiento de caballeros en plaza en las consabidas fiestas. Interin llega tan fausto día, los conciertos y las músicas ambulantes siguen siendo, como mas arriba hemos dicho, el entretenimiento de los habitantes de la corte, y para una buena parte de ellos debemos contar tambien en la quincena anterior las bulliciosas verbenas de San Juan y San Pedro y los bailes de la Juventud Española. Los teatros, faltos por ahora de vida, se reorganizan y dan grandes esperanzas para el porvenir. La obra del de Oriente sigue con actividad pasmosa, y con la misma se activan, segun parece, el nuevo palacio del Congreso y la mejora proyectada en el paseo de Atocha, para dejar dentro de él el embarcadero del camino de hierro.

En contrapeso de estas mejoras, las ciencias y las artes han perdido en esta quincena dos hombres eminentes: ambos ancianos, ambos esclarecidos por sus virtudes y sus talentos, ambos elevados á una gran altura en el cuerpo social: el primer médico y el primer pintor de S. M. Afortunadamente rodean á nuestra augusta soberana otros hombres distinguidos por sus conocimientos en la medicina y en la pintura, que á no dudarlo, sabrán llenar dignamente los grandes vacíos que ha dejado la muerte de los escolentísimos señores Lopez y Castelló.

J. M. ANTEQUERA.

CAJA DE AHORROS DE MADRID.

Tenemos á la vista la memoria anual de la misma, y los estados generales de sus operaciones en el año último, y su situacion en fin del mismo.

Segun ella, ó por mejor decir, segun estos, es creciente la prosperidad de tan benéfico instituto, á cuyo establecimiento en Madrid tenemos placer en decir lo mucho que contribuimos.

El número de imponentes ha sido mucho mayor, y el de las puestas, que el del año 1848.

Cuán grande sería el de unos y otros si la especial y mas segura constitucion de esta caja no impidiese recibir todo el dinero que desea llevarse á sus arcas, si admitiese en vez de 60 reales 1,130 como la de París, puede calcularse por el número de las imposiciones verificadas desde su instalacion en 1838 (249,432) y por lo que esceden de ese maximum de 60 reales cuando se fija otro mayor.

Limitado el empleo de las imposiciones á las necesidades del Monte de Piedad, la superabundancia de capital que la caja le pasa, le obliga á este máximo tan mínimo para las puestas, á pesar de la estension que ha dado el Monte á sus operaciones.

Es ciertamente sensible, diremos con el dignísimo redactor de la memoria, y secretario gratuito de la caja, el festivo escritor don Ramon Mesonero Romanos, que ligada la caja por sus estatutos y con una discreta prevision al Monte de Piedad, único estable-

cimiento que por mas de siglo y medio ha sabido conservar su crédito y su prestigio, no pueda abrir la mano á las necesidades, á los deseos de tantos laboriosos imponentes como se agolpan cada domingo á sus puertas á depositar el fruto de sus sudores y economía, y se vea obligada á restringir aquel movimiento vital de moralidad y de buen orden, disminuyendo continuamente la facultad de imponer hasta las mas mínimas sumas, y dejando solo abiertas sus puertas al ochavo del pobre, del artesano, del huérfano, y de la viuda. Pero la necesidad de proceder así, y de levantar un voluntario dique contra la invasion de caudales que produciria á la caja su crédito mismo, y su buen nombre, está demostrada con la base de la institucion, que atendiendo á su inalterable seguridad, la priva de recibir mayor suma de la que el Monte pueda necesitar; y ya es conocido por los años anteriores el guarismo á que puede extenderse.

A no haber sido así, á no haberse visto precisadas á reducir cada dia mas y mas la importancia de esta caja, á haber podido admitir lo que las estrangeras, juzguese cuáles serian hoy las proporciones de la de Madrid.

Con un hecho concluye la memoria que prueba mas que nada el celo, la devocion, por decirlo así, que inspira á los imponentes este establecimiento, los cuales le miran desde su principio bajo el punto de vista de la beneficencia, que es el único que le corresponde. Un imponente, que ha llevado su modestia hasta el extremo de pedir á la junta que calle su nombre, ha cedido á favor de la caja 5,305 reales 21 maravedís que le correspondian por intereses.

Celebraremos que la junta haya estimado el medio que la propuso su ilustrado secretario de hacer efectivo tan cristiano donativo desempeñando cortos préstamos del Monte.

IMponentes.

Libretas en 1.º de enero 1849.	3,333
Id. en el año.	1,132
Total.	4,467.
Canceladas en el mismo	860
Existentes en 31 de diciembre.	3,607.

IMPOSICIONES.

En 1.º de enero 1849.	7,399,487	5.
En el año.	3,147,423	
Total.	10,546,912	5
Reintegros en dicho periodo.	1,807,834	21
Capital en 31 de diciembre de id.	8,739,077	18
Interés de 4 por 100.	346,823	12
Total á favor de los interesados.	9,085,902	30
Interés de 5 abonado por el Monte.	411,670	3
Id. de 4 abonado por la Caja á las puestas.	346,823	12

Beneficio á favor de la caja 94,844 23, que con 300,050 rs, y 4 mrs. que tenia por igual concepto en los años anteriores, el citado donativo, y 64 rs. por reglamentos vendidos, suma 400,264 con 16; de que descontando 55,563 por todos gastos, incluidos 15,000 en obras, restan á la caja 344,701-16, cantidad sobrada para aumentar al 5, que recibe, el interés de las imposiciones, toda vez que en 8 años sufragaría á los gastos, al cabo de los cuales debería el ayuntamiento costear esta institucion, á todos los intereses benéficos. Cada año que pase, aumentada con él esta cantidad, en cuyo destino hay que pensar un dia, reproduciremos esta idea que sometimos con otras en uno de nuestros artículos sobre cajas de ahorros, y en el tratado, sobre las mismas y el Monte de Piedad hemos escrito.

Las cantidades impuestas desde 17 de febrero de 1839 á 1.º de enero de 1850, suben á 21,945,428 con 3 mrs.: á 15,083,048-26 las devueltas, y á 11,914 los interesados, de los que restaban en 31 de diciembre de 1849 3,607, clasificados del modo siguiente.

Menores.	1,048
Mujeres.	1128
Domésticos.	467
Jornaleros y artesanos.	266
Empleados.	289
Militares.	125
De varias clases.	284

Tales son los resultados lisonjeros, tal el brillante porvenir que ofrecia á los principios del año actual esta benéfica institucion. Fundada sobre los mas sólidos principios de la moral cristiana y de la mas severa economía, la Caja de ahorros de Madrid, mejor fundada que las estrangeras, y enteramente al abrigo de la influencia del crédito, puede citarse como modelo. Su administracion nada tiene que envidiar á la mas perfecta; es digno de ser estudiado el orden que á todo preside, y la direccion es digna de que sepa el público que no recibe otra recompensa por sus consuntivas tareas, ni aspira á otra, que á la confianza de sus convecinos, que cree poseer en el mayor grado.

F. NARD.

REMITIDO.

CONSIDERACIONES SOBRE EL TEATRO.

Diversas veces y por diversos sábios se ha dicho que las naciones crecian como los hombres, y que se adornaban como ellos, con los varios gustos y las diferentes pasiones, frutos de las edades, por quienes, en el largo camino de su azarosa vida, atravesaban, y este solo pensamiento debiera bastar para enderezar nuestro juicio á las causas de gran parte de los sucesos que continuamente nos maravillan, y que no acertamos á explicarnos. El teatro es un ejemplo de lo que acabamos de decir: el teatro que está espirando sin que se advierta su vida, mas que en algunos rápidos destellos que de cuando en cuando, como una luz moribunda despide para volver á oscurecerse, sin que todos los esfuerzos de los declamadores de oficio, puedan hacerle recobrar su esplendor, que ha perdido, no por falta de autores; que tales los tiene, que pueden dar envidia á toda la Europa, sino porque el público, no gustando ya de sus encantos se separa de él, como la abeja de la rosa cuya miel ha libado ya.

Hubo un tiempo en que el público, acudia á los circos á ver representar *La Devocion de la cruz* y *El Mágico prodigioso*, ó bien se agrupaba en las plazas públicas para admirar las sublimes alegorías de los autos sacramentales, y aplaudia sin comprender aquellos grandes abortos de la imaginacion, porque le presentaban ángeles y diablos, santos y hombres, las nubes de luz de los cielos, y las nubes de sombra de los abismos, que en variedad de formas herian su imaginacion supersticiosa, como los cuentos de brujas hieren la imaginacion de los niños que los oyen trémulos y agrupados contra las rodillas de la abuela, que los cuenta como si de ella quisieran hacer escudo, caso de que los espectros entrasen de improviso por las ventanas.

Ahora el público ha variado de carácter y los dramas en que hay diablos provocan su risa, porque ya no tiene la fe de la niñez ni el juicio de la edad madura, que algun dia le hará estudiar esas mismas obras que antes aplaudió sin comprenderlas, y que ahora desprecia por que no las comprende. El público está ahora en la edad de la pubertad; por eso dos pasiones solas le entusiasman; el amor y el patriotismo, tambien puede añadirse á veces la desprecupacion, porque á la España le agrada ser tenida por sabia y filósofa; pero como todas estas pasiones están gastadas, el público las olvida como el libertino á los momentáneos ídolos de su cariño y corre á los bailes fantásticos, arrastrado por otra pasion que siempre ha pesado mas que sus hermanas á saber, la lujuria; y si alguna vez por pasatiempo acude á los teatros de verso, es solamente para que inciten su risa. El que le cumple este deseo es un bufon, escepto cuando lo hacen con sarcasmos contra el mismo público, porque entonces es un desgraciado.

El teatro, pues, está moribundo, y acabará por perecer; porque no es una necesidad de las naciones, sino una diversion que puede sustituirse cuando cansa. Ya ha empezado á cansar, tal vez para bien de la literatura dramática, porque ahora los autores, no pudiendo tomar la literatura por oficio, escribirán sin apresurarse y sin sujetar su genio á los actores, causa de la mayor parte de los defectos que deslucen nuestras obras dramáticas tanto modernas como antiguas; por esto los dramas que sin el objeto de que se representen, se han escrito, son obras modelos; mientras de los escritos para el teatro, son muy pocos los que salen de la patria de sus autores; prueba es el célebre *Goethe*, inimitable en su *Fausto*, y tan poco afortunado en sus demás obras dramáticas. Es verdad que los autores que tenían en el teatro un medio de existencia, perecerán cuando el teatro se cierre; pero ¿qué importa? A bien que no serán los primeros á quienes la sociedad mate de hambre; y esta muerte, ademas, es la mas propia para los poetas, por que vá precedida de un sinnúmero de sufrimientos físicos y morales, y como decia un célebre optimista á propósito de *Burns* (1). El poeta debe ser desgraciado porque sino ¿de dónde sacaría sus inspiraciones?

El teatro está moribundo; pero no: el teatro no hace mas que, hallándose estrecho en el edificio donde hoy se encierra, mudarse á otro local, donde, en un escenario mas estenso, pueda representar acciones mas complicadas. El teatro es ahora toda la Europa, y ya hace años que las escenas que nos representan nos hacen conocer que el tiempo es el mejor autor dramático que ha existido. En la política nos ha representado á un rey de Francia, esforzándose en elegir un papa, cuyo desacertado gobierno es despues causa de que la monarquía francesa se derrumbe. Nos ha mostrado á una república, que con las mismas bayonetas que la han servido para deshacer el trono que ocupaba su puesto, obliga á otra nacion á arrodillarse á las plantas de otro rey, á quien habian hecho huir de su palacio, los himnos con que su pueblo festejaba á la libertad. Y porque ni gracioso faltase en

(1) Burns, célebre poeta escocés, murió como Gilvert acosado por la miseria y el desprecio; pero en cambio á su muerte le elevó un gran sepulcro el pueblo que le habia dejado morir de hambre. ¡No pudo quedar descontento!

este magnífico cuadro, tan cómico de suyo, ha colocado en la escena un pueblo que con los ojos vendados vá de un lado á otro, como los niños cuando juegan á la gallina ciega, buscando un gobierno bueno, que segun las trazas no hallará nunca, pues los que palpa al paso, lo son ni mas ni menos, que gigantes eran los cueros de vino, con quienes el ingenioso hidalgo, que tuvo la locura de buscar la justicia, con tanto denuedo peleaba.

Y si esto sucede en las naciones, en las familias, que son sus remedos, no se muestran escenas menos curiosas y entretenidas. Todos sus hijos se han esforzado en disfrazarse de diversa manera, desde que han arrojado lejos de sí el vestido de religion con que antes se cubrian, y ya vemos á estos de calaveras á aquellos de escépticos, á los otros de patriotas, y á algunos de hombres de bien; pero muy pocos, porque la hombría de bien entre nosotros, es de tan mal tono, como la honestidad en las mugeres. Cada uno conserva su disfraz hasta la muerte, y hay algunos que suelen discurrir las fortunas de su vida, para acomodarlas mejor á su carácter prestado; siendo esta acaso la principal causa de que las costumbres estén en un estado que algunos llaman lamentable; porque los que con el aspecto de calaveras y despreocupados se resisten, cuentan á los que aun no han tomado un disfraz, susno siempre morales aventuras; los que las oyen, advirtiendo el interés que les héroes adquieren con ellas, las imitan tambien ó tal vez las fingen, comprometiendo la honra de mas de una familia por darse un interés que se ha hecho ya una necesidad en nuestro siglo, amigo de los dramas en que se vierte la inmundicia al medio, para sacar una consecuencia filosófica de el desenlace. Por esto el siglo ha hecho que le dirija al mal esa pasion de ser interesante, que como todas las pasiones, nos puede llevar al bien ó al mal, segun la direccion le señalemos. Si se nos hubiera hecho creer que las que daban interés, eran las buenas acciones, en vez de esas historias de escándalo, cada hombre llevaria abierta en la mano, una historia edificante, que procuraria hacer pasar por suya. ¿Quién sabe si esta pasion ha sido la que ha dado mas mártires á todas las religiones? Lo cierto es que no hay idea que pueda producir mayores sacrificios, porque es la personificación de el orgullo, y el orgullo es el hombre; pero la sociedad no quiere dramas clásicos que con todas las reglas de el arte la adormezcan, y espera á hallarse en el lecho de muerte, sola y enferma y acosada de remordimientos como una pecadora, pasada su juventud y su belleza para decir á las naciones venideras: *aprended de mi suerte* y dejar caer la cortina del olvido sobre tanta locura y tanta degradacion.

Pero mientras esto llega no acabará el teatro, y tal vez ni entonces, pues sobre las ruinas de nuestra nacion se alzarán otras tan cómicas como ella, nosotros que asistimos de valde á sus representaciones, siendo cómicos á la vez, debemos dar gracias á Dios porque nos haya lanzado á un mundo en que todo lo que pasa no es mas que una diversion pública, y debemos gozar y reirnos, porque es sabido que entre reir y llorar escoger el reir será siempre lo mas acertado.

CARLOS RUBIO.

DICTAMEN FISCAL.

DE LA CÁMARA DE CASTILLA

SOBRE EL OBISPO DE LEON (1).

«Los fiscales dicen: Que por real orden de 15 del corriente mes de noviembre se ha servido resolver S. M. la reina nuestra señora, de acuerdo con la soberana voluntad de su augusto esposo, que se remita á la cámara para que oyendo á los tres fiscales consulte su parecer, una copia literal de la en que S. M. mandó que el R. obispo de Leon se restituyese á su diócesis en término de tercero dia, y el libelo famoso original con que el mismo prelado contestó á la espresada real determinacion; y habiéndola examinado con la circunspeccion, imparcialidad y detencion que exige tan delicado asunto, ven con el mayor dolor que un prelado digno de respeto y tan favorecido de su monarca se haya dejado llevar en el acaloramiento de su imaginacion hasta el punto que se advierte en su contestacion; y aunque quisieran correr un velo sobre cada una de sus espresiones y que se sepultase en el silencio un escrito de tal naturaleza, no pueden menos de analizarle en cumplimiento del deber de su ministerio, del mandato de nuestra soberana, de acuerdo de su augusto esposo, y de la satisfaccion que exige la vindicta pública; mucho mas, atendida la publicidad que se ha dado á dicha contestacion, por haberla confiado sin duda el mismo R. obispo á personas particulares; siendo hasta cierto por desgracia que se han sacado y circulado copias de él con la mayor publicidad.

«No ignoran los fiscales que habrá quien quiera suponer que el R. obispo en su contestacion solo se ha dirigido é injuriado á la persona del señor ministro

(1) Véase su biografía en el número anterior.

de Gracia y Justicia; pero aun prescindiendo de que en un gobierno absolutamente monárquico como el nuestro, la injuria irrogada á un ministro de nuestro soberano, debe entenderse hecha directamente á este, pues que de él únicamente emanan todas las reales determinaciones, aunque se comuniquen por los secretarios del despacho; la contestacion del R. obispo de Leon, siendo indubitadamente suya, como se indica en la espresada real orden, no solo contiene injurias personales hácia el señor ministro, sino que desaprueba enfáticamente los reales decretos dictados por la reina nuestra señora, de acuerdo con su augusto esposo, diseñando al actual gobierno con los mas negros colores, suponiéndole debilidad, falta de religion, y conducido, no por los intereses de todos los españoles, sino de una faccion: considerándole por tanto digno de la execracion pública, y presagando en fin con tono profético su próxima ruina.

«Tales demasías, tales blasfemias políticas, tales desacatos contra nuestros católicos monarcas, tales insultos á su gobierno, parece increíble verlas estampadas en un oficio de un R. obispo, que prescindiendo de las leyes de gratitud hácia un rey que tanto le ha distinguido, está obligado como vasallo español á respetar á su soberano, y que como prelado eclesiástico y ministro de paz, no solo ha debido abstenerse de incurrir en tales escesos, sino influir y velar en que todo su clero se aparte de estas ideas; pues como dice la ley 7.ª, título 8.º, libro 1.º de la Novísima Recopilacion: El buen ejemplo del clero regular y secular trasciende al cuerpo de todos los demas vasallos en una nacion tan religiosa como la española; el amor y respeto á los soberanos, á la familia real y al gobierno, es una obligacion que dictan las leyes fundamentales del estado y enseñan las letras divinas á los súbditos como punto grave de conciencia; de lo que proviene que los eclesiásticos no solamente en sus sermones, ejercicios espirituales y actos devotos deben infundir al pueblo estos principios, sino tambien, y con mas razon, abstenerse ellos mismos en todas ocasiones y en las conversaciones familiares, de las declamaciones y murmuraciones depresivas de las personas del gobierno que contribuyen á infundir odiosidad contra ellas.

«Para evitar semejantes escesos, estableció el señor don Juan I, de gloriosa memoria, una ley solemne en las cortes de Segovia con asistencia del brazo eclesiástico la cual repitió su hijo el señor don Enrique III, (que es la 2.ª título 1.º, libro 3.º de la misma Recopilacion) que entre otras cosas dice así: «Otro si, rogamos y mandamos á los prelados de nuestros reinos, que si algun fraile ó clérigo, ó ermitaño ú otro religioso, dijera alguna cosa de las sobredichas (esto es contra el rey, personas reales ó contra el estado ó gobierno) que lo prendan y nos lo envíen preso ó recaudado.» Y el señor rey don Carlos III, mandó que el consejo espidiese órdenes circulares á los RR. obispos y demas prelados al tenor del referido capítulo de la espresada ley á fin de que no se abusase de la buena fé de los seculares, se guardase al trono el respeto que la religion católica inspira, y ninguna persona dedicada á Dios por su profesion, se atreviese á turbar por tales medios los ánimos y orden público, ingiriéndose en los negocios de gobierno, tan distantes de su conocimiento, como impropios de sus ministerios espirituales.

«Aunque en el ánimo de los fiscales no puede faltar nunca la mayor moderacion tratando de la dignidad del obispado, las estrechas obligaciones de su ministerio les empeñan en no poder disimular la gravedad del esceso cometido, viendo tratar con tan poco miramiento las benéficas determinaciones tomadas por la reina nuestra señora de acuerdo de su augusto esposo y respetando en poco á unos monarcas justos, religiosos y piadosísimos, dando lugar á que habiéndose divulgado este papel en circunstancias críticas, pudiesen recibir las personas poco instruidas, alguna impresion nada favorable al actual gobierno, que pudiera servir para encender el fuego de la discordia ó de la sedicion, si los españoles no fuesen tan amantes del dulce y paternal gobierno del rey nuestro señor y de su digna esposa.

«Todo esto clama por una satisfaccion pública, pues de otro modo seria dejar consentido este caso para otros de igual naturaleza. Así se ha hecho en ocurrencias semejantes y aun de menos gravedad, pudiendo citarse varias, tal como la de un arzobispo de Lima en el año de 1393, que fué comparecido y reprendido severamente en el acuerdo de la real audiencia de aquella ciudad, de orden del señor rey don Felipe II el Prudente, por solo haber tenido la facilidad de escribir á Roma, sin el debido exámen, que los obispos de Indias tomaban posesion antes de llegar las bulas, y que se le impedía visitar los hospitales y fábricas. Son dignas de copiarse las palabras de la real cédula de aquel monarca, que se espresa en estos términos: Para correccion del arzobispo y ejemplo de otros prelados, porque es bien que sepa y entienda la figura con que se ha tomado su determinacion, le enviareis á llamar al acuerdo, y en presencia de la audiencia y sus ministros, le dareis á entender cuán indigna cosa ha sido á su estado y profesion haber escrito á Roma cosas semejantes: Y entendido todo esto, le direis así mismo, que si bien es verdad que fuera justo mandalle llamar á mi corte para que se tratara de este negocio mas de propósito, y se hiciera en el caso una gran demostracion, cual la pide su esceso, lo he dejado por lo que su iglesia y ovejas podrán sentir en tan larga au-

sencia de su prelado. Pero que debe sentir mucho que su mal proceder haya obligado á satisfacer en Roma con tanta mengua de su autoridad y nota en la eleccion que yo hice de su persona, pues se deja entender lo que se podrá decir y juzgar de relacion tan incierta, y esto en quien ha recibido de mi tantas mercedes y honras.» Ultimamente, el bien notorio ejemplo del R. obispo de Cuenca, con motivo de haber escrito en el año de 1766 una carta llena de ardientes quejas contra el gobierno del rey, su ministerio, y contra el mismo confesor de S. M., á quien se la dirigió. Con cuyo motivo, formado el oportuno expediente con audiencia de los fiscales, consultó el consejo pleno lo conveniente para reparar las consecuencias y precaver iguales atentados á la soberanía, bien y tranquilidad del reino, habiéndose resuelto que el R. obispo debía ser llamado y comparecido á la presencia del consejo, congregado en la posada de su presidente, para ser advertido de lo que convenia y merecia en este punto, como se habia hecho con otros prelados en casos de mucha menor consideracion, acordándose que se escribiese circularmente á los RR. arzobispos, obispos y demas prelados superiores de estos reinos, para que tuviesen entendido el mal uso que el de Cuenca habia hecho de las funciones de su ministerio y de la confianza que habia merecido á la piedad del rey, manifestándole que así como esperaba el consejo que conocieran y desaprobaban un paso tan inconsiderado, podian asegurarse de las rectas intenciones de S. M., y de que se franquearia á oírles benignamente cualquiera queja ó agravio, que en casos particulares tuviesen por conveniente representar, haciéndolo con la instruccion, verdad, moderacion y respeto que es propio de su carácter y mansedumbre episcopal, de su amor y fidelidad al soberano, y de su celo del bien del estado y gloria de la nacion.

«En mérito, pues, de cuanto queda referido y aunque los fiscales conocen que si hubiese de medirse la gravedad de este asunto por sus consecuencias, pudiera formarse causa al R. obispo y tratarle como á reo de estado porque pone su boca como dice la Santa Escritura, contra su príncipe y contra su gobierno, ó al menos extrañarse de estos reinos por la aversion que en su contestacion manifiesta á los reales decretos de S. M. la reina de acuerdo con nuestro soberano, al ministerio y á la pública tranquilidad, sin embargo, considerando por una parte la impresion que tales medidas pudieran causar en la época actual, por otra que las penas deben medirse en tales delitos por las circunstancias; y sobre todo la piedad y religiosidad de nuestros monarcas que siempre han querido guardar las posibles consideraciones hácia los prelados eclesiásticos con tal que no se comprometa la dignidad real, ni la paz y sosiego de sus reinos, son de parecer que para conciliar estos extremos satisfaciéndose al propio tiempo la vindicta pública, podria enviarse al R. obispo de Leon, Acordada repudiándole por las especies sediciosas que contiene su escrito, advirtiéndole que si en adelante incurriere en desacatos de esta especie, el gobierno pondrá en uso los medios de que puede valerse contra los que turban la debida armonia entre el imperio y el sacerdocio, estrañándole de estos reinos, cuyo sosiego ha podido comprometer: que el original de la contestacion de dicho R. obispo, se archive en debida forma, recogiendo por el mismo efecto todas las copias que se hayan divulgado: que mediante la publicidad que se ha dado á dicha contestacion y para reparar las malas ideas que su lectura haya podido producir, que sean públicas tambien las medidas que se adopten; y á este fin se remitan por la cámara acordadas á todos los prelados eclesiásticos de estos reinos, haciéndose en ellas la debida expresion de las causas que han motivado esta determinacion para que tengan entendido el mal uso que el de Leon ha hecho de las proporciones que le ofrece su ministerio, manifestándole que la cámara espera desaprobación un paso tan inconsiderado, y que por su parte, empleando su celo pastoral en union con el clero de su diócesis darán pruebas de amor y fidelidad á nuestro soberano, su digna esposa la reina nuestra señora y al actual gobierno.»

«La cámara, señora, penetrada de los mismos sentimientos que los fiscales de V. M. y abundando en iguales ideas, se conforma en todo con su dictamen; y es de parecer de que se sirva V. M. resolver segun él, ó como mas fuere de su soberano agrado.

«El ministro don Francisco Fernandez del Pino es del voto particular siguiente: Que se mande al reverendo obispo de Leon comparecer personalmente al supremo tribunal de la cámara para recibir en él la mas seria y enérgica reprension por las demasías, blasfemias políticas y desacatos (tal es la calificacion de los tres fiscales) que contiene su oficio de 28 de octubre contra nuestros católicos monarcas, permaneciendo en la corte solo el tiempo necesario para esta diligencia. Que se pase nota á Su Santidad con insercion del espresado oficio ó mas bien libelo famoso como se denomina en la real orden para que obre en justicia los efectos correspondientes á la gravedad del esceso, tanto mas digno y propio del conocimiento del Santo Padre, cuanto que el real obispo con tan marcados insultos se ha olvidado de la circunspeccion inseparable de su alta dignidad, usando con reprensible calor, un lenguaje de amor propio mal ordenado y desahogos harto estraños en todos conceptos cuando se le presentaba la mas lisonjera oportunidad de manifestar respeto y sumision á S. M. la reina nuestra señora que gobierna y manda de acuerdo con su augusto esposo

nuestro católico monarca, sumision y respeto que tantas veces ha jurado y que con el mas grandioso objeto une el sacerdocio y el imperio; debiendo haber previsto que esta regular conducta hubiera guardado conformidad con la que se debe á Dios, y lo que es debido al Cesar, y con lo que exigian imperiosamente las circunstancias, harto delicadas, de la convalecencia del mas amado de los reyes, y la necesidad de evitar que tan mal ejemplo aumentase el número de los miserables, mal avenidos por su vil interés, con las débiles benéficas resoluciones de la reina nuestra señora, y enemigos siempre del orden y tranquilidad pública.

«El ministro don Tadeo Ignacio Gil, teniendo en consideracion que este negocio no es por su naturaleza de la atribucion de la cámara, y atemperándose á lo que en casos parecidos al actual, han mandado practicar los señores reyes, y especialmente la magestad del señor don Carlos III, en el ruidoso expediente del reverendo obispo de Cuenca don Isidro de Carvajal y Lancaster, que citan los fiscales en su respuesta; es de parecer, que para conseguir el acierto que V. M. apetece en la decision de este asunto podrá V. M. servirse mandar se pasen al consejo real la copia de la real orden dirigida al R. obispo de Leon y su contestacion para que previas las diligencias que estime oportunas, consulte su parecer acerca de la providencia que corresponda tomarse en justicia.

«V. M. se servirá de resolver lo que fuere mas de su real agrado. Madrid, 10 de setiembre, de 1832.»

Es copia del original.

Este dictamen ocasionó el siguiente oficio.

AL PRESIDENTE DEL CONSEJO Y CAMARA

DE CASTILLA.

«La reina Nuestra Señora, á quien he dado cuenta de la consulta que la cámara elevó sobre el libelo famoso con que el R. obispo de Leon contestó á la real orden de 26 de setiembre último, para que en el término de tres dias saliese de esta capital para su diócesis, se ha servido S. M., de acuerdo con la soberana voluntad de su muy augusto esposo, resolver, consultando al decoro que se debe al carácter de aquel prelado, y al mismo tiempo á la gravedad del esceso que ha cometido, que V. E. le dirija, por sí mismo, como presidente, y manifestando ser de acuerdo de ese Supremo Tribunal una carta oficio diciéndole que las expresiones de su contestacion han afligido el real ánimo de SS. MM. debiendo estar persuadido de lo mucho que interesa la sumision y respeto en todo caso; no solo para evitar el indispensable y justo ejercicio de la potestad soberana, sino tambien el escándalo que puede ocasionar un prelado que por todos conceptos debe ser modelo de circunspeccion y de amor al orden: Que esperen SS. MM. del celo y religiosidad que caracteriza su clase procure acreditarlo así por medio de exortaciones á sus diócesanos para que, reparado prudentemente el calor que demostró en su papel, se notorie su amor á los reyes y á las facultades é imprescriptibles derechos de su soberanía, debiendo dar aviso de quedar enterado á vuelta de correo. De real orden lo digo á V. E. para su inteligencia y cumplimiento. Dios, etc. Madrid 22 de diciembre de 1832.»

Esta orden fué espedita en el ministerio de don Francisco Fernandez del Pino.

RECUERDOS DE UN VIAGE EN PORTUGAL POR S. P.

Traduccion de un artículo de *L'Abeille française*, periódico que se publicaba en Lisboa hace algunos años.

EL FRANCISCANO Y LA TORRE MISTERIOSA.

Todos los que han visitado la ciudad de Leiria habrán conservado la memoria de un lindo arroyo que atraviesa el Rocío ó paseo público, y cuyas encantadoras márgenes están sombreadas de magníficos llorones: ¡Cuán dulce es en una hermosa noche de verano seguir el curso de aquellas ondas puras y tranquilas que reflejan por intervalos los astros de la noche y comunican su saludable frescura! Difícil es concebir un cuadro mas embelesador, mas delicioso y mas favorable á la apacible meditacion. Allí se respira la calma mas perfecta, sin que incomode con sus miradas el habitante de la ciudad. El curso ondulante del rio nacido en su cuna de piedra, el ligero suspiro de la brisa que se percibe al través de las ramas de los llorones, el lejano murmullo de una cascada que se oculta, el argentado sonido de las campanas del convento, la opaca claridad formada por innumerables enjambres de luciérnagas, todo concurre á producir un conjunto bien digno de aquella bóveda estrellada, que derrama sus chispas de plata sobre el arroyo y parece llenarlo de polvo de diamantes.

Saliendo de la poblacion dominada hácia aquella parte por las pintorescas ruinas de su antiguo castillo, y siguiendo por algunos instantes la orilla izquierda del cristalino arroyo pronto se halla el viajero delante del monasterio de San Francisco, admirablemente situado sobre una de las colinas que rodean la ciudad. De una arquitectura informe y grosera, aquel edificio presenta la imagen de la mas espantosa devastacion; y nada ofreceria de particular,

si luego que uno se adelanta al medio de los escombros de materiales amontonados, no se descubriese de repente una torre casi arruinada, cuyas murallas están guarnecidas de estrechas ventanas tan maravillosamente tapizadas de yedra, viñas salvajes y otras enredaderas, que parece imposible que la mano del hombre no haya presidido á aquella armoniosa composición. El aspecto de aquella torre con sus bastidores esculpidos y su verdoso paramento, forma un sorprendente contraste con las ruinas desnudas y desiertas que la circundan: envuelta en enormes fragmentos de sillería, solo la avista el viajero después de haber pisado con pié atrevido las asperezas y los obstáculos que se encuentran; pero, cuán ampliamente, le indemniza de sus fatigas aquella perspectiva tan pintoresca é inesperada.

Cuando visité el convento de San Francisco me causó tal impresion la vista imponente de esta parte de sus ruinas, que me convencí que alguna cosa extraordinaria hacia interesante aquel sitio. En todo al rededor reinaba la imagen de una destrucción reciente; de la cólera del hombre contra el hombre; de la guerra que había desolado la Península pocos años antes: pero aquella torre vacilante conservaba cierto aire de magestad y de misterio, tan diferente, una individualidad tan poderosamente marcada, que no era posible confundir su destino con el destino de los demás objetos, que constituían su triste acompañamiento. Inútilmente hice mil preguntas á los paisanos; solo recibí respuestas incoherentes, que demostraban su ignorancia sobre el particular. Los monges que durante la guerra fueron arrojados de sus hogares, habían ya vuelto de su espanto; y observé en uno de mis paseos que hacían componer un número suficiente de habitaciones para recoger los débiles restos de la comunidad. Un claustro espacioso rodeado de celdas se levantaba con rapidez, y ya dos frailes habían tomado posesión de sus retretes; para estar dispuestos á vigilar los trabajos de los operarios. Habiendo encontrado muchas veces á uno de los monges, no pude obtener de él ninguna noticia. Era este un hombre ignorante y cuyo aire de estupidez anunciaba muy bien que nada entendía de aquello. En cuanto á su compañero, aun no le había visto yo, y me dijeron que salía rara vez de su celda, á pesar de lo incómoda é inhabitable que era. Nada más supe por el pronto; pero no podía dejar de considerar á aquel invisible franciscano como el depositario de la crónica de la torre, y hacia todo lo posible para adquirir conocimiento con él, ya cogiendo las flores que crecían en el lugar en que había existido el jardín, ya examinando con curiosas miradas el progreso de las obras de la construcción del claustro, ya pescando en el arroyuelo que se desliza al pié de la colina; pero el franciscano seguía haciéndose invisible. Al fin enteramente desanimada resolví visitar por última vez aquellas ruinas que tanto habían despertado mi atención, y ocuparme solamente de su aspecto primoroso sin pensar en su historia.

Estaba sola, no pudiendo comunicar á nadie mis sensaciones; además de que hay sensaciones que no pueden comunicarse. El sol empezaba á elevarse sobre el horizonte: yo había seguido el curso del agua límpida y cristalina, cuyas frescas márgenes me habían preservado algún tanto del calor del día; pero luego que llegué á la altura de las ruinas sentí la necesidad de sustraerme á los ardientes rayos del sol, y me retiré á la sombra más espesa que proyectaba el monasterio. El ruido de mis pasos fué ligero: luego que me hallé cerca de la torre me apercibí que no estaba sola.... El monge misterioso de San Francisco, que hasta entonces no era para mí sino un espíritu, se encontraba por fin en mi presencia. Me acerqué á él; pero estaba tan absorto en sus reflexiones, que no me vió y tuve tiempo de examinarle atentamente. Era un hombre de elevada estatura, cuyas facciones enflaquecidas anunciaban unos setenta años. Los cabellos largos y raros eran tan blancos como la nieve, y sus grandes ojos negros, aunque había impresa en ellos una profunda melancolía, brillaban con un resplandor extraordinario. Con una mano apoyaba la frente, y su hábito de jerga caía en prolongados pliegues sobre su pálida, pero imponente figura. Tenía un rosario adornado de preciosas reliquias: el resto de su trage nada tenía de particular, solo que le llevaba con un desembarazo y una elegancia que raras veces se encuentran en el habitante de un claustro.

—Padre mío, le dije, ¡qué magnífico cuadro es el que contemplais!

—Eso es hablar con ligereza, hija mía, respondió el fraile meneando la cabeza: lo que formaba el objeto de mis meditaciones, era mi propio corazón, y este asunto es las mas de las veces bien triste.

Temiendo hacerle salir de la profunda calma que había conservado hasta entonces, no le respondí; pero me senté tranquilamente á su lado. Guardó silencio un momento, después siguió diciendo: «Todo es seductor para la juventud; desea embellecer cuanto le rodea, sin pensar que las sombras de la noche siguen muy de cerca al resplandor más radiante del sol; quiere coronarse de flores sin reflexionar que los pimpollos que coge se marchitan tan pronto como se arrancan.... Pero soy un insensato en hablaros así, á vos que según me pareéis, sois una estrangera y una herege.»

—Yo no quiero, padre mío, entablar con vos una conversación religiosa; sin embargo, este sol esplendente que nos alumbrá, derrama igualmente sus rayos sobre los dos, y el Criador no ha hecho un sol pa-

ra el santo franciscano y otro para la hija de una tierra lejana. ¿Seríais vos menos tolerante que él?

El fraile me consideró mas detenidamente; después me preguntó con dulzura, ¿qué esperáis, pues, de mí?

—Un perdón por haber turbado vuestra soledad, y luego la historia de esta torre arruinada, á cuya sombra descansamos.

—¿Y por qué me preguntáis á mí esta historia? ¿no habéis hablado el otro día con el hermano Andrés? El es mas accesible que yo á los recuerdos y á las distracciones del mundo.

—No he creído que una historia tan recóndita pudiese salir de boca de un ignorante.

—Eso es muy particular, murmuró el fraile; ¿no habéis oído decir en la ciudad que la guerra arruinó nuestro monasterio?

—No he tenido necesidad de que me lo explicasen; la guerra deja en pos de sí vestigios, cuyo origen no es dudoso; sus señales subsisten en cuanto nos rodea; pero esta torre de yedra que aviva mi curiosidad, no ha sufrido sus ataques; esta torre nada tiene de común con la guerra.

El fraile reflexionó profundamente; después dirigiendo sus miradas hacia aquel edificio ruinoso, y un estremecimiento convulsivo pareció estenderse por sus miembros. ¿Estoy, pues, situado aquí, dijo al fin, para ser el inútil eco de los acontecimientos pasados? ¿Es mi mano la que debe rasgar el velo que ha ocultado tanto tiempo esta historia? Vamos; Dios lo quiere, sea pues; escuchad:

—Hace bastantes años, será inútil decir cuantos, que un jóven de diez y seis pronunciaba sus votos en la capilla de San Francisco. Era aquella una adquisición importante para la comunidad; no porque él fuese de noble nacimiento, sino porque habiéndole dejado su padre una considerable fortuna, produjo felices especulaciones, cedida que fué al monasterio. La estatura de aquel jóven era elevada, y la espresion de sus facciones agradable, aunque en ellas se descubría cierto aire de altanería que patentizaba su carácter, el cual estaba en poca armonía con su cuna y su vocación. Sus ojos eran tan penetrantes como los del águila de las montañas, y su voz resonaba en el coro mas pura y melodiosa que la de todos los hermanos. Vivió así muchos años en medio de los religiosos de San Francisco, haciéndoles ver por sus maneras altivas que se consideraba de una naturaleza superior; y la comunidad aceptaba ciegamente el yugo de su alma imperiosa y llena de orgullo. Había algunos compañeros que murmuraban de él; pero cuidaban bien de que sus murmuraciones no llegasen á los oídos del jóven religioso, quien hacia su gusto sin que nadie se atreviese á dirigirle una sola pregunta. Cuando por otra parte le vieron con el entendimiento claro y despejado, á pesar del ayuno y de la penitencia, prolongar sus vigiliás y sus trabajos hasta una hora avanzada de la noche, las detracciones cesaron enteramente y todos confesaban su superioridad. Si el prior tenía una misiva para dirigir al general de la orden, era el jóven religioso quien estaba encargado de escribirla: si hacia falta enviar un mensajero fiel á determinado punto, la elección recaía en el robusto y hábil hermano Enrique. Este jóven, pues, reunía toda la bondad que era posible tener. Su vanidad estaba satisfecha, su supremacía bien establecida, sus caprichos respetados. Exacto y severo en el cumplimiento de sus deberes conventuales; tan poco deseoso de los elogios de sus gefes, como indiferente á las ridículas habladerías de algunos cofrades de espíritu pusilánime y supersticioso; ferviente en el altar, indulgente en el confesionario, no era por tanto extraño que los hijos holgazanes de San Francisco quisiesen confiarle el cumplimiento de sus mas difíciles encargos.

Así trascurrió mucho tiempo: el laborioso Enrique había conseguido hacerse poseedor esclusivo de esta torre, que es el objeto de vuestra curiosidad, y en lo alto de ese mirador se podía percibir á lo lejos el débil resplandor de la lámpara con cuyo auxilio se entregaba á sus estudios solitarios.

Sucedió que á la mitad de una hermosa noche de verano, llegó al monasterio el portador de una carta importante para el prior. Exigiendo aquel mensaje una pronta contestación, el prior mandó á un lego que fuese á llamar á Fr. Enrique para prevenirle que sin demora se presentase á las órdenes de su superior. Con harta repugnancia se preparó el lego, aun medio dormido, á dar cima á su comisión, porque empezaban á esparcirse en la comunidad voces alarmantes. Se decía que todas las noches se oían salir de las cuevas de la torre gemidos y un ruido singular, y un fraile aseguraba que había visto una forma ligera vestida con una túnica blanca, larga y arrastrando, pasar por delante de sí y desaparecer por una enrejada del edificio. Compulsaron, para saber la esplicación de aquel misterio, todos los archivos de la casa, y una aventura lamentable que en ellos se descubrió y que se ligaba con la existencia de la torre, sirvió para dar crédito á la aparición referida y para acrecentar considerablemente el terror. Movidos los frailes por su simplicidad bienhechora y supersticiosa habían rogado vivamente al hermano Enrique para que dejase la torre, porque no cabía duda, decían, que estaba tocada de la fatalidad y forzoso era creer que por grande que fuese su piedad, sería ineficaz para conjurar el anatema. Enrique les respondía con señales de la cruz repetidas, después les contaba historias misteriosas de igual naturaleza que había recogido en los libros viejos, y á las

cuales los hermanos prestaban atento oído. Hablaba en un tono bajo y lento como el que se halla bajo la influencia del temor; pero si sus oyentes hubiesen mirado la espresion de sus labios, hubieran conocido un desprecio que desmentía aquellas apariencias. Grande fué el asombro de los frailes cuando Enrique les declaró firmemente que á pesar de todas aquellas siniestras leyendas, él continuaria habitando la torre á fin de penetrar aquel misterio y de conjurar al espíritu de las tinieblas que allí había establecido su residencia.

Se pasó algún tiempo; la frente del fraile se cubrió de tristeza y se sospechaba que se había hecho dueño de un secreto formidable acerca de las apariciones nocturnas. Cuando se le interrogaba sobre el particular, decía; aun no ha llegado la hora: esta era toda su respuesta. Pero de día en día iba poniéndose mas pensativo y taciturno, y el arcano se conservaba completamente.

Tal era el estado de las cosas cuando el lego, obedeciendo las órdenes del prior, fué temblando á la torre á media noche. Luego que salió del claustro la luna esparció un vivo resplandor; mas en el momento que atravesaba el patio embaldosado que conducía á la habitación del hermano Enrique, una nube vino á oscurecerla y el silbido del viento resonó con estruendo en lo interior de la torre. *¡Sancta Maria, ora pro me!* balbucía el viejo fraile, y adelantándose con precaución, seguía diciendo *¡Sancta Maria, ora pro me!*

Sin embargo, el buen anciano no estaba demasiado seguro con su corta oración, porque luego que acercó el pié á la torre, el viento hizo resonar en sus oídos un nuevo silbido, que le pareció la risa salvaje del demonio. Puso con tiento la mano en el martillo de hierro de la puerta y se disponía á llamar.... Pero sus cabellos se erizaron de pavor.... Creyó oír la voz del misterioso Enrique en diálogo con un fantasma. Ninguna palabra perceptible llegó á su alcance, si bien estaba convencido de que no era ilusión. A las palabras se sucedieron sordos y confusos sonidos, que se extinguían como el eco insensible de una vibración musical. No obstante el miedo que dominaba al hermano Juan, se acordó éste del mandato del prior y se decidió por fin á llamar á la puerta, que pocos instantes después fué abierta por el silencioso morador.

—¿Cómo á esta hora? dijo el padre Enrique, luego que á la claridad de la lámpara que tenía en la mano, descubrió el semblante pálido y azorado del lego: ¿qué queréis?

El lego temblando se esforzaba en pronunciar algunas palabras confusas y entrecortadas. ¿Qué significa esto? preguntó Enrique con aire severo; teneis las maneras de un hombre que acaba de hallarse en contacto con el génio del mal.

—Y vos, padre mío, ¿no os he oído hablar ahora mismo y luchar con el espíritu de las tinieblas? ¿os reís?... hubiera jurado, sin embargo, haber percibido voces....

—Vamos, basta de necias conjeturas, que sin duda son inspiradas por un exceso de embriaguez.... ¿qué queréis?

El lego le participó su mensaje.—Esta hora es imprecisiva; no importa, estoy pronto. Decid al prior que voy á acabar de vestirme, y que os sigo al momento.

Algunos meses después de este incidente toda la comunidad despertó á aquella misma hora por unos sollozos y unos gritos horribles, semejantes á los que daría una persona luchando con la agonía de la muerte. Todos los frailes se levantaron á la vez, diciendo que aquel ruido extraño venía de la torre, y que el paciente no podía ser otro que el padre Enrique, espirando bajo las torturas diabólicas que le hacía padecer el enemigo del género humano. El gran número inspira valor á los mas tímidos, y los frailes que hubieran retrocedido de espanto á la presencia del demonio, no vacilaron en arrostrar el peligro reunidos, para ir á ayudar á su desgraciado consocio.

Cuando se aproximaron á la torre, todo estaba en silencio; llamaron á la puerta, nadie respondió: haciendo un esfuerzo de valor escitado en gran parte por la curiosidad, arrancaron la cerradura y penetraron en lo interior de la torre. Tampoco se oía el mas leve ruido: subieron con paso lento y reposado la escalera de piedra que conducía á la celda del fraile. Se detuvieron un momento á la puerta; luego abriéndola entraron de repente. Una sola mirada bastó para explicarlo todo. En la cama poco elevada de Enrique yacía el cadáver de una muger tan jóven y tan bella, cuya hermosura parecia haber sido respetada por la muerte. Su largo pelo negro caía en desorden á su alrededor, y le formaba una especie de vestido, sobre el cual descansaban sus brazos, de una blancura deslumbradora. El fraile pálido, desmelenado, estaba de rodillas delante de ella. ¡Mi muger! ¡mi muger! exclamaba: ¡el consuelo de mi vida! ¡el encanto de mi soledad! ¡tú me has abandonado!.... ¡Oh! no, no; ¡tú respiras todavía!.... ¡el sacrilegio no te ha llevado á la tumba! ¡mi muger! ¡mi muger!.... Y sin volver la cara hacia los frailes que penetraban en el recinto, continuaba con los ojos fijos y clavados en el cadáver. Un murmullo de indignación empezó al punto á correr entre los circunstantes, y el prior se acercó al culpable con ademán imponente y con palabras llenas de cólera y venganza. Pero ¡palabras vanas! ¡amenazas estériles!.... Una mano mas poderosa había tomado á su cargo el castigo del sacrilego. El padre Enrique se había vuelto demente. Enterraron en los subterráneos de la torre á aquella que él había amado

con tanto delirio y misterio; y mientras que en su presencia cubrían de tierra aquellos restos mortales, él se sonreía con fatuidad....

Quedó entregado por espacio de muchos años á un horrible frenesí, que ni los azotes ni los encierros eran bastantes para contener. Al fin Dios se compadeció de su criatura: volvió de aquel letargo, y no recordaba lo pasado sino como un horroroso ensueño. La tradición añade que en recuerdo de aquella mujer, que en el curso de sus misivas y comisiones secretas de la orden había seducido, se condenó al retiro y á la penitencia; pero se asegura que jamás pudo olvidar aquel cadáver espirando sobre un lecho sacrilego, aquel matrimonio impío que los ritos de la iglesia reprobaban que jamás llegó á olvidar.... Mas ¿qué necesidad hay de apesadumbrarse por la historia de un fraile demente? Diez años de maceración, de ayuno y de vigilia siguieron á su enfermedad, y pecador arrepentido había entrado otra vez en el seno de la iglesia. La vida no le ofrecía mas que un solo consuelo: este era vivir lejos del mundo y meditar sobre el sepulcro de aquella que había amado y perdido....

La voz del franciscano se apagó; y ocultó su rostro con sus manos.

Padre Enrique, murmuré entre mis labios; voy á rogar por vuestra tranquilidad: adios.—Adios, repitió el fraile: y ésta fué nuestra despedida.

A. ESPERON.

CAUSA FORMADA EN 1844

CONTRA EL TENIENTE GENERAL

DON DIEGO DE LEON.

PRIMER CONDE DE BELASCOAIN.

(Conclusion.)

Si el interés de los espectadores hubiera podido aumentarse despues de lo que lo había escitado en favor del conde de Belascoain la defensa hecha por el general Roncali, nada seguramente mas á propósito para conseguirlo que la presencia del héroe, cuyos triunfos acababan de narrarse en breves palabras por el celoso é ilustrado defensor. La simpatía que en aquellos momentos experimentaban respecto de su persona todos cuantos le veían, era un sentimiento que se manifestaba bien á las claras por la espresion de que se veían animados todos los semblantes. Y si exceptuamos á la mitad de sus jueces, bien podemos asegurar que la voz unánime de todas las conciencias, la espresion silenciosa de todos los corazones, solo demandaba en aquellos instantes gracia y perdon para el héroe de Belascoain y de Villarrobledo.

Todavía el general Roncali, ese pundonoroso militar y consecuente amigo que acompañó al conde hasta los postreros momentos de su existencia, enjugaba sus ojos anegados en llanto y procuraba ahogar sus sollozos, cuando el general Leon, sentado frente al presidente del consejo, contestaba como vamos á ver al interrogatorio dirigido por éste.

El Presidente (dirigiéndose al acusado): ¿Tiene V. E. algo que alegar en su defensa?

El Acusado: Si, excelentísimo señor. Ampliando lo que tengo dicho en mi declaración, debo hacer algunas esplicaciones sobre los dos cargos que se me imputan. El primero es el de suponer que yo he sido el móvil del pronunciamiento verificado por algunas compañías de la Princesa, y en mi descargo debo hacer presente al consejo que si realmente hubiera figurado á la cabeza de aquella insurrección, hubiera sido el primero en acudir al punto donde debía estallar, y no lo hubiera verificado tres ó cuatro horas despues, como lo hice. Además, el consejo me hará la justicia de creer que si yo hubiera sacado mi espada en el sentido que se supone, y á la vista de ella me hubiera seguido la tropa, hubiera sido fácil que se me encontrase muerto entre ella; pero que abandonase cobardemente á los que me habían seguido, eso jamás. (*Profunda sensación*).

El segundo cargo que se me hace, consiste en la carta escrita por mí al serenísimo señor regente del reino: y respecto de ella debo decir que si este papel hubiera tenido el sentido que se le dá en la causa, fácil es adivinar que no se hubiera escrito en estilo familiar, y si de oficio, que era como convenia mejor al fin á que se supone destinado. Además, en mi declaración he manifestado ya que la persona que vino á proponerme si quería tomar parte en los movimientos, me entregó un borrador de la carta, igual en todas sus partes; otro de una circular que debía pasarse antes del movimiento á todos los gefes de los cuerpos, previniéndoles que se adhieran á él y exigiéndoles la responsabilidad en caso de no hacerlo; y otro de un bando que debía fijarse en todos los puntos en que tuviese lugar el movimiento de insurrección. Todos estos papeles, ninguno de mi letra, mas que la última, que repito, está copiada exactamente del borrador que con ella debía existir, quedaron en mi poder como en depósito, por no haber yo querido aceptar tal encargo, para que se los entregase á la persona que se me presentase con una contraseña que tambien existia en la misma cartera.

El general Leon continuó dando cuenta de los pasos y diligencias que infructuosamente había dado los

días 5, 6 y 7 de octubre, en busca del secretario particular del Regente, señor Gurrea, para hacer conocer al mismo regente la posicion en que se encontraba, y entregarle aquella carta, para que por ella viniese en conocimiento de la conspiración que se fraguaba.

«Tambien debo manifestar al consejo (continuó el general Leon) que mi permanencia en palacio solo duró el tiempo necesario para prevenir á los reales guardias alabarderos, á cuyo efecto hice tocar llamada de honor, que no hicieran fuego; lo cual hice tambien con otras tropas que ocupaban el palacio. Mas no logrando hacerme oír, porque no contestaron los alabarderos, bajé inmediatamente.

«Por último, debo hacer saber al consejo que decidido á que no pesase sobre mí la responsabilidad de lo ocurrido en la noche del 7, venia á presentarme, como lo puede declarar el señor Laviña, que me encontró solo en el camino y me condujo á este punto. Era cuanto tenia que decir.»

La declaración del señor Laviña confirmaba lo espuesto por el general Leon, y el fiscal indicó además que la del sargento de alabarderos, don Santiago Barrientos, manifestaba ser cierto que había oído tocar llamada de honor á los sublevados; pero que no les habían hecho caso.

El Presidente (dirigiéndose al acusado: religioso silencio en el salon): ¿Por qué si tres veces se propuso á V. E. que se pusiera á la cabeza de los proyectos sediciosos, no dió el aviso correspondiente?

El Acusado: Porque me pareció que no estaba en el caso de ser delator.

El Presidente: ¿Y cómo tampoco dió V. E. aviso de las proposiciones que le hizo el comisionado venido de Paris?

El Acusado: No di avisos, porque no habiendo admitido el encargo, como no lo admití nunca, no creí necesario complicarme en un asunto de que me desentendí completamente, y por consiguiente ni inquirí, ni volví á inquirir cosa alguna acerca de él.

El Presidente: ¿Tiene V. E. algo mas que decir?

El Acusado: No, excelentísimo señor.

El Presidente: Se levanta la sesion.

Concluido este acto, el general Leon fué conducido á su prision con las mismas precauciones con que se le había sacado de ella. La gente se agolpaba á las bocacalles, porque las del tránsito estaban ocupadas por la milicia nacional, que á nadie permitia detenerse en ellas: y los balcones estaban cubiertos de espectadores, á quienes atraía el deseo de ver al denodado caudillo, objeto del interés y de la simpatía universal.

Entretanto, y oída ya la acusación fiscal, la defensa y los descargos del acusado, los individuos del consejo iban estendiendo los votos de los cuales había de resultar la sentencia condenatoria.

De estos, los votos *sesto*, *quinto* y *cuarto*, que eran los de los generales don Ignacio Lopez Pinto, don José Grases y don José Cortinez y Espinosa, estaban enteramente conformes, y, salva alguna diferencia de palabras, se hallaban estendidos del modo siguiente:

«Encontrando suficientemente probado que el mariscal de campo don Manuel de la Concha, prófugo, promovió y acaudilló la sedición militar ocurrida en esta corte en la noche del 7 del corriente, es mi voto que con arreglo al artículo 26, tratado 8.º tít. 10 de las ordenanzas del ejército, sufra la pena de ser pasado por las armas en caso de ser habido, oyendo antes sus descargos.—Y hallando circunstancias atenuantes en la conducta observada por el teniente general conde de Belascoain, y no probada claramente la parte que tuvo en el movimiento, es mi voto que sufra diez años de encierro en una fortaleza, con retención, según el artículo 42, tratado 8.º de las mismas ordenanzas.»

Los votos *tercero* y *segundo*, que eran los de los generales don Pedro Ramirez y don Nicolás de Isidro, condenaban en los propios términos á ambos encausados á la pena de ser pasados por las armas.

El voto *primero*, que era el del general don Pedro Mendez de Vigo, condenaba á ambos generales á la pena de muerte en garrote vil.

Habia, pues, tres votos en favor de la vida de Diego Leon y tres en contra de ella. Los individuos del consejo dejaron completamente empatada la votación, y la vida del conde de Belascoain quedó en manos del presidente. El presidente, gefe de escuadra don Dionisio Capaz, uniendo su voto á los tres últimos, pronunció la sentencia de muerte de don Diego Leon.

Ni podía suceder de otra manera. La muerte de Diego Leon estaba ya irrevocablemente decretada en otro tribunal, sino mas competente, mas poderoso al menos que el consejo de generales.

En su consecuencia dictó el consejo la siguiente: *Sentencia*. Habiéndose formado por el brigadier don Nicolás Minuísir el proceso que precede contra el teniente general don Diego de Leon, conde de Belascoain y el mariscal de campo don Manuel de la Concha, acusados del delito de sedición militar en la noche del 7 al 8 del que rige, á consecuencia de la orden inserta por cabeza, que le comunicó el excelentísimo señor conde de Torre-Pando, capitán general de este distrito, haciéndose por dicho señor relacion de todo lo actuado: reunido el consejo de guerra permanente de oficiales generales en la capilla de San Isidro de esta corte, siendo jueces los excelentísimos señores (aquí los nombres de los generales), y asesor el auditor de guerra don Pablo de la Aveçilla, compareció en él el citado general don Diego Leon; y vistos los cargos con la defensa del procurador, ha condenado y condena el consejo

por mayoría de votos absoluta á los referidos generales á ser pasados por las armas, con arreglo á los artículos 26 y 42, tratado 8.º, tít. 10 de las reales ordenanzas; sin perjuicio de que si el general don Manuel de la Concha se presentase ó fuese habido, se le oigan los descargos que pudiese dar. Madrid, 13 de octubre de 1841 á las 8 de la noche.—Siguen las firmas.

Fallado el proceso por el consejo, fué elevado al regente del reino, quien enterado de él, y oído el dictamen del tribunal supremo de Guerra y Marina, emitido en pleno, aprobó la referida sustancia.

Pero en tanto que condenaban á muerte á Diego Leon los generales del consejo y el regente del reino, sus antiguos compañeros de armas, el público en general abrigaba esperanzas de que el general fuese solo condenado á la pena inmediata. Hablábale por todas partes del resultado de este proceso, y nadie dudaba entre las personas que no estaban en posicion de saber ciertos secretos, que la vida del general Leon seria respetada, mucho mas despues de ver el resultado que arrojaban las diligencias judiciales contra él instruidas.

En la mañana del día 14 corrió por Madrid una voz que defraudaba todas las esperanzas. Se decía que el general Leon estaba en capilla. Entonces los ánimos comenzaron á dividirse respecto al resultado ulterior de este asunto: los unos abrigaban la consoladora esperanza de que, aun deseando llevar al general Leon hasta el lugar del suplicio, su compañero de armas el regente del reino habría de perdonarle antes de la hora de la muerte. Los otros, algo mas conocedores de la verdadera situación, y convencidos de que la cabeza del general Leon debía sacrificarse á las llamadas exigencias de partido, no dudaban ya que la última hora del ilustre conde estaba muy próxima. Todos, en fin, y hagamos esta justicia á los hidalgos sentimientos del pueblo español; todos, ya, sin distinción alguna, exceptuando la reducida camarilla que rodeaba al regente, se acongojaban con la triste situación del procesado: y según su posicion particular, ó se limitaban á espresar sinceramente su deseo de que no se derramase tan ilustre sangre, ó ponían en juego sus relaciones y su influencia para conseguir el mismo objeto.

Entre las personas que con mas interés y mas loable abnegación trabajaron en favor de la vida del general Leon, merece citarse el capitán de cazadores de la milicia don Juan Miguel de la Guardia; que en la noche del 7 de octubre recibió de las tropas sublevadas un balazo que pocos dias despues lo llevó al sepulcro. Aunque el valiente Guardia se hallaba ya en inminente peligro de muerte cuando amaneció el día 14, desoyendo la voz del resentimiento y escuchando solo el grito universal que se levantaba demandando gracia para el general Leon, dirigió á sus compañeros de armas, confiando en su poderoso y eficaz auxilio, la sentida alocucion siguiente:

«*A la milicia nacional*.—Amigos y compañeros. Me dirijo á vosotros para pedir os un acto de generosidad, digno de los que visten el honroso uniforme de milicianos nacionales. El general Leon está en capilla. Fué delincuente, ha sido condenado. La justicia ha sido satisfecha. Ahora solo queda entrada al perdon, al indulto. Su fuerte brazo salvó mil veces la causa de la libertad. A nosotros toca reconocer los eminentes servicios prestados por el general Leon, haciendo el sacrificio de nuestra venganza. Yo empiezo por perdonarle. Vosotros, que á mi voz habeis roto una sola vez el fuego, ¿me abandonareis cuando se trata de imitar la antigua hidalguía castellana? Dígame de la milicia nacional de Madrid que si al peligro marcha impávida, despues de la victoria solo perdonar sabe. Una voz de misericordia de parte de la milicia nacional de Madrid puede salvar al general Leon; yo os lo pido en este supremo instante, seguro de que no desairareis á vuestro compañero.—El capitán de cazadores del segundo batallón.—Juan Miguel de la Guardia.»

No contento con esto el desgraciado Guardia, en el acto mismo dirigió otra representación al regente del reino con el mismo objeto. «El que espone (decía en ella), si en el acto del combate no veía en los sublevados sino á los enemigos de su patria, no puede menos, al tender una mirada á los vencidos, de reconocer al valiente campeon, cuya poderosa lanza sembró tantas veces el terror en las filas del oscurantismo: y hallándose personalmente ofendido en la noche del 7, no puede resistir al deseo de influir en el ánimo de V. A. á fin de que se economice la sangre de un soldado que tanto ha contribuido, á las órdenes de V. A., al triunfo de la libertad.»—Y concluía pidiendo que se indultase el general Leon, en premio de sus eminentes servicios.

Al mismo tiempo rodeaban á S. M. la reina nuestra señora, entonces muy niña, un sin número de personas notables, rogándole que interpusiese con el regente su alta y poderosa influencia. Contábase entre estas personas el valiente Dulce, gefe de los alabarderos de palacio en la noche del 7, que de rodillas suplicaba á S. M. hiciese mediar en este asunto su real intercesión. Hizolo así S. M., pero ni aun la voluntad augusta y soberana de S. M. podía prevalecer en aquellos instantes sobre las frias consideraciones de la política. Todos los esfuerzos eran inútiles: todos se estrellaban contra la mas decidida y obstinada negativa.

Notificado que le fué por el fiscal Minuísir el acuerdo del consejo al mediodía del 14, contestó con mucha serenidad despues de oír su lectura: *¡He aquí el premio de haber peleado siete años por la libertad!*

Mas no por esto se notó la menor alteracion en su semblante: y algunas horas mas tarde comia tranquilamente, acompañado de su defensor, varios amigos, su tío el general Zambrano y el comandante del octavo batallón de la milicia, haciendo los honores de la mesa con la misma imperturbable serenidad.

No le fué tan fácil permanecer sereno cuando algunos momentos despues le traian á sus sobrinas para que se despidiese de ellas: la vista de aquellos seres inocentes le conmovió de tal suerte, que solo pudo decirles entre sollozos: *Adios, hijas mías, adios. El cielo os proteja despues de mi muerte.*

Aquella misma noche pasó el general Roncali á la casa del regente para pedirle el indulto de su desgraciado amigo. Hízole presente el general que el conde de Belascoain iba condenado por diferencia de un solo voto; que recordase sus eminentes servicios, y que nunca mejor que entonces podia usar de la bella prerrogativa real que tenia en su mano. Todo fué inútil, todo fué en vano. El regente del reino le contestó, derramando lágrimas, que no podia salvar á su compañero. Entonces se cuenta que el general Roncali le contestó despidiéndose: «Espanero, adios; nuestras relaciones de amistad han concluido: rodéese vd, enhorabuena de esos generales que le adulan: por lo que hace á mí y á mis compañeros, los que le hemos ayudado á adquirir esos honores, desde este instante le abandonamos para siempre.»—No eran trascurridos dos años, cuando el regente del reino, prófugo y perseguido, veia cumplirse desgraciadamente esta triste promesa.

Escusado es decir que desde que circulaba la noticia de haberse puesto á Diego Leon en capilla, se habian doblado las fuerzas que guardaban el cuartel de Santo Tomás y aumentádose los retenes y patrullas por todas las bocacalles y los puntos inmediatos. Era tan general y manifiesto el sentimiento de indignacion que habian escitado estas noticias, que los autores de la muerte del general,—entre los cuales acaso no debemos contar como los principales á sus jueces ni al regente del reino—temian alguna manifestacion, demasiado trascendental y funesta para sus planes, de estos nobles é hidalgos sentimientos.

El general en tanto, conversando con sus amigos y con los nacionales que lo custodiaban, á quienes dispensó singulares atenciones, pasó entretenido el tiempo hasta cerca de las doce de la noche. A esta hora se recostó vestido y se durmió profundamente. A la una se presentaron en la prision los señores don L. G. B. y conde de las N., con deseos de hablarle; y habiéndolo despertado don Clemente Lopez, que estuvo en su compañía mientras duró su prision, volvió con mucho sosiego la cabeza, pues no los veia por estar vuelto hacia la pared; los saludó y levantándose pasó á la silla donde acostumbraba sentarse: preguntóles si habia algo de nuevo (porque estos señores estaban dando pasos y haciendo los mayores esfuerzos por salvar su vida); y le contestaron que nada bueno. Les respondió con fria serenidad que ya estaba convencido de que era irremediable su desgracia, y encendiendo un cigarro, se puso á fumarlo muy tranquilamente. Poco despues se despidieron de él ambos sujetos, dándole el señor C. un estrecho abrazo y el señor G. B. la mano.

Cuando se vió solo, se ocupó en despedirse de su esposa é hijos, á quienes escribió una carta llena de consuelos. Tambien dió por escrito el último adios á su madre, á sus tíos y á sus hermanos, encargando á todos que consolasen y cuidasen á su familia.

Ordenó despues su testamento, lo firmó y le puso una nota relativa á sus funerales. El resto de la noche lo pasó con el general Roncali, el cual se despidió para continuar sus pasos y gestiones en favor de su desgraciado amigo, mucho antes de que rayase el día.

Entonces el general se sentó en un sillón arropado con un capote de soldado, teniendo á un lado á su amigo el coronel don M. A. y al otro al señor Lopez: pasó un rato dormido con la tranquilidad del justo; y al despertarse y herir sus ojos la primera luz del alba, dijo con acento triste, pero tranquilo: *Este es el último día que luce para mí.* Tanta impresion causaron estas palabras en el señor A., que al ver correr sus lágrimas hubo de emplear todos sus esfuerzos para consolarlos el mismo general Leon. Ambos amigos continuaron hablando largo rato de sus glorias en el ejército y del triste fin á que vienen á parar todas las cosas del mundo, sin que el conde manifestase queja ni disgusto respecto á persona alguna.

El general Roncali volvió á las siete de la mañana, y á esta hora llegó tambien el confesor que habia pedido el general, el virtuoso P. C.: confesóse en seguida y manifestó hallarse contento y satisfecho. A las ocho menos cuarto recibió el santo Viático, viéndose impresa en su semblante una espresion de religiosa dignidad que á todos infundia consideracion y respeto: y despues permaneció recogido un momento bajo la imagen de Nuestra Señora del Milagro, á quien profesaba particular devocion.

Entráronle en seguida el chocolate con pan y manteca: manifestó que la manteca no le gustaba y que le diesen pan solo, si lo habia: sirviéronse en efecto, y tomó el desayuno con el mismo apetito que si se dispusiese á salir á paseo.

Cuando concluyó de tomar el chocolate, retiraron los dos centinelas que tenia dentro de su cuarto, y colocaron otros dos del regimiento provincial de Alcazar de San Juan: habiéndolo notado, manifestó que no sabia á qué cuerpo pertenecian aquellos soldados,

y habiéndole dicho el general Roncali el que era, le replicó: *Si: ya me acuerdo: ese es el regimiento que teníamos en Morella, que lo mandaba un coronel herido: y dirigiéndose al mismo general, añadió: Compañero: ¿sabe vd. que se me figura que no me van á acertar? ¡Son tantas las veces que me han tirado de cerca y no me han dado!...* Tan acostumbrado estaba el ilustre general á que respetasen su vida las balas, que hasta en aquella ocasion creia que habian de dirigirse mal los tiros, y ocasionarle una muerte penosa: así es que encargó muy espresamente al general Roncali, para que este lo hiciese al oficial que mandaba el piquete, que escogiese los muchachos que tuviesen mejor punteria, á fin de que no se prolongasen los últimos momentos de su vida.

Al poco rato vino el fiscal de la causa, y estrañando ver allí de guardia aquel piquete de soldados, mandó retirarlo y poner en su lugar el de la milicia que antes habia; lo cual causó una desagradable impresion en el ánimo del conde. Manifestó á éste que hasta la una podia escribir lo que gustase, sin cerrar nada, pues tenia que recogerlo y entregarlo al consejo de generales: y como todo estaba hecho, le entregó las cartas y el testamento, ambas cosas cerradas. El fiscal pidió entonces la mano al acusado, y éste se la alargó sin querer mirarlo.

A las once y media ó doce menos cuarto se quitó los tres anillos que llevaba en la mano, los envolvió en un papel y se los entregó al señor Lopez diciéndole: *Estos anillos se los ha de dar V. á mi muger, que ya los conoce, y este reloj á mi hijo Pepito.* Encargó de nuevo que se cumpliese lo ordenado en la nota del testamento respecto á la sencillez de sus funerales; preguntó en qué campo santo pensaban enterrarlo, y dejó dicho lo que habia de ponerse en su losa sepulcral. Despues previno al mismo señor Lopez que en cuanto fuese á su casa rompiese é inutilizase su lanza; y aunque tanto el señor Lopez como el general Roncali le instaron para que desistiese de este propósito, no fué posible conseguirlo. Por último, entregó al mismo señor Lopez el dinero que tenia, destinando un poco para que aquel mismo día lo diese en limosnas á los pobres, con encargo especial de que rogasen á Dios por él: tambien dió una gratificacion al alcaide de la cárcel, otra á un criado que puso allí la autoridad; y distribuyó los cigarros que le quedaban entre los milicianos nacionales que le custodiaban. Todo esto lo hacia el general con un semblante animado y que en algunos momentos parecia hasta alegre: tal y tan grande era su imperturbable serenidad.

Conociendo, sin embargo, que se acercaba ya su última hora, se sentó al lado de su confesor y enfrente de la Virgen del Milagro, donde permaneció con el mayor recogimiento, hasta que habiendo oido abrir la puerta volvió la cabeza y viendo que eran los ayudantes de plaza, les preguntó con la mayor amabilidad: *¿Vamos ya?* A lo que contestaron con una señal de cabeza, que cuando gustase. Se puso entonces de rodillas: rezó un intante ante la imagen de su devocion, y se levantó en seguida con ese aire marcial é imponente que le era tan peculiar. Su compañero y amigo el general Roncali le aguardaba ya hacia tiempo, dispuesto á acompañarle hasta el lugar del suplicio.

A la una menos cuarto subia el general Leon al coche que le esperaba á la puerta del cuartel de Santo Tomás. Vestia el grande uniforme de húsar, y se despedia, abrazándolos, de los oficiales que mandaban la guardia. Los ojos de todos los circunstantes estaban arrasados en lágrimas.

Para dar cuenta de lo ocurrido en los últimos momentos de este sangriento drama, utilizaremos, aunque no literalmente, algunos de los párrafos con que ha dado fin á la historia militar y política de Diego de Leon, impresa en 1843, su jóven autor don Carlos Masa Sanguinetti, cuyas excelentes noticias tanto nos han servido para la confeccion de estos artículos.

Poco despues, dice, un coche avanza con lentitud hacia la puerta de Toledo. Una pequeña escolta de caballeria le precede, y le rodea un piquete de infanteria. ¿Es Leon, dice el pueblo, ese jóven general que con la mano va ocultando sus lágrimas? No: á Leon no le aterra la muerte; á Leon no le acobarda la negra perspectiva del cadalso: Leon la desafía y desprecia, y se burla de sus horrores, porque Leon es un héroe. Ese es su amigo el general Roncali, mil veces mas abatido en aquellos momentos que su infortunado compañero. El general Leon marcha erguido, sereno, lleno de magestad, dirigiendo sus miradas á todas partes y diciendo sin cesar al que llora: *ánimo, Federico, esta no es ocasion de abatirse.*

El carruaje ha traspuesto ya la puerta de Toledo y la ilustre víctima baja del coche con la misma serenidad que si fuese á mandar una gran parada. Con la mano en el chacó oye delante de la bandera la lectura de la sentencia, tan interrumpida por los sollozos del oficial encargado de leerla, que el general se ve precisado á decirle: *No hay motivo para tanto: si es preciso la leeré yo mismo.*

Entretanto el pueblo lleno de ansiedad, fija sus ojos en direccion contraria, y al menor ruido cree oír el galope del caballo que trae presuroso la conmutacion de la sentencia. ¡Vana esperanza!

Terminada la lectura, el general dá dos vueltas por el cuadro, abraza á uno de los soldados del piquete, á su confesor, y al defensor Roncali, de quien se despidió diciéndole: *Los valientes se ven en el cielo.*

Pide luego permiso al oficial encargado del piquete

para mandar él mismo las descargas: colóca bien la tropa, y despues de mirar el sitio en que debia caer, esclama con voz fuerte: *No muero como traidor.*

Un miliciano, sin poder contener su emocion, esclama: *No, el general Leon es un valiente.*—¿Qué es eso? dijo Leon. Nada, le contestó Roncali, ya no es tiempo mas que de morir.

Una descarga anunció en breve al pueblo conternado que estaba ejecutada la sentencia. A los pocos instantes, el hermano del general Roncali desnudaba un cadáver: y poco despues un carro fúnebre se dirigia al cementerio por la puerta de Fuencarral.

Dos palabras no mas sobre la causa del general Leon.

Como nuestros lectores podrán haber inferido por la lectura de este proceso, nosotros no aprobamos ni podemos aprobar el fusilamiento de Diego Leon.

Creemos en primer lugar que ni política ni legalmente procedia contra él la aplicacion de la pena de muerte.

No políticamente, porque la sana doctrina sobre el castigo de los delitos políticos indica que no deben penarse con excesivo rigor aquellas culpas, cuyo principal fundamento estriba en la divergencia de opiniones, divergencia que separa y encona los ánimos, y produce odios y enemistades á muerte, como por desgracia lo hemos palpado y estamos palpando en los tiempos presentes.

No legalmente, porque el informal y defectuosísimo proceso de Diego Leon, bien examinado, no produce méritos niaun para la imposicion de la pena inmediata que pedia su defensor. De él solo resulta,—y solo á él podian atenerse los jueces,—que Diego Leon era sospechoso al gobierno de entonces, y que aquella noche se encontró entre los sublevados de palacio. Para estas culpas, que no merecen pena de muerte, habia ademas en el proceso y en la persona del procesado un sin número de circunstancias atenuantes, que debió haber tenido muy en cuenta al consejo de generales.

Por eso es un cargo que pesa sobre el presidente de este consejo, y de que la justicia de los hombres no podrá absolverlo jamás, el de haber condenado á muerte con su simple voto al ilustre conde de Belascoain, cuando las ordenanzas militares recomiendan á los presidentes de los consejos que inclinen su voto hacia la conmisericordia en caso de empate, y cuando en la causa que nos ocupa se lo recomendaban así, no solo los testos de las ordenanzas, sino todas las consideraciones de justicia, de equidad y de sana moral que quisieran invocarse.

Tenemos ademas otras dos consideraciones que oponer á este fusilamiento, aun fundándonos en esa justicia á que no quisiéramos apelar nunca, cuyo solo nombre nos horroriza y estremece, á la *justicia de partido.*

Segun ella, no procedia en lo político un derramamiento de sangre que iba á abrir una honda sima entre los partidos beligerantes en España, y que debia caer mas tarde ó mas temprano, como cayó al fin, sobre la cabeza de los que la habian derramado. Ni estaba autorizado en lo legal el partido que por la fuerza derribó una situacion y un gobierno en setiembre de 1840, á castigar con pena de muerte á los hombres del partido vencido, cuando por la fuerza intentaron reponerse en octubre de 1841.

Pero ya lo hemos dicho y lo volveremos á repetir. El golpe que cayó sobre la cabeza de Diego Leon no vino precisamente de la ley ni del regente. Sobre todos ellos habia un poder todavia mas fuerte y mas temible: el poder de la revolucion y del fanatismo político. A su fiero empuje rodó la cabeza del ilustre vencedor de Belascoain y de Villarobledo: no porque la justicia, ni las leyes, ni la conveniencia pública exigiesen su cruento sacrificio.

F. P. DE A.

COLUMNAS, OBELISCOS Y PIRÁMIDES.

COLUMNA DE BOLONIA.—A corta distancia de la ciudad de Bolonia se alza una soberbia columna de mármol blanco, cuya imagen reproducen nuestro grabado, erigida en recuerdo del famoso campo de Bolonia, y acabada bajo el régimen de la restauracion, que la destinó á perpetuar la memoria de la vuelta á Francia de la dinastia de los Borbones; pero que con el tiempo ha recobrado su primitivo nombre de *Columna del grande ejército.* La existencia de este monumento notable lleva consigo la de hechos muy importantes, para que dejemos, aunque rápidamente, de hacer mencion de ellos.

Despues del rompimiento del tratado de Amiens volvió el gobierno inglés á trabajar en su propósito de monopolizar el comercio europeo y reconquistar su esclusivo dominio de los mares. Ya habian sido apresados diferentes buques franceses que navegaban bajo la proteccion de los tratados, y las colonias de esta misma nacion corrian el mas inminente peligro, cuando concibió Bonaparte el proyecto de atacar á los ingleses en sus mismos lugares; y para efectuarlo decretó el establecimiento de seis campos á orillas del Océano (1). El mas importante de todos, de donde debian

(1) Los campos de Ostende, San Omelio, Bolonia, Brujas, Compiègne y Bayona.

darse las órdenes y donde se hacían los mayores aprestos, era Bolonia.

El primer cónsul juntó un ejército de ciento cincuenta á ciento sesenta mil hombres, escogidos de entre todos los de sus tropas, bien aguerridos, armados y equipados. Al mismo tiempo reunió una numerosa escuadra de buques de guerra, con muchos de transporte y otros para diferentes usos, que se abrigaban en todos los puertos situados desde Cherburgo á Calais. Las provincias, las ciudades, las aldeas y las diferentes corporaciones del Estado, asociaciones científicas y simples particulares, contribuyeron apresuradamente con donativos patrióticos para la construcción de navíos de alto bordo, bricks, chalupas cañoneras, y todo género de embarcaciones indispensables al logro de aquella expedición nacional. En el mes de junio del año de 1803 vino á Bolonia el primer cónsul para activar y presidir los trabajos; dos meses después hizo un segundo viaje para revistar los diferentes cuerpos del ejército y las divisiones de flotillas reunidas ya en este puerto. En agosto de 1804 vino por tercera vez Bonaparte á Bolonia, proclamado ya emperador, é hizo una distribución solemne al ejército de cruces de la Legión de Honor, pudiendo convencerse entonces del entusiasmo de las tropas, que pedían á gritos marchar contra Inglaterra.

Los diferentes campos trazados en las cercanías de Bolonia eran particularmente notables por su construcción sólida á la par que elegante. Cada uno de estos formaba calles espaciales alineadas á cordel, y tenían el aspecto de una ciudad mas bien que de un campamento militar. En él se observaba la mas exacta y rigurosa disciplina, y de trecho en trecho se ostentaban pabellones de armas, columnas, pirámides, obeliscos, estatuas y grupos alegóricos. A cada calle se le puso el nombre de un defensor de la patria, muerto en el campo de la gloria. El interior de las tiendas no era menos sorprendente por el lujo que se empleó en decorarlas.

Al principio aquellos preparativos de invasión parecieron á Inglaterra un vano alarde, pero á poco se convenció de lo contrario, y trató el gobierno de conjurar la tempestad que oía rugir sobre su existencia; para ello despertó el genio de las coaliciones, suscitando á la Francia nuevas guerras que distrajeran su

atención. Con efecto, lo consiguió, pues tuvo Bonaparte necesidad de levantar el campo de Bolonia para dirigir las tropas á orillas del Rin.

Este campo es el que recuerda la soberbia columna de Bolonia, y hoy acuden á cada paso ingleses, que la contemplan sin odio y sin rencor como un bello monumento artístico.

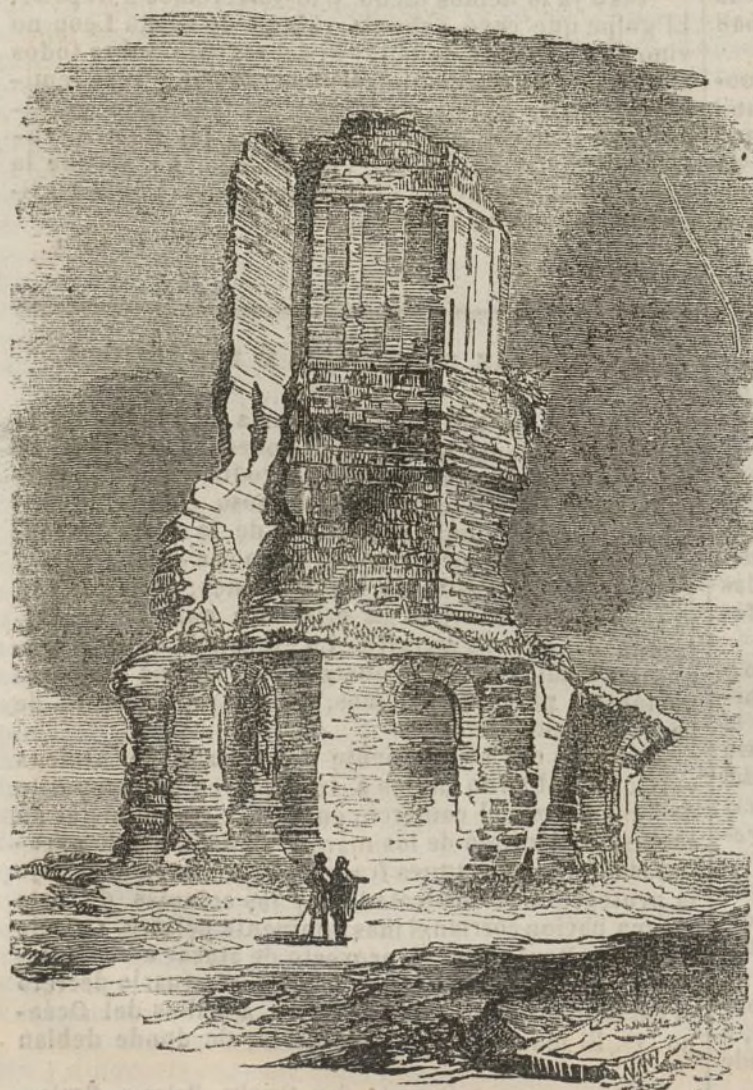
PIRÁMIDE Ó SEPULCRO DE PILATO.—La ciudad de Vienne, en el Delfinado, parece haber sido fundada por los allobroges; pero es cierto que existía antes de la llegada de los romanos á las Galias, y que estos le dieron gran magnificencia. Sin embargo, sea por causa de las diferentes guerras, sea por el afán de destrucción de los bárbaros, no hay ciudad en que menos se hayan respetado las antigüedades y que mas general trastorno manifieste. El monumento mejor conservado es el que se vé en la llanura al salir de Vienne para Provenza, el cual termina en forma piramidal. Dice un antiguo escritor que en opinión de algunos, así como en Roma la columna dorada marcaba su centro, así también la pirámide de Vienne pudo señalar el centro de la

ciudad; pero semejante opinión ni se funda en dato alguno positivo, ni presenta verosimilitud. El recinto de la ciudad es aun en el día muy distinto y claro, y nunca se extendió por la parte que ocupa el monumento; además, la forma adoptada en los sepulcros verdaderos ó simulados es enteramente impropia para servir de mojón ó piedra miliar. Por otra parte, sabemos que los romanos ponían los monumentos funerarios en los caminos reales, y á lo mas, cerca de las ciudades, en cuyo interior generalmente á nadie se sepultaba.

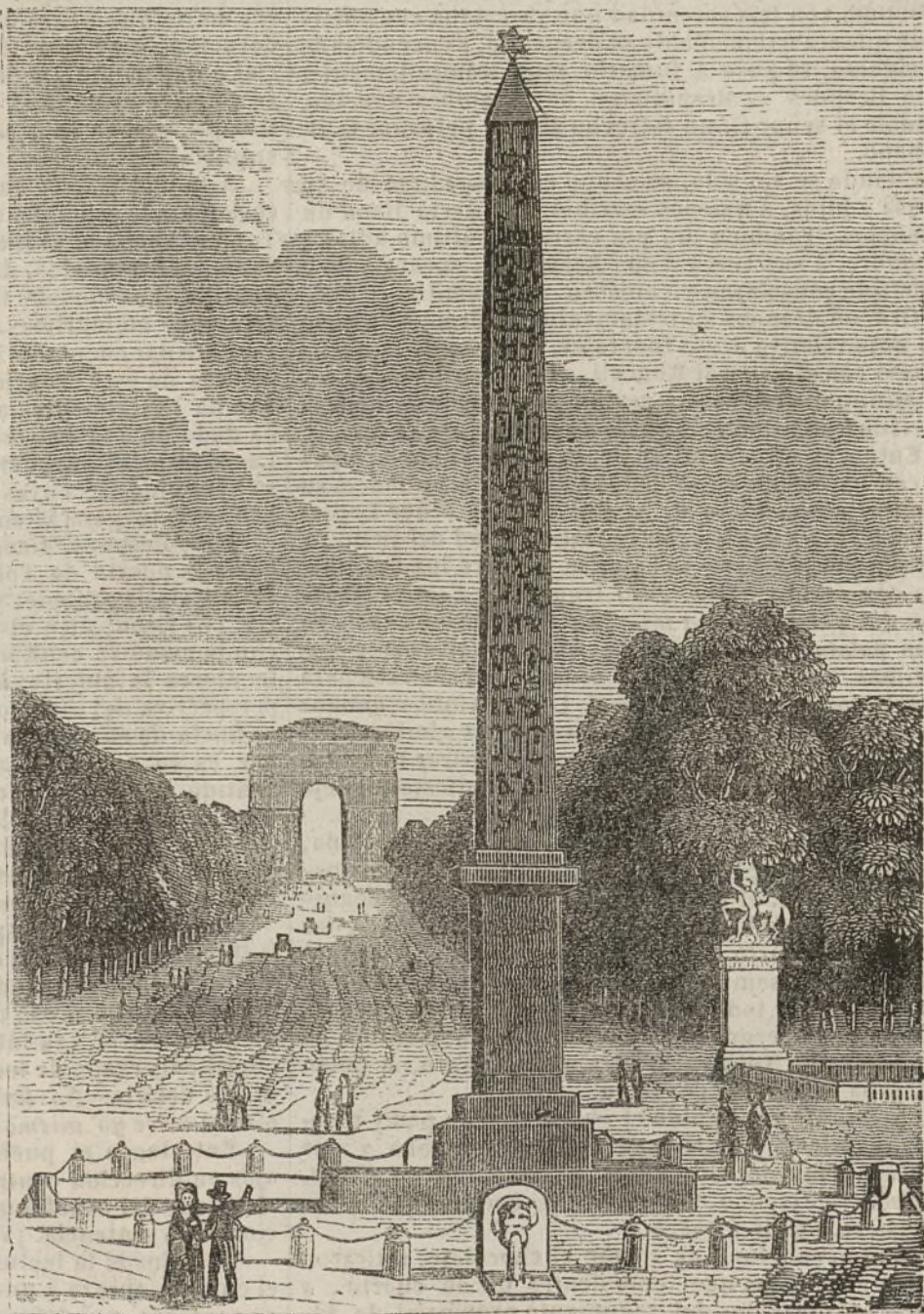
Esta pirámide no es obra de correcta arquitectura, pero es muy particular su construcción y merece llamar la atención del curioso. Levántase encima de una masa sólida de piedras gruesas y duras, de la misma calidad que las que hoy se sacan de las canteras de Bugey, á orillas del Ródano. Los asientos de las piedras tienen de quince á diez y seis pulgadas de alto, y están puestas de modo que forman gradas en las cuatro caras del monumento. Como se halla algo enterrado, solo escavando pudieron encontrarse, con lo que descubrieron hasta ocho; aun suponiendo que no haya mayor número, prueba esto el cuidado que ponían los antiguos en la solidez y duración de sus edificios. La pirámide descansa en un cuerpo arquitectónico cuadrado, y á cada lado la adorna una columna, y en cada base abrieron un arco de ocho pies de ancho sobre quince de alto. Los muros tienen dos pies de espesor, construidos también de gruesos sillares de Bugey, muy unidos y consolidados por medio de cuñas, lo que demuestran los agujeros practicados en varias partes á fin de arrancar estos pedazos de bronce: barbaridad hecha también en algunos monumentos de Roma ó Italia. Estos muros están coronados por un entablamento que sostiene un techo, en el cual des-



Columna de Bolonia.



Pirámide cerca de Vienne.



Obelisco de Lugsor.

cansa una pirámide de once pies, seis pulgadas en cuadro de base, y de unos cuarenta y dos pies de altura actual (pues faltan algunos sillares en la cúspide). Las planchas de hierro que se han introducido por entre los sillares no han podido demostrar si está lleno ó hueco el interior; pero aun siendo lo último no dejaría de ser enorme su peso. Lo mas admirable de esta fabrica es que el peso inmenso que sostiene no descansa directamente en las cuatro paredes, pues el espacio interior que estas dejan entre sí es de mas de doce pies, al paso que la base de la pirámide solo tiene once y medio, y por consecuencia carga inmediatamente en el techo: mucha habilidad, esmero é inteligencia fueron precisos para hacer este monumento tan sólido y duradero.

OBELISCO DE LUGSOR.—Un monumento de la antigua civilizacion egipcia se encuentra naturalmente cara á cara con los monumentos de la civilizacion francesa; los viejos siglos de las orillas del Nilo levantan la cabeza en medio de nuestras nuevas edades ¡Estrañó destino de los monumentos! Las obras del hombre, como el hombre mismo, tienen sus revoluciones y sus aventuras. Cuando en el suelo de Tebas, unos treinta y cuatro siglos há, se elevó el obelisco hoy llamado *obelisco de Lugsor*, ¿quién hubiese dicho que, andando el tiempo, el gigante de granito, que habia quedado solitario en medio de las ruinas de la Tebaida, seria arrancado de su suelo para ser transportado mas allá de los mares, en medio de unos pueblos que

lo admirarian sin comprenderlo? ¿Quién hubiera dicho que de allí á tres mil años, nuevas naciones aplaudirian delante del monumento sagrado de las canteras de Siene, como en los dias en que el antiguo pueblo de Tebas lo saludó por vez primera sobre su base? La idea de adornar una plaza de París con un monumento de la antigua ciudad de las cien puertas, pertenece al gobierno caído en 1830; habiéndose proyectado la expedición de Lugsor al propio tiempo que la de Argel, de forma que los mismos hombres que velaban por el honor del pabellon de Francia, velaban á la par por el interés de las bellas artes. La restauración tuvo tiempo de conquistar á Argel; mas no pudo ver cual de las orientales orillas del Nilo llegaba á la plaza de Luis XV el coloso viajero.

Entre los obeliscos que poseia en otro tiempo el Egipto, tres ó cuatro habian llamado la atención de los viajeros: los de Alejandria conocidos bajo el nombre de *Agujas de Cleopatra*, y en particular los dos monólitos que se veian todavía en pie á uno y otro lado de un templo de la antigua Tebas, en cuyo recinto se ha edificado la aldea de Lugsor.

El obelisco de la plaza de Luis XV tiene sesenta y ocho pies de alto; y si bien su

pirámide está algo mutilada, falta es esa no difícil de reparar. Además está el monumento hendido hacia su base hasta el

pero de bronce, reemplazan ahora á las antiguas. La carrera pública del obelisco empezó el 23 de diciembre de 1834, es decir,

asi que llegó á París, pues al punto comenzaron á hacerle la oposicion. ¿Hacer la oposicion á una piedra! ¿Y por qué no? La nacion francesa es una nacion esencialmente crítica, su genio es la oposicion, una piedra lo mismo que un hombre será el objeto de sus agudezas, de sus sarcasmos y de su cólera.

MONUMENTO Á LA MEMORIA DE BICHAT.

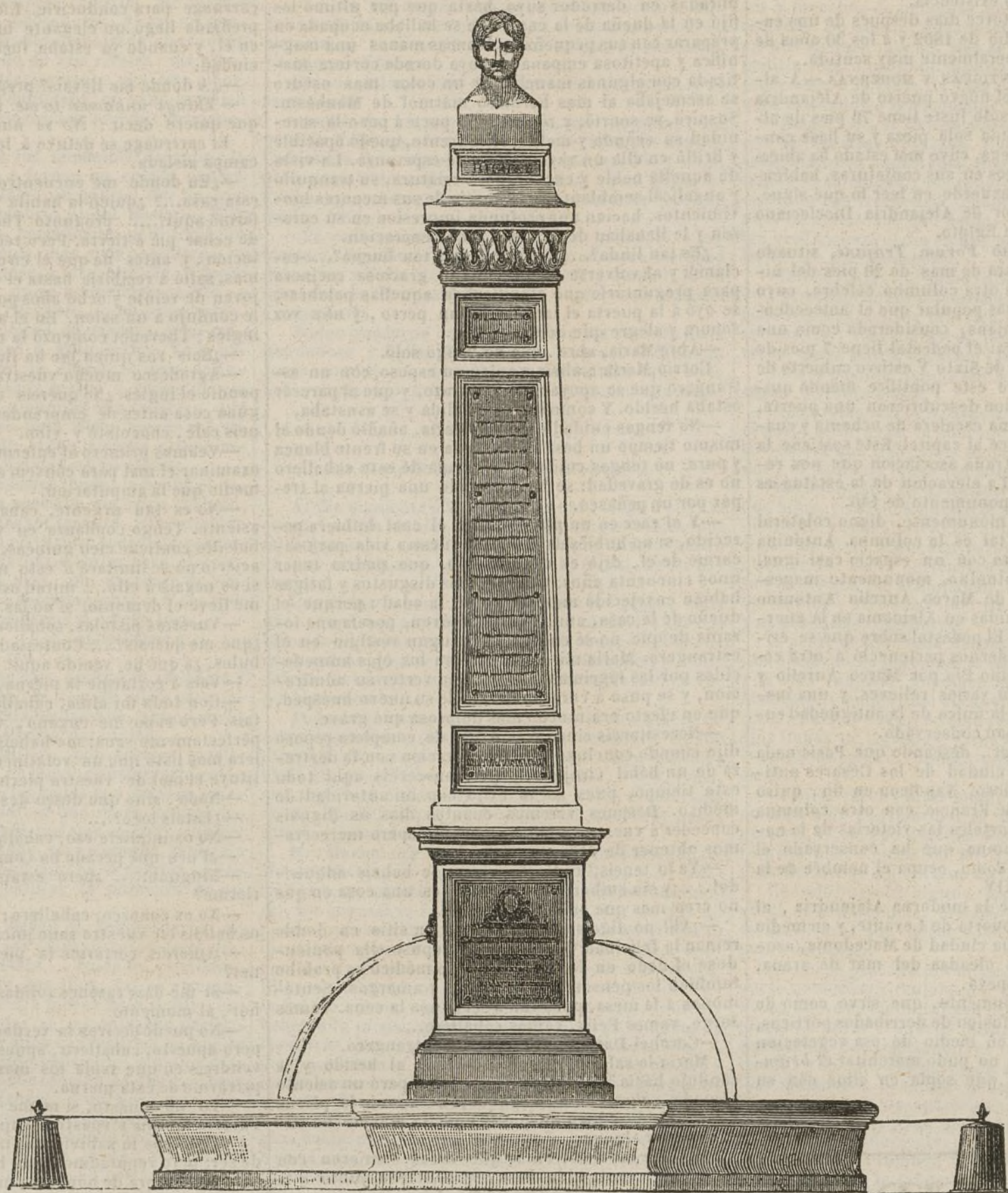
—La Francia ha dado á luz un sin número de médicos que han adquirido gran celebridad, no solo por sus prodigiosas curaciones sine por sus profundos conocimientos científicos; pero muy pocos han llegado á la altura de Bichat.

El Franco-Condado, que lo vió nacer, proyectó elevarle un monumento digno de tan grande genio, y publicamos el diseño refiriendo al mismo tiempo las principales circunstancias de la vida de este famoso médico, cuya memoria se intenta perpetuar.

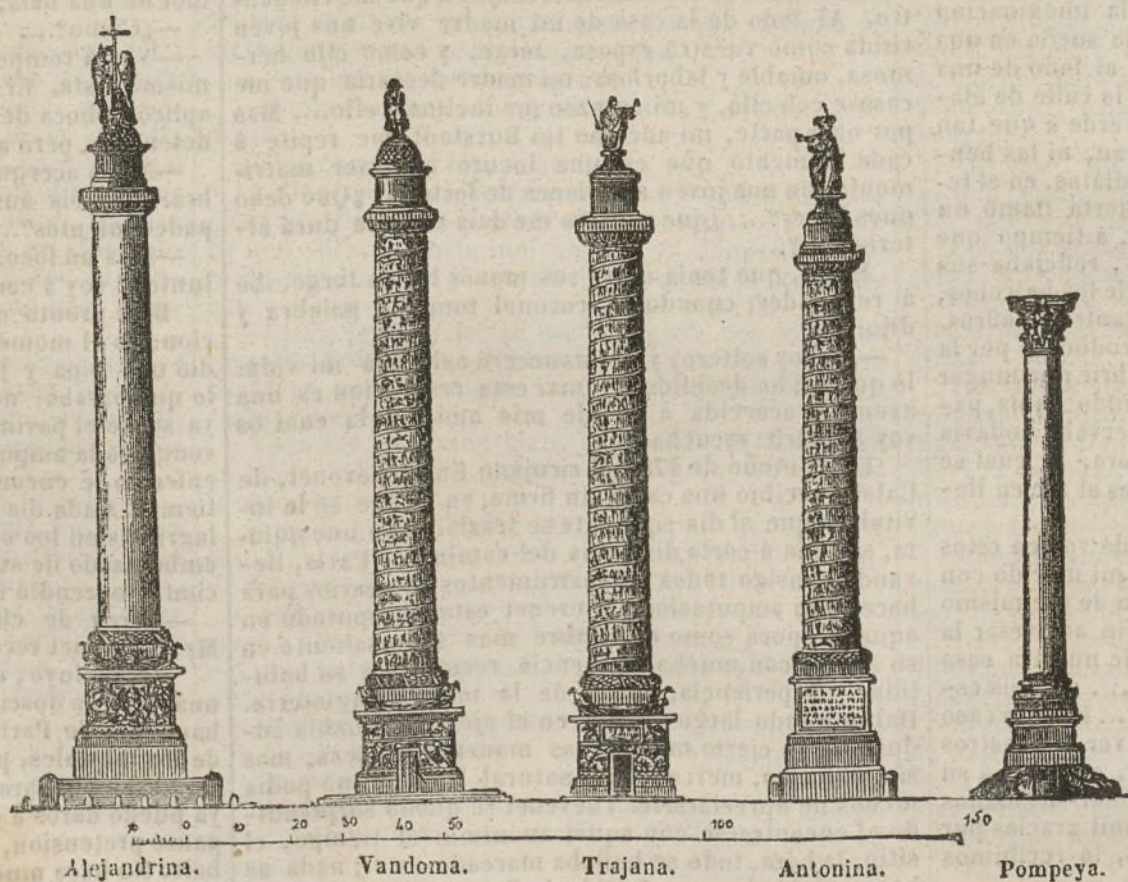
Nació Bichat en Thoirette, en el departamento del Jura, el 11 de noviembre de 1771. Después de haber cursado retórica y filosofía en el seminario de Lion, empezó en esta ciudad el estudio de la anatomía y de la medicina operatoria. Forzado por las agitaciones políticas á alejarse de esa desdichada ciudad, fué á París con intento de perfeccionarse en la escuela del sabio Desault para ir en seguida á practicar en el ejército el arte de cirugía; pero muy pronto se le abrió una carrera mas vasta y brillante.

Habiendo redactado cierto dia una lección de Desault en ausencia del que estaba encargado de ella, la lectura del extracto causó una profunda sensación, y desde esta época supo el maestro apreciar el mérito del discípulo, ofreciéndole su casa, donde le trató como á hijo y lo asoció á sus trabajos y á su gloria.

Tendría Bichat unos veinte y tres años cuando murió Desault en 1795, y lejos de desanimarse por esa pérdida imprevista, dobló al parecer su aplicación y actividad. Las curaciones del *Hotel-Dieu*, las diarias visitas de enfermos, las consultas, la disección y operaciones en el cadáver llenaron entonces todo su tiempo, cuando la muerte de Desault vino á dejarle nuevas ocupaciones. El reconocimiento le inspiraba el deber de publicar las investigaciones y trabajos del maestro que le adoptó. Entonces quiso tambien dar principio á la carrera de la enseñanza, y en el invierno de 1797 abrió su primer curso de anatomía. Después de su asistencia al *Hotel-Dieu* guiaba Bichat en las disecciones á mas de ochenta discípulos; practicaba en animales vivos infinitos experimentos filológicos; redactaba las obras quirúrgicas de Desault y proponia memorias para la sociedad médica de anatomía, pues era uno de sus fundadores.



Obelisco á la memoria de Bichat.



Alejandrina.

Vandoma.

Trajana.

Antonina.

Pompeya.

El obelisco de la plaza de Luis XV tiene sesenta y ocho pies de alto; y si bien su pirámide está algo

Los trabajos de Bichat, las fatigas que van unidas á la enseñanza, el abuso de los placeres, y en especial la morada casi continua en los anfiteatros anatómicos minaron rápidamente su existencia.

Murió Bichat á los catorce dias despues de una enfermedad, el 22 de julio de 1802 y á los 30 años de edad. Su pérdida fué generalmente muy sentida.

COLUMNAS CÉLEBRES ANTIGUAS Y MODERNAS.—A alguna distancia al Sud del nuevo puerto de Alejandria hay una columna cuyo solo fuste tiene 76 pies de altura; es de granito, de una sola pieza y su base contiene una inscripcion griega, cuyo mal estado ha abierto campo á los arqueólogos en sus conjeturas, habiéndose al fin puesto de acuerdo en leer lo que sigue. «Al muy sabio emperador de Alejandria Diocleciano Augusto P... prefecto de Egipto.

En medio del antiguo *Forum Trajani*, situado actualmente en una altura de mas de 20 pies del nivel del suelo, se levanta otra columna célebre, cuyo nombre es muchísimo mas popular que el antecedente; tal es la columna Trajana, considerada como una obra maestra de escultura: el pedestal tiene 7 pies de alto. Hasta el pontificado de Sixto V estuvo cubierto de escombros de tierra; pero este pontífice mandó quitarlos, y con esta operacion descubrieron una puerta, por la cual se entra en una escalera de ochenta y cuatro escalones, que conduce al capitel. Este sostiene la estatua de San Pedro, estraña asociacion que nos retrata á la Italia entera. La elevacion de la estatua es de 23 pies y la total del monumento de 140.

Contiene Roma otro monumento, digno colateral de la columna Trajana; tal es la columna Antonina situada en la plaza *Colona* con un espacio casi igual al del antiguo *Forum Antonino*, monumento magestuoso elevado en honor de Marco Aurelio Antonino por las victorias conseguidas en Alemania en la guerra con los masconianos. El pedestal sobre que se erigió en tiempos mas modernos perteneció á otra columna dedicada á Antonino Pio por Marco Aurelio y Lucio Vero. En él se ven varios relieves, y una inscripcion notable, por ser la única de la antigüedad cuyas letras de bronce se han conservado.

Pero el moderno Cesar, deseando que París nada tuviese que envidiar á la ciudad de los Césares antiguos, ese genio prodigioso, Napoleon en fin, quiso embellecer á la capital de Francia con otra columna Trajana, que hiciese inmortales las victorias de la nacion francesa. Esta columna, que ha conservado el nombre de *Cesar de Vandoma*, ocupa el nombre de la famosa estatua de Luis XIV.

Al pié de los muros de la moderna Alejandria, al salir de la ciudad por la puerta de Levante, y en medio de las ruinas de la antigua ciudad de Macedonia, azotadas de continuo por las oleadas del mar de arena, se eleva la columna Pompeya.

Es un grandioso monumento, que sirve como de faro en medio de esa confusion de derribados pórticos, destrozadas columnas, y en medio de esa vegetacion de cantos de piedra, que no pudo marchitar el *bram-sin* despues de mil años que sopla en ellos con su aliento abrasador.

M. U.

SI O NO.

(Novela.)

CAPITULO I.

Una casa de campo.

A alguna distancia de Munich se elevaba una casita de campo como la que suele forjar la imaginacion de un joven de diez y ocho años, cuando sueña en una felicidad completa y no interrumpida al lado de una esposa adorada. No faltaba en ella ni la calle de álamos blancos, ni las celosías de color verde á que tan aficionados eran Goethe y J. J. Rousseau, ni las bandadas de palomas en las praderas inmediatas, en el tejado y al frente de la puerta. A esta puerta llamó un hombre de edad de unos treinta años, á tiempo que aproximándose el sol hacía su ocaso, reflejaba sus deslumbradores rayos en las vidrieras de los balcones, que parecían chapas enormes de diamantes y zafiros. Apenas resonó en el edificio el ruido producido por la aldaba que servía de llamador, salió á abrir una muger de mediana edad, rubia, y que aun cuando habia pasado ya de la primera juventud, conservaba todavía una belleza pura, regular y encantadora, la cual se apresuró á introducir en las habitaciones al recién llegado.

—¡Picaruelo!... le dijo, ¿que ha sido de vos en estos seis meses?... ¿Como es que amandoos mi marido con tanta ternura y participando yo tambien de ese mismo afecto, dejais trascurrir tanto tiempo sin atravesar la corta distancia que separa á Munich de nuestra casa de campo?... Mas os encuentro pálido... ¿habeis estado enfermo?... ¿os aflige algun pesar?... En este caso ese era un motivo mas para venir á ver á vuestros amigos, ocupar un sitio en su hogar, sentarse á su mesa, descansar bajo su techo, y estrechar sus manos entre las vuestras. Sentaos, Felix, y mil gracias por vuestra visita, aunque un poco tardía, la recibimos con la mayor complacencia.

Tomó asiento Felix, se enjugó el sudor que corria por su frente, aunque la tarde era una de las mas fres-

cas de otoño, lo cual probaba que sin que él se aperciese la agitacion de su espíritu, habia comunicado un impulso rápido á su marcha. Despues dirigió sus miradas en derredor suyo, hasta que por último las fijó en la dueña de la casa, que se hallaba ocupada en preparar con sus pequeñas y blancas manos una magnífica y apetitosa empanada, cuya dorada corteza matizada con algunas manchas de un color mas oscuro se asemejaba al mas hermoso mármol de Manhesin. Suspiró, se sonrió, y recobrando poco á poco la serenidad su ceñuda y melancólica frente, quedó apacible y brilló en ella un rayo de fé y de esperanza. La vista de aquella noble y encantadora criatura, su tranquilo y angelical semblante, y la gracia de sus menores movimientos, hacian una profunda impresion en su corazon y le llenaban de felicidad y de veneracion.

—¿Es tan linda?... y será ademas tan buena?... exclamó; y al volverse hacia Felix la graciosa cocinera para preguntarle qué significaban aquellas palabras, se oyó á la puerta el ladrido de un perro, y una voz sonora y alegre que decia:

—Abre Maria, abre, que no vengo solo.

Corrió Maria á abrir y entró su esposo con un extranjero que se apoyaba en su brazo, y que al parecer estaba herido. Y como se ponía pálida y se asustaba,

—No tengas cuidado, amada Maria, añadió dando al mismo tiempo un beso á su esposa en su frente blanca y pura: no tengas cuidado, la herida de este caballero no es de gravedad: se ha lastimado una pierna al trepar por un peñasco.

—Y al caer en un precipicio en el cual hubiera perecido, si no hubiérais espuesto vuestra vida para sacarme de él, dijo el desconocido, que podría tener unos cincuenta años, y á quien los disgustos y fatigas habian envejecido mas bien que la edad; porque el dueño de la casa, aunque no era joven, poseía una lozanía de que no se encontraba ningun vestigio en el extranjero. Maria miró á Jorge con los ojos humedecidos por las lágrimas que la hacia verter su admiracion, y se puso á curar la herida de su nuevo huésped, que en efecto era mucho mas dolorosa que grave.

—Necesitareis cinco ó seis dias de completo reposo dijo cuando concluyó aquella operacion con la destreza de un hábil cirujano, y permaneceréis aqui todo este tiempo, pues así lo exijo con mi autoridad de médico. Despues veremos cuántos dias os dignais conceder á vuestros amigos, porque espero mereceremos obtener de vos este título.

—Ya lo teneis, contestó: si, ya le habeis adquirido!... ¡y sin embargo, la amistad es una cosa en que no creo mas que en la felicidad!...

—¡Ab! no digais esas cosas en un sitio en donde reinan la felicidad y la amistad, repuso ella poniéndose el dedo en los labios. Como médico os prohibo tambien los pensamientos tristes y amargos. Sentémonos á la mesa, pues van á servirnos la cena. Vamos Jorge, vamos Felix, vamos caballero....

—Coronel Darnheim, replicó el extranjero.

Maria le saludó, ofreció su brazo al herido y le condujo hacia la mesa en donde le preparó un asiento cómodo, colocando una banqueta debajo de la pierna y asegurándose bien de que de aquella manera no sufriría dolor alguno.

Sirvióse la cena, en la que todos comieron con apetito, y levantada la mesa, se sentaron junto á la chimenea, en la que ardía buena leña de pino, que alegraba la vista y daba un calor suave; y luego Maria presentó pipas á Felix, su marido y el coronel. La conversacion, en un principio indiferente, tomó en breve un carácter de confianza é intimidad, que hizo decir á Felix:

—Voy á pedir os un consejo, amigos míos; la experiencia del coronel no me será inútil, y espero que no me faltará en las circunstancias en que me encuentro. Al lado de la casa de mi madre vive una joven rubia como vuestra esposa, Jorge, y como ella hermosa, amable y laboriosa: mi madre desearia que me casase con ella, y mi corazon me inclina á ello.... Mas por otra parte, mi anciano tio Burstadt me repite á cada momento que es una locura contraer matrimonio con una joven sin bienes de fortuna. ¿Qué debo pues hacer?... ¿qué consejo me dais en esta dura alternativa?...

Maria, que tenia entre sus manos las de Jorge, iba á responder, cuando el coronel tomó la palabra y dijo:

—Yo soy soltero, y permaneceré así toda mi vida: lo que me ha decidido á tomar esta resolucion es una aventura acaecida á uno de mis amigos, la cual os voy á referir: escuchad.

En el otoño de 1782 el cirujano Luis Thevenet, de Calais, recibió una carta sin firma, en la que se le invitaba á que al dia siguiente se trasladase á una quinta, situada á corta distancia del camino de París, llevando consigo todos los instrumentos necesarios para hacer una amputacion. Thevenet estaba reputado en aquella época como el hombre mas sobresaliente en su arte, y con mucha frecuencia recurrían á su habilidad y experiencia, hasta de la misma Inglaterra. Habia estado largo tiempo en el ejército y habia adquirido en cierto modo unas maneras bruscas; mas sin embargo, merced á su natural bondad, no podia menos de apreciarsele. Thevenet se quedó sorprendido al encontrarse con aquel anónimo: el tiempo, el sitio, la hora, todo se hallaba marcado en él; nada se habia olvidado, pero faltaba la firma. Sin duda, dijo para sí, alguno quiere divertirse conmigo haciéndome pasear; y no fué.

Pasados tres dias, recibió una nueva invitacion mas apremiante, y en ella le prevenian que al dia siguiente á las nueve pararía á la puerta de su casa un carruaje para conducirlo. Efectivamente, á la hora prefijada llegó un elegante birlocho. Thevenet subió en él, y cuando ya estaba fuera de las puertas de la ciudad:

—¿A dónde me llevais? preguntó al cochero.

—*Things unknown to me: i am not concerned for.* que quiere decir: *No sé nada, no puedo decirlo.* El carruaje se detuvo á la puerta de una casa de campo aislada.

—¿En donde me encuentro?... ¿á quién pertenece esta casa?... ¿quién la habita?... ¿quién se halla enfermo aquí?... preguntó Thevenet al cochero antes de echar pié á tierra. Pero recibió la misma contestacion, y antes de que el cirujano pudiese adelantar mas, salió á recibirle hasta el umbral de la puerta un joven de veinte y ocho años poco mas ó menos, el cual le condujo á un salon. En el acento se conocia que era inglés; Thevenet comenzó la conversacion:

—¿Sois vos quien me ha llamado?... le dijo.

—Agradezco mucho vuestra complacencia, le respondió el inglés. ¿No quereis descansar?... Tomad alguna cosa antes de emprender la operacion; aqui tenéis café, chocolate y vino.

—Veamos primero al enfermo, caballero. Necesito examinar el mal para convencerme si no hay otro remedio que la amputacion.

—No es tan urgente, caballero Thevenet; tomad asiento. Tengo confianza en vos; escuchadme. Este bolsillo contiene cien guineas, vuestro es; y si teneis acierto no se limitará á esto mi reconocimiento; pero si os negais á ello.... mirad estas dos pistolas.... que me lleve el demonio, si no las disparo contra vos....

—Vuestras pistolas, caballero, no me asustan; pero ¿qué me quereis?... Contestadme, os ruego sin preámbulos, ¿á qué he venido aquí?

—Vais á cortarme la pierna derecha.

—Con toda mi alma, caballero, y la cabeza si gustais. Pero si no me engaño, vuestra pierna se halla perfectamente sana; me habeis precedido por la escalera mas listo que un volatinero. ¿Que es lo que constituye el mal de vuestra pierna?

—Nada, sino que deseo desembarazarme de ella,

—¿Estais loco?...

—No os inquiete eso, caballero Thevenet.

—¿Pues qué pecado ha cometido esa pierna?

—Ninguno.... ¿pero estais dispuesto á contrariarme?

—No os conozco, caballero; dadme pruebas de que os hallais en vuestro sano juicio; testigos....

—¿Quereis cortarme la pierna, caballero Thevenet?

—Si me dais razones sólidas para mutilaros, sí señor, al momento.

—No puedo deciros la verdad.... tal vez algun dia.... pero apuesto, caballero, apuesto á que entonces convendreis en que tenia los mas nobles motivos para privarme de esta pierna.

—Yo no apuesto, si no me decis vuestro nombre, vuestra familia y vuestra ocupacion.

—Todo eso lo sabreis mas tarde: por ahora no puede ser; pero reputadme como hombre de honor.

—Un hombre de honor no amenaza á su médico con una pistola; tengo deberes que cumplir con vos, aunque me seais desconocido, y no os mutilaré sin necesidad. ¿Deseais ser el asesino de un padre de familia que no os ha hecho ningun daño? tomad: disparad.

—Bien, caballero Thevenet, repuso el inglés tomando una pistola; yo no os haré fuego; pero sin embargo, os obligaré á que me amputeis la pierna. Lo que no hariais por complacerme, ni por interés, ni por temor de una bala, lo vais á hacer por compasion.

—¿Cómo?...

—Voy á romperme la pierna de un tiro, á vuestra misma vista. El inglés se sentó, tomó la pistola y aplicó la boca del cañón á su rodilla. Thevenet iba á detenerse, pero aquel le dijo:

—No os acerqueis, ó disparo. Escuchad una palabra: ¿quereis aumentar y prolongar inútilmente mis padecimientos?...

—Sois un loco, caballero, pero cúmplase vuestra voluntad? voy á cortar os esa condenada pierna.

Bien pronto quedó todo dispuesto para la operacion: en el momento de principiarla, el inglés encendió una pipa y hubiera podido jurarse que no sabia lo que pasaba: no dijo una palabra; la pierna estaba ya sobre el pavimento, y seguia fumando. Thevenet concluyó la amputacion como excelente maestro, y el enfermo se encontró muy aliviado al cabo de poco tiempo. Cada dia apreciaba mas á su médico, y con lágrimas en los ojos le daba gracias por haberle desembarazado de su pierna. Cuando se halló en disposicion, emprendió el camino de Inglaterra.

Cerca de cinco meses despues de su partida, Mr. Thevenet recibió la carta siguiente:

«Os incluyo, como prueba de mi reconocimiento una letra de doscientas guineas, contra Mr. Panchard, banquero de París. Me habeis hecho el mas dichoso de los mortales, privándome de un miembro que era un obstáculo para mi felicidad sobre la tierra. Ahora ya puedo daros á conocer las causas de mi estravagante pretension, ó de mi locura, como vos la llamabais. No hace mucho tiempo sosteniais que no habia motivo racional que alegar para una mutilacion como la mia: entonces os propuse una apuesta: si hubiérais aceptado, habriais perdido. A mi regreso por segunda

vez de la India Oriental, conocí á Emilia Harley, la mas amable de las mugeres. Su fortuna y su familia convenian admirablemente á mis padres; á mí me bastaba su hermosura, y su dulzura celestial. Me mezclé entre la multitud de sus adoradores, y ¡ay! mi querido Thevenet, fui bien pronto demasiado afortunado para ser el mas desgraciado de mis rivales: me amaba, no lo ocultaba, y precisamente por este amor, me rechazaba. En vano le suplicaba, en vano tambien sus parientes y amigos intercedian por mí: permanecia siempre inflexible.

«Por largo tiempo me fué imposible descubrir la causa de aquella aversion á formar su enlace conmigo, á pesar de que me amaba con delirio. Por fin, una de sus hermanas me descubrió aquel misterio. Miss Harley era un prodigio de hermosura, pero tenia un defecto natural... no tenia mas que una pierna, y temia que algun dia llegase á despreciarla. Adopto desde luego mi partido, quise asemejarme á ella, y gracias á vos, caballero Thevenet, lo he conseguido. Volví á Londres con una pierna de madera, y mi primer cuidado fué ir á visitar á Miss Harley. Ya la habian advertido, y yo mismo la escribí al dejar la Inglaterra, que me habia roto la pierna á consecuencia de una caída del caballo, y que tal vez tendrian que cortármela. Emilia se puso muy triste cuando me vió por primera vez, y durante algun tiempo estuvo inconsolable; pero en la actualidad es mi esposa.

«Al siguiente dia de nuestra boda, la confié el secreto del sacrificio que su posesion me habia costado, y por ello me ama con la mayor ternura. ¡Oh intrepido y generoso Thevenet, que no tuviese todavía diez piernas que perder?... me las haria cortar para ofrecérselas á Emilia. Mientras viva, me acordaré de vos. Venid á Londres: venid á acompañarnos y á conocer á mi muger, y entonces me direis si estaba loco.

«CARLOS TEMPLE.»

Thevenet divulgó entre sus amigos la anécdota y la carta que habia recibido: se reia de ella á carcajadas, y cada vez que la referia exclamaba, ¿qué loco?.. Contestó de este modo á la carta del inglés.

«Os doy gracias, caballero, por vuestro regalo: debo llamarle así, porque no puedo considerarlo como pago de mi trabajo. Mil felicidades con vuestra amable inglesa!... Mas me parece que es en verdad demasiado cambiar una pierna por una muger, aunque sea la mas hermosa: con todo, no es mucho, si por fin de cuentas no se sale engañado en el cambio. Adan pagó con una de sus costillas la posesion de su muger.

«Sin embargo, aun á riesgo de desagradaros, mi observacion subsiste: tal vez tendreis razon en el dia: pero mañana... aguardemos... cuidado, caballero, temo mucho que dentro de dos años, no os arrepintais de haber separado vuestra pierna de la rodilla: entonces conoceréis que unidas se encontraban perfectamente. Al cabo de tres años convendreis en que la pérdida del pie hubiera sido suficiente: un año mas tarde estareis plenamente convencido de que era bastante sacrificar el dedo grueso, y un poco mas adelante, ¿quién sabe si os parecerá demasiado el dedo pequeño?... Dios quiera que concluido el sexto año no esteis de acuerdo conmigo en que hubiera valido mas que me hubiese contentado con cortar solo las uñas!... Que por lo que digo aqui, no se ofenda vuestra graciosa esposa: las mugeres pueden conservar intactas su hermosura y su virtud, como los hombres sus opiniones. Me acuerdo que en mi juventud rogaba con frecuencia á Dios por la vida de mi amada; pero no le habria sacrificado una pierna, y si lo hubiese hecho, todavía diria: «Thevenet, estabas loco.» Tengo el honor de ser vuestro servidor:

«THEVENET.»

En 1793, Thevenet que acababa de ver prender á un joven cirujano contra quien se habian concebido sospechas de ser aristócrata, se refugió en Londres para poner su cabeza á cubierto de la cuchilla niveladora de la guillotina. Fue por curiosidad, ó por cualquier otro motivo, preguntó un dia por sí Carlos Temple, y le enseñaron su habitacion. Se hizo anunciar, y le introdujeron en ella. En un sillón colocado junto á la chimenea, estaba sentado el gentleman, con una botella que contenia un licor espumoso, y veinte periódicos á su lado.

«Celebro mucho veros, caballero Thevenet, exclamó el inglés, que era el mismo sir Carlos Temple. Disimuladme el que permanezca sentado, porque esta maldita pierna me impide.... Probablemente venis á ver si teniais razon....

«Vengo fugitivo á buscar un asilo en Inglaterra.

«Bien, os alojareis en mi casa, porque en verdad sois un hombre de un juicio excelente y exacto, y me consolareis. Mirad, sino fuese por esta maldita pierna, tal vez en el dia seria Almirante. Estaba leyendo los periódicos, y me lleva el demonio por no poder tomar parte en los negocios. Venid y consoladme.

«Vuestra esposa sabrá consolarnos mucho mejor que yo.

«No, no; como su pierna de madera la impide bailar, se ha aficionado al juego. No la necesito, aunque por lo demas es una muger excelente y quizá la mejor del mundo.

«¿Con que yo tenia razon?...

«Sí, á fé mia, querido Thevenet; pero dejemos eso. Confieso aqui para entre nosotros que he hecho una necedad. Si pudiese recobrar mi pierna, no me corta-

ria ni aun las uñas por mistriss Temple. Estaba loco; pero conservad este secreto y no le descubrais á nadie.

«Ya no me casaré con mi hermosa vecina, dijo Felix suspirando, despues que el coronel concluyó su historia, el cual volvió á tomar su pipa, la encendió, y comenzó á fumar.

Entonces Jorge dejó su pipa sobre la mesa, y se espresó así:

«Antes de adoptar una resolucion tan grave, mi querido Felix, es necesario examinar el pro y el contra. La historia del coronel es seguramente terrible y fatal, pero permitidme que os refiera otra, que quizá os hará aceptar con gusto las proposiciones de vuestra madre. Oid.

«Ya es demasiado tarde para dar principio á esa historia, dijo Maria; es preciso que nuestro huésped descanse, y Felix tiene que volverse á la ciudad. Si tu narracion es interesante para él, puede venir mañana á escucharla.

Todos quedaron convencidos con las razones de la bondadosa y bella Maria. Felix regresó á Munich. Jorge condujo al coronel á la habitacion que se le habia preparado y los esposos se retiraron á la suya.

CAPITULO II.

La historia prometida la vispera.

Al dia siguiente á la hora de cenar, llegó Felix: el coronel sufría menos, y por consiguiente estaba menos misántropo: en cuanto á Maria y Jorge, manifestaban en sus semblantes la serenidad habitual de su corazon.

Concluida la cena, y encendidas las pipas, cada uno ocupó su asiento: Maria y el coronel á los dos lados de la chimenea. Jorge en el canapé debajo de dos cuadros, uno de Mieris y otro de Boucher; y Felix delante del fuego. Jorge comenzó su narracion en estos términos.

Todavía se cuentan en W.... un gran número de cosas originales y chistosas de cierto caballero. No me atrevo á pronunciar su nombre; mas como debemos darle alguno, le llamaremos Mr. Marbel. Decia, pues, que aun en el dia de hoy se refieren cosas asombrosas de Mr. Marbel. Deseo contaros una que muy pocos saben, y que tal vez os interesará.

Mr. Marbel era un hombre recto, de buen juicio, sin presuncion ni orgullo; íntegro y leal, y de consiguiente gozaba la reputacion de un ser extraordinario. En general se le miraba como un loco, de que no puede esperarse gran cosa. El, lejos de alterarse ni incomodarse con tan vulgares hablillas, decia, «tienen razon, yo vivo á mi modo: tanto peor si les choca. Ellos viven como mejor les parece; siguen la corriente del rio; ¡buen viaje!... Visten á la moda, comen y beben á la moda, y encuentran exquisito el gusto de las ostras. Dan á sus hijos la educacion de moda... juzgan, alaban y critican con arreglo á la moda, y jamás por conviccion ó segun lo que les dicta su conciencia: yo no los vitupero; pues que me dejen obrar.»

Mr. Marbel era muy rico, aunque en sus principios habia poseído muy poco. Habia sido escribiente de una casa de comercio muy fuerte de Hamburgo, y sucesivamente desempeñó en ella los primeros empleos. Dos veces lo enviaron á las Indias, y al fin concibió la idea de hacer algunos negocios por su cuenta: primero fué tímido y de poca resolucion; mas luego cobró ánimo, y concluyó por emprender especulaciones en grande. Para tener una persona que administrase fielmente sus bienes durante sus viajes, se casó con una joven huérfana, prudente y discreta, que á no ser por él, hubiera quedado espuesta á permanecer soltera toda su vida. La encontró llorando sentada al pie de un vallado, un dia que acababa de atravesar por una poblacion pequeña.

«¿Por qué lloras? la preguntó.

«Porque acaba de morir mi madre, y me han despedido.

«Ven conmigo, hija mia.

La hizo subir en su carruaje, se sentó á su lado, y cuando llegó á la ciudad mas inmediata, la colocó en una silla de posta indicándole su domicilio. Durante seis meses la joven sirvió de criada á Mr. Marbel, y al cabo de este tiempo se casó con ella.

«Estais loco, le decian sus amigos: con vuestras riquezas hubierais podido enlazaros con una opulenta heredera: pero encontrar una muger en un vallado y casarse con ella....

Todo eso está muy bien, contestaba Marbel, pero en punto á doncellas, prefiero la mejor, y sobre todo la mas virtuosa.

Cuando hubo reunido una fortuna mas que regular, pensó en dejar los negocios, colocó sus fondos en donde los creyó mas seguros, y no quiso ya hacer nada.

«Estais loco, le decian sus amigos, pensar en retirarse á descansar á la edad de cincuenta años!... Ahora, que ya teneis experiencia, es cuando os debeis dedicar á los negocios.

«Bueno, bueno, respondia Marbel: quiero comer el pan que he ganado: ahora, que todavía tengo dientes para mascarlos.

Aunque, como ya he dicho, era muy rico, vivia en una casita pequeña, sus muebles y vestidos eran en extremo sencillos: no tenia ni caballos ni carruages, y su mesa no estaba franca: cualquier trabajador de la comarca hacia mas gasto que él. Sin embargo, cuando le daba la humorada, era hombre que arrojaba el di-

nero: casaba á los jóvenes y los establecia; ponía sustitutos para el servicio militar á los hijos de los artesanos, y pagaba abogados que defendiesen los intereses y derechos de personas que le eran enteramente extrañas. De suerte, que mezclándose en los negocios agenos gastaba mucho. Mas si por casualidad iban á pedirle dinero prestado algunas personas, que no perteneciesen á la clase de labradores pobres, se lo negaba diciéndoles bruscamente: no lo tengo.

«Estais loco, le decian sus amigos, no sabeis hacer uso de vuestras riquezas. Construid una magnifica casa, adquirid nombradía, brillad. Las principales familias de la ciudad y los señores mas encopetados os visitarán con frecuencia. ¿Quereis honores y títulos?... pues no teneis mas que hablar. ¿De que os sirve vuestro oro? Llegará el dia en que morireis, y no os podreis llevar ese precioso metal.

«Hablais á las mil maravillas, les contestaba Marbel; predicais admirablemente; pero no me conveneis. Ademas, no soy tan rico como pensais: necesito economizar, y un maravedí, por insignificante que parezca, quizá puede hacerme falta.

«No es posible: teneis por lo menos treinta mil escudos de renta anual.

«Seguramente; pero necesito dos mil escudos para el gasto de mi casa: el sobrante pertenece á los que no tienen con que vivir. Dios me ha hecho el administrador y el padre de todos los pobres convecinos míos.

Marbel perdió en el mismo año á su esposa y sus dos hijos, y volvió á quedarse solo. Todos procuraban distraerle y consolarle. «Bien, bien, les decia, no estoy triste; mi alma se encuentra mucho mas tranquila que otras veces: ahora pertenezco á otro mundo; mi esposa y mis hijos me acompañan á todas partes, los veo, los hablo, y vivo con ellos. Os suplico que me dejes y no procureis consolarme.

A pesar de todo esto, la pérdida de su muger é hijos hacia que le pareciese el mundo un poco desierto, y la vida enojosa. ¡Siempre solo!... Llegó á querer distraerse y emprendió algunos viajes. ¡Alivio pasajero!... Muchas veces se sentaba á su pupitre con los ojos llenos de lágrimas, y sus criados, que le amaban como á un padre, fijaban enternecidos sus miradas en él.

«Teneis razon, hijos míos, compadecedme; pero no trateis de consolarme; el dolor es una necesidad para mí. El tiempo dulcifica los pesares del alma; pero nada puede cicatrizar las heridas causadas por la destruccion de un antiguo afecto.

Cuando buscaba alguna distraccion, se dedicaba á obras de beneficencia. Muchas veces le encontraban en las alturas que rodean á W...., y en la choza del pobre mendigo.

Un dia se paseaba por el jardin botánico, y un concurso numeroso circulaba por entre los frondosos árboles, como en los domingos del estío. Marbel se complacia en mirar á aquella multitud animada y alegre; amenazaba una tempestad, el viento soplaba con violencia, y los árboles agitaban sus ramas con un confuso murmullo. Los niños buscaban un asilo, los puestos ambulantes desaparecian; callaba la música en los bosquecillos, y las parejas del baile se iban retirando precipitadamente.

Mr. Marbel, inmóvil en medio de aquel bullicio y del ruido de la tempestad, permanecía tranquilo; aquel golpe de vista le divertia. Bien pronto quedaron completamente desiertas las espaciosas calles de árboles, el viento formaba remolinos, y hacia subir hasta el cielo nubes de polvo. En aquel momento la joven princesa Emilia atravesaba uno de los caminos laterales; á su lado marchaban dos chambelanes, y la seguian dos oficiales, que no cuidaban mas que de preservar del viento las plumas de sus sombreros. De repente arrecia el huracan, silva el aire con extraordinaria violencia, despréndese el velo de la princesa, y vuela. Estiende los brazos atemorizada para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y ondea allí transparente como una tela de araña.

«Mi velo, mi velo, gritaba; recogédmelo, quiero mi velo; es un regalo que me hizo mi madre el dia de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

«Lo quiero, repetia la princesa, aunque tenga que quedarme aqui, y las lágrimas corrian por sus mejillas.

Los que la acompañaban inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente; éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacia en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

«Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien; mirad como se mueve mi velo, lo cual facilita el alcanzarle. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas joven: id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenia menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximándose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba su furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso. El niño se agarraba fuertemente á la cima del árbol, que se doblaba, bajaba y volvía á subir haciendo recorrer al pobre niño en los numerosos círculos que describía. Marbel temblaba, los palaciegos se reían solapadamente, y la princesa daba saltos de gozo al ver su velo en las manos del joven.

—Cuidado no le desgarre, dijo con nueva angustia.

El niño desprendió el velo, bajó con presteza y le entregó sin menoscabo alguno.

—¡Alabado sea Dios! dijo la princesa: mandó continuar la marcha con celeridad para librarse de la tempestad, y la siguió toda su servidumbre.

El niño corría detrás y alargaba las manos pidiéndoles una limosna. Un chambelán le arrojó al suelo algunas monedas. El niño las recogió y abrió la mano para examinarlas. Marbel jamás había tenido tanta curiosidad como en aquel instante: habíale agradado el aspecto franco y el valor del jovencito, y andaba registrando su bolsillo para recompensar su atrevimiento.

—¿Cuánto te han dado? le preguntó.

—Cinco krentzers, caballero.

—¿Cinco krentzers? repitió Marbel exhalando un suspiro: ¡pobre niño!... y despues tomando un puñado de monedas le llenó de ellas las manos: asombrado el muchacho al ver tanta riqueza, dirigía alternativamente sus rasgados ojos á las monedas y á su bienhechor.

—¿Todo? le preguntó.

—Sí, todo: ¿y qué vés á hacer con ello?

—En verdad que no lo sé: compraré un vestido nuevo, y ahora voy á vivir como un gran señor.

—¿En dónde está tu padre?

—Hace ya dos años que no le tengo. Mi padre era soldado, y murió en la guerra: mi madre también ha fallecido, y nadie hace caso de mí en la aldea.

—Dame tu dinero hijo mío.

—¿Todo?

—Todo.

Y el pobre niño triste y cabizbajo devolvió pieza por pieza todo su tesoro, y dos gruesas lágrimas empañaron sus negros ojos.

—Dame tus cinco krentzers.

—Esos me pertenecen.

—Ya no tendrás necesidad de dinero. Te llevaré á mi casa, y serás mi hijo si eres prudente. ¿Quieres?

—Seguramente que sí.

—¿Tienes todavía mas dinero?

El niño no poseía mas que una moneda llena de mohos y un pedazo de pan: Marbel lo recogió todo y le llevó consigo.

El joven Conrado Eck fué vestido de paño burdo con la mayor sencillez. Como hasta entonces no había habitado mas que en los establos, y pasado las noches á campo raso, se puso muy contento cuando recibió de Marbel un saco de paja por cama, y por alimento los manjares mas comunes. Estaba muy gozoso y satisfecho; era ágil, servicial, infatigable, en extremo apacible, daba muestras de grande inteligencia, pero ignoraba cuanto salía fuera del círculo de la experiencia y de los hábitos de un mendigo. Al cabo de seis meses aquel osillo estuvo tan bien adiestrado que ya se pudo presentar delante de las personas bien educadas, y confiarle algunos encargos. Únicamente le costó algun trabajo acostumbrarse á la limpieza y á hacer las cosas con orden. Su buen corazón le hacia apreciable á todos los de la casa, y Mr. Marbel le llamaba su hijo. Conrado asistía á las escuelas públicas, y era bastante aplicado: en un principio le fastidiaba el estudio; pero luego se aficionó á él. La alegría que sus adelantos causaban á su bienhechor era su mas dulce recompensa, y su frialdad su mayor castigo.

Me abstendré de referir todos los pormenores de la educación del joven mendigo: lo que ya he contado basta para dar una idea del carácter de Mr. Marbel. Un año despues de haber entrado en su casa, Conrado se sentó con él á la mesa. Hubiera podido comer á sus anchas cuantos manjares se servían en ella, pero Conrado no era gloton. Mr. Marbel se complacía sobre manera al ver que prefería el cocido y las patatas á todo lo demas. Aunque no le hubiera prohibido acostarse en un lecho mas blando, no le pesaba á monsieur Marbel el verle decidido y aun apegado á su saco de paja. Todas las semanas recibía Conrado medio escudo del cual no gastaba nada, ya porque aguardase para ello mejor ocasion, ó ya porque lo conservase para el tiempo en que no tuviese á su lado á Mr. Marbel.

—Procura tener pocas necesidades y gastar poco: acumula para tus semejantes, le repetía sin cesar su bienhechor.

Cuando Conrado cumplió diez y seis años, Marbel, para celebrar el nacimiento del huérfano, le dió cuatrocientos escudos.

—Ahora, hijo mío, le dijo, vamos á separar nuestros intereses. Ya tienes algun dinero; es preciso que sirva para mantenerte, vestírte, pagar á tus maestros, y proporcionarte lo que te haga falta. Permanecerás aquí; pero todos los meses me pagarás cuatro escudos por la habitación, la cama y los muebles: ¿te acomoda este convenio?

Conrado quedó al pronto un poco sorprendido, pe-

ro gozoso al verse con tanto dinero aceptó. Todos los meses disminuía su gasto: Marbel no le perdía de vista, le aconsejaba y le escuchaba. Conrado vivía, según Marbel había pensado, tan mezquinamente como un avaro, pero era tan pródigo como un príncipe cuando se trataba de ser útil. Al fin del año le quedaban ciento veinte escudos, los cuales empleó ventajosamente. Por segunda vez recibió otros cuatrocientos escudos.

Así fué pasando el tiempo Conrado hasta cumplir veinte años. Marbel resolvió entonces enviarle á la universidad y le aumentó la pensión.

—«¡Dijo mío, acostumbraba á tu cuerpo á vivir con poco, pero no le rehusé lo necesario. No puede haber buen artista sin buenos instrumentos: el artista es un juicio sano: perfecciona el tuyo. La vida, aunque corta, es una escuela: forma tu entendimiento y tus sentimientos. ¿Para qué puede servirnos su cultivo? Haremos la experiencia en la eternidad, en donde nuestro padre nos llama á una obra mas elevada. Te señalo para los tres años de universidad una fuerte suma: empléala toda, frecuenta el mundo, y estudia hasta á los malvados, porque es útil conocerlos. ¿Eres débil? pues esa es tu suerte; sucumbirás: ¿eres fuerte? resistirás. Pasados esos tres años, piensa en ganarte tu subsistencia, porque yo nada tengo que darte.»

«Soy rico, porque á esto llaman riqueza, continuó Mr. Marbel, pero tiene poco atractivo para mí, porque nada puedo hacer con ella: tal vez viviré menos que mis criados, ¿pues para qué me sirve el dinero? Lo que me produce una satisfacción, es el haber adquirido cuanto poseo con mis solas fuerzas, y una probidad sin tacha. Mi fortuna no me ha costado ni sangre ni lágrimas sino únicamente sudor: he aquí el mayor regocijo del sábio. Solo hay una necesidad en la próspera y en la adversa fortuna, la virtud: todo lo demas, ambición, amor, deseo de riquezas y de mando, envidia, odio, fanatismo, todo es locura. Aprende bien esto Conrado: mostrarse fuerte en todas ocasiones grandes é insignificantes, he aquí la verdadera sabiduría. No desprecies las cosas por mezquinas que te parezcan: Dios no ha hecho nada despreciable: el grano de arena y el gusano, tienen tambien su grandeza.»

«Te he dado una buena educación: eras una planta silvestre pero vigorosa. Ya tienes veinte años y esta es la edad en que la persona incapaz lucha con el ángel: procura que el ángel quede vencedor. El hombre requiere ser dirigido primero como una planta, despues como un bruto, y en seguida como un ángel. Hay muchos que no son mas que brutos bien adiestrados.»

El mismo bruto no merece ser despreciado. ¿La azucena con su blancura deslumbradora, no florece entre el polvo de la naturaleza? Una nada decidió de la suerte de toda mi vida; aprendí á coser, y este fué el origen de mi fortuna.

«Tal vez no me creerás, pero sin embargo nada es mas cierto. Tenía veinte años, y solo sabía leer, escribir y contar. Era hijo de un pobre peon de albañil, y por falta de dinero no sabía que hacer de mí, porque como he visto despues, el dinero lo es todo.»

«Tenía por camarada á un joven llamado Albert: éramos aturdidos é incorregibles, nuestros vestidos que rara vez se reponían estaban sucios y rotos, por lo que continuamente recibía malos tratamientos en mi casa, pero pasado el dolor volvía á mis mañas acostumbradas.»

«Un día estábamos sentados en un banco de un jardín que habíamos encontrado abierto, y conversábamos acerca de lo que queríamos ser: yo pensaba llegar á teniente general, y Albert á generalísimo.»

—«Jamás seréis nada, nos dijo un anciano con peluca blanca, bien vestido, que se hallaba detrás del banco, y había escuchado nuestra conversacion.»

¿Por qué no? preguntó Albert, un poco recobrado de su sorpresa.

«Sois hijos de unas buenas gentes, lo conozco en vuestro traje; pero habeis nacido para ser siempre mendigos: ¿á no ser así cómo consentiríais el llevar los codos rotos?»

«Entonces nos agarró á los dos por los brazos, y nos metió los dedos en los agujeros que teníamos. Yo quedé avergonzado y lo mismo le sucedió á Albert.»

—«Si no sabéis coser, continuó el caballero, ¿por qué no aprendéis á manejar y servir de la aguja? En un principio, dos puntadas hubieran reparado vuestro vestido: ahora ya es demasiado tarde, y por eso os veis como unos mendigos. ¿Queréis ser teniente general, y generalísimo, andrajosos rapazuuelos? Cosed primero los agujeros de vuestros codos, y despues pensaréis en grandezas.»

«Abochornados en el fondo de nuestro corazón, nos alejamos sin proferir una palabra. Yo volví tan bien el codo á mi manga que quedó por la parte de adentro sin que nadie pudiese conocerlo. Aprendí á coser con mi madre, como si estuviese jugando, pues no quise decirle por qué deseaba saber manejar la aguja. Desde entonces, si se me descosía alguna parte del vestido, al punto acudía al remedio, y fui haciéndome mas cuidadoso. Bien pronto me fué repugnante la suciedad, aunque mi traje no estuviese roto, me gustaba la limpieza, estaba satisfecho, y decía entre mí: «el anciano caballero de la peluca blanca tenía sobrada razón: con dos puntadas se repara un vestido: con un puñado de cal se blanquea una pared: con un vaso de agua se apaga un incendio que comienza: un poco de cobre produce escudos, y una pepita se con-

vierte en un frondoso árbol: y en qué consiste esto?... Dios lo sabe.»

Albert no tomó las cosas tan seriamente, ó hizo muy mal: A ambos nos dirigieron á casa de un lonjista, que necesitaba un joven que supiese escribir y contar con perfeccion. Nos mandó hacer un corto ensayo, y me dió la preferencia. Llevaba yo un vestido viejo, pero sin agujeros ni manchas. Albert manifestaba su incuria y desaliño, aunque tenía puesto su traje de los días festivos. El amo de la casa me dijo, solo el que es económico, puede llegar á ser comerciante: palabras que me hicieron recordar al anciano caballero. Bien pronto observé que tenía todavía muchos agujeros que tapar en cuanto á mis conocimientos é inclinaciones. Dos puntadas lo reparan todo en un momento sin gran trabajo, pero es preciso no dejar ensanchar el agujero: de otro modo el vestido necesitará un sastre, la salud un médico, y los agujeros de la moral el castigo de un magistrado. No hay nada insignificante ni indiferente para el bien ni para el mal: el que crea lo contrario ni conoce la vida ni á sí mismo. Mi principal tenía tambien el codo roto: era poco razonable, colérico, déspota y caprichoso. Esto me incomodaba con suma frecuencia: quise hacerle frente y se irritó sobremanera. Pensé que me hallaba amenazado de tener por segunda vez los codos rotos, si era tan colérico y tenía tan poca paciencia como el amo, y desde aquel mismo momento principié á darle la razón, y dejarle obrar como gustase: de este modo pude conservar la paz.

«En cuanto estuve ya un poco instruido, mudé de amo. Habituado á vivir modestamente y á contentarme con cualquier cosa, no me faltaban colocaciones. Evitando cuidadosamente el tener agujeros en los codos, y aparentando no ver los de los demas, todos estaban en paz conmigo, y yo la tenía con todo el mundo. Así es que continuamente me hallaba rodeado de amigos, me dispensaban una grande confianza, no me faltaban auxilios ni negocios, y en fin, Dios me había echado su bendición. En obrar y pensar bien consiste toda la moral, como el meollo de la nuez contiene el germen de un árbol enorme»

«De esta manera fué formándose mi fortuna, y dije para mí. «Apenas me es necesaria la vigésima parte de este dinero voy pues á esceder á todos en lujo y magnificencia. Qué locura!... Qué!... consentiré acaso verme con los codos rotos en los últimos días de mi vida?... No: ayuda á tus semejantes: esto es lo que debes hacer. El mayor bien que produce la riqueza, despues de la independencia, es un vasto círculo de actividad.»

«Ahora, Conrado, vas á marchar á la universidad: aprende á ser justo: acuérdate alguna vez del anciano caballero de la peluca blanca: guárdate bien del primer agujero en el codo: no hagas como mi compañero Albert, que concluyó por sentar plaza de soldado, y pereció en América.»

Conrado fué á Göttinga, y estudió allí jurisprudencia con mucha aplicación y aprovechamiento, sin sustraerse, sin embargo, á la sociedad ni á las diversiones. Economizaba su dinero porque había concebido un gran proyecto, el de viajar por Europa. Monsieur Marbel le aprobaba, y aun le escitaba á ponerlo en ejecución, pero no quería darle un solo real. Conrado se esforzaba en llevar á cabo lo que le parecía agradaba á su bienhechor; mas era necesario dinero para el viaje, y Conrado no tardó en decidirse. En cuanto obtuvo el grado de doctor en ambos derechos se puso á servir en casa de un carpintero, y allí cepilló, aserró, cortó y pulimentó la madera. Sus conocimientos en el dibujo y en química, su gusto y su habilidad le sirvieron y ayudaron maravillosamente para aprender su nuevo oficio. En nueve meses hizo portentosos adelantos, y bien pronto se colocó al nivel de su maestro. Mediante veinte lises abrevió el tiempo de su aprendizaje, y pasó á la clase de oficial.

Una noche Mr. Marbel acababa de volver de paseo y estaba tomando el fresco en el balcón. En aquel instante pasó por delante de él un obrero forastero con su talega á la espalda, le saludó, y quitándose el sombrero, se quedó parado sin pronunciar una palabra. Mr. Marbel le arrojó una moneda de plata, el obrero le dió las gracias, colocó la moneda en el bolsillo del pantalón, y pidió permiso para hablar á monsieur Marbel, que al momento se le concedió.

El artesano le dió muchas expresiones de parte de Conrado. Marbel estaba enagenado de gozo porque hacia ya nueve meses que no tenía noticia alguna de su hijo adoptivo, á quien amaba mas de lo que él mismo creía. Mientras que con el mayor júbilo examinaba las facciones del obrero:

—¿Qué!... dijo retrocediendo sorprendido, ¿no eres tú Conrado? ¿Quieres burlarte conmigo? ¿Es ese el traje de un doctor?

Conrado le contestó riéndose:

—El doctor viene guardado en mi talega: ahora no soy mas que un oficial de carpintero que va de camino, que procura ganarse el pan y vivir con poco. Hé aquí mis títulos de doctor y de maestro: me dirijo á los países estrangeros, y solo he venido á W... para ver otra vez á mi excelente padre, manifestarle mi reconocimiento y pedirle su bendición.

Estas palabras conmovieron profundamente á monsieur Marbel, derramaba copioso llanto y no podía hablar.

—Sí, dijo arrojándose á los brazos de Conrado y estrechándole contra su corazón: sí, tú eres mi hijo, y quiero ser tu padre.

Mr. Marbel le detuvo algunas semanas á su lado, y despues de bendecirle le dejó continuar su marcha. —¿Tienes dinero? le preguntó en el acto de partir. —Todavía tengo veinte y cinco escudos, respondió Conrado: es cuanto he podido ahorrar.

—Esa suma es suficiente para un obrero, y con el escudo que yo te he dado, añadió sonriéndose, ya estás rico. El Señor sea contigo: escribeme cada tres meses lo que te ocurra y lo que veas. Guárdate de llevar los codos rotos, y todo irá bien.

Rico con los veinte y seis escudos, Conrado comenzó á dar la vuelta á Europa. Recorrió primero la Alemania y despues atravesó los Alpes: deseaba ver las ruinas de un mundo destruido: despues de visitar á Roma y Nápoles, se embarcó para Francia: trabajó en Lyon y París para perfeccionarse en su oficio, marchó desde allí á Londres, en donde permaneció cerca de un año; en seguida se detuvo en algunas ciudades de Holanda; pasó á Dinamarca, vió á Estocolmo y Petersburgo, y luego regresó á su patria.

Cuando llegaba á una poblacion en donde habia algo notable que ver, buscaba trabajo en casa de al-

á andar por las calles. Si se me hubiese profesado algun cariño, me habria escrito por lo menos esta novedad, decia, ahora está quizá muy lejos y nadie me dará razon de su paradero.

Con la talega á la espalda se fué á la posada de los carpinteros con ánimo de pasar en ella la noche, y al dia siguiente fué á casa del banquero Schmid para adquirir noticias de su bienhechor. El antiguo banquero ya le conocia y le recibió con los brazos abiertos.

—¡Alabado sea Dios!.... exclamó, por fin vuelvo á veros, señor doctor. Nuestro amigo, como ya sabeis, ha marchado á la India; me ha dejado para vos doscientos luises de oro, que queria emplear para vuestro establecimiento en el punto que gusteis elegir.

—¿Está en la India? repitió Conrado, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿No lo sabeis?... Ha tenido en esta ciudad muchos disgustos. El príncipe quiso conferirle la nobleza, y con la independencia de su carácter, que ya conocéis, le envió á pasear; le devolvió los títulos diciéndole que cada hombre tenia su nobleza particular, y que ninguno podia recibirla de manos de otro. Esto dió

LA NOVIA DE ALDEA.

CUADRO ORIGINAL DE GREUZE.

Greuze, famoso pintor francés, no buscaba en la mitología ni en la historia el asunto para sus cuadros; estudiaba la naturaleza en la humilde vivienda del pobre, bajo la choza del simple labrador. Sobresalía en la representación de escenas morales y tiernas, y poseía en grado eminente el arte de ennoblecer el género rústico sin alterar su sencillez. Se citan con justo elogio sus cuadros del *Padre paralítico*, de la *maldición paterna*, la *novia de aldea*, cuyo grabado damos, la *vuelta del cazador*, la *niña y el perro*, obra maestra de candor, etc. La mayor parte de esas obras llenas de vida y de sensibilidad son sobre todo notables por la pintoresca disposicion de las figuras, siendo lo único quizás vituperable la afectacion del efecto teatral. Greuze tenia tambien el defecto de repetir en casi todos sus cuadros el mismo carácter de cabezas; pero están estas tan espresivas, tan admira-



La novia de aldea.

gun carpintero, porque el cansancio y la necesidad de ganar dinero para continuar su viaje, le obligaban á detenerse. Los domingos, el artesano se trasformaba en sábio: en todas sus correrías le acompañaban siempre uno ó dos autores clásicos. En cuanto ganaba algun dinero, proseguía su camino. Sus maestros le hubieran querido detener mas tiempo, porque un obrero instruido no se encuentra tan fácilmente, y todos estaban maravillados de sus conocimientos. Muchas hijas de carpintero hubieran deseado que permaneciese á su lado aquel asombroso extranjero, y aun hacerle su dueño, porque Conrado era buen mozo: sus negros ojos tenían mucho fuego y espresion, sus modales anunciaban un jóven de buena familia, su conversacion, no solo con sus inferiores, sino tambien hasta con los que poseían conocimientos iguales á los suyos era atractiva é instructiva; todos le tenían por un hombre notable.

Al finalizar el cuarto año de sus viajes, volvió á W.... Ya hacia tres años que no habia recibido ni una sola linea de Mr. Marbel, aunque habia escrito con regularidad á su bienhechor cada tres meses: era para él un problema si vivia ó no aquel varon escelente.

Conrado estaba pálido como la misma muerte cuando llegó á la casa en que habia habitado. Recibiéronle caras extrañas, y le participaron que habia ya mucho tiempo que Mr. Marbel habia vendido su casa y marchado de W.... Triste y pensativo comenzó

márgen á falsas interpretaciones, enredos, y por último á una especie de persecucion. Acusaron al buen Marbel de jacobino, porque habia aceptado una letra de cambio girada por un revolucionario, contra quien existían sospechas de que trataba de formarse partido entre el pueblo, y unido esto á lo demas, acabó la vida de este hombre benéfico. Ya sabeis cuan confiado y bueno era con todo el mundo; hiciéronle perder sumas considerables; el pesar quebrantó su salud, y para colmo de desgracia, le salieron muy mal varias especulaciones que emprendió. Un dia vino y me dijo que tenia todavía en la India un capital considerable, y queria ir á manejarle por sí mismo. Mis objeciones fueron inútiles; vendió y dió todo cuanto poseía aqui; me entregó en depósito una suma para vos, y luego partió; esto hará cosa de año y medio.

Conrado estaba anonadado; si hubiese sabido á qué punto de la India se habia dirigido, le hubiera ido á buscar inmediatamente. Mr. Schmid probablemente se habria opuesto á ello, y le ofreció alojamiento en su casa hasta que adoptase el género de vida que le pareciese mas conveniente. Conrado se inclinaba á abrir un taller de carpintería; pero M. Schmit le disuadió de semejante idea, y le aconsejó se dedicase al ejercicio de la abogacia, en el cual podia ser mas útil á la sociedad.

blemente modeladas, que bajo ese aspecto, ningun pintor del último siglo podia compararsele. Su dibujo en todas las demas partes de la figura carecia mas bien de elegancia que de correccion, sin que respecto á firmeza dejase nada que desear. Sus ropajes por lo general son de mal gusto, habiéndose dicho que los descuidaba de intento para hacer resaltar la belleza de las carnes, lo cual es algo dudoso por ser demasiado bellas para necesitar el realce de semejante artificio.

Tenia Greuze cerca de ochenta años cuando murió, que fué 21 de marzo de 1803.

EL PADRE GUADALUPE.

He aquí un nombre tan conocido como el del ciego Cornelio, como el monasterio del Escorial.

Crónicas ambulantes, ambos individuos de aquella inapreciable maravilla, eran una parte integrante de ella, porque á ella estaba ligada la existencia del uno como lo está la del otro. Pocos nacionales ó extranjeros han dejado el real sitio de San Lorenzo sin llevar apuntado en sus recuerdos de viaje el nombre de estos dos cumplidos *cicerones*, especialidades en su género, por su desinterés el uno, por su amena instrucción

cion el otro, que siendo ciego es el guía de los viajeros. No es esto solo lo admirable: eslo aun mas lo discreto y esmerado del lenguaje de ese ciego de humilde cuna y de pobre estado; aquella imaginacion cuya actividad trata en vano de desmentir la blancura de su cabellera, terrible sello de su edad, que no ha enfriado el entusiasta ardor de su patriotismo.

El ciego Cornelio no se concreta á narrar la exacta historia del monasterio y su origen, á describir con artística perfeccion desde los frescos de los claustros hasta el peso de la bola y cruz del cimborrio, guiando siempre por aquel laberinto de galerias, por aquellas interminables escaleras, sino que es ademas la crónica de todas las notabilidades á quienes ha acompañado. De casi todas os contará alguna anécdota. Habladle de Mr. Thiers, y os dirá que solo estuvo tres horas en el Escorial para enterarse bien: que hallándose en la bañalustrada de la media naranja, le preguntó por las ruinas de los cuarteles que están al S. E. de la poblacion, y contestó con su impasible y acostumbrada prontitud: *Esas ruinas son la herencia que nos legaron los franceses en la guerra de la independencia.*

Nadie ha hecho una picante alusion á nuestra gloria nacional que no haya sido dignamente contestado. Muchas pudiéramos referir; pero no es nuestro objeto ocuparnos con tanta estension de Cornelio, á quien hemos creído digno de esta pequeña digresion, riéndole en ella el tributo de aprecio que nos merece.

Volviendo al malogrado P. Guadalupe, vamos á trazar unos ligeros apuntes biográficos, haciéndolo bajo la dolorosa impresion de la vista de su cadáver, ante el cual formamos el propósito de escribir su biografía para dejar consignado un perenne recuerdo á su nombre y á sus virtudes.

Don Antonio Guadalupe de la Cámara nació el 16 de abril de 1778 en la villa de Alcocer, obispado de Cuenca, provincia de Guadalajara, siendo sus padres don Antonio y doña Isabel Diaz de Pazos, honrados labradores, habiendo sido antes el primero militar, de cuya carrera se retiró cargado de años y de servicios.

Recibidas las primeras nociones de su instruccion, dedicóse desde niño al estado monástico, y á la edad de 16 años tomó el hábito en el eritorio de Nuestra Señora de la Luz, en donde estuvo doce años, al cabo de los cuales pasó al real sitio de San Lorenzo en 6 de febrero de 1806, y profesó en igual día de 1807.

Invasido el Escorial por los franceses, conducidos á él por la merecida fama que tenían las innumerables alhajas del monasterio, se dispersaron los monges, y el P. Guadalupe fué de convento en convento hasta el de Belen del mismo orden de San Gerónimo, en Portugal, adonde llegó despues de mil penalidades y con peligro inminente de su vida por no haberse despojado de su hábito de monge, por parecerle una profanacion. Tal era el afecto que le tenía.

A su regreso á España acudió solícito á su monasterio, en el que ha desempeñado los cargos de corrector segundo y mayor del coro doce años, cantor de bajo, hasta que perdió la voz; administrador de la hospedería, dirigiendo la educacion de cuarenta niños empleados en la misma; de la ropería, de la bodega; custodio de las santas reliquias y sacristan mayor cinco años, sirviendo los dos últimos gratuitamente, pues era tan apasionado el cariño que tenía á las reliquias, que nombrado por S. M. en 23 de noviembre de 1837 capellan de la Real Capilla del monasterio con la dotacion de 6,000 rs., no descansó hasta permutar este buen destino por el de sacristan mayor, dotado solo con 400 ducados. Este rasgo de generosa abnegacion y desinterés era propio del P. Guadalupe. No se crea que la recompensada los viajeros le indemnizara de lo que en sueldo perdía; no hay uno que pueda decir recibió, ni aun á título de decir una misa, la mas pequeña gratificacion. Ofendíase por el contrario con la insistencia de algunos. ¡Digno y español desprendimiento que hemos oido asegurar no tiene imitador en el extranjero!

Apegado á las reglas monásticas, no ha dejado de observarlas un dia desde su esclaustracion hasta su fallecimiento: su camisa era de franela, y debajo de los mantes llevaba el hábito de la orden: en su cama jamás ha puesto sábanas de lienzo, y en el método y horas de sus comidas y en sus costumbres ha vivido como cuando estuvo en comunidad, estando en armonia hasta en sus disposiciones testamentarias, pues ha legado lo que le pertenecía á sus compañeros los capellanes, conforme á lo que prevenian los estatutos de su orden.

Una afeccion asmática que sufrió, con una resignacion cristiana propia de su carácter religioso, por espacio de cuatro años, sin que prescindiera del puntual desempeño de sus penosas obligaciones, le precisó á retirarse á su celda el 21 de mayo de este año, despues de celebrar la misa de alba. Agravándose su enfermedad, recibió todos los sacramentos con santa veneracion, pidió perdon á cuantos le acompañaban, y despues de manifestar su deseo de que le enterraran en el cementerio de los monges, entregó su alma á Dios á las dos y media de la mañana del 9 del inmediato mes de junio.

Por la tarde se celebró su entierro con la mayor solemnidad posible, asistiendo el clero, los empleados del patrimonio y otras personas de la poblacion. Al enterrarle no se satisfizo su último deseo: en obsequio á la buena memoria del P. Guadalupe debiera complacersele, y hasta colocar sus restos en parage donde

podieran los viajeros que de tantos buenos ratos le son deudores, esclamar ante su tumba:

Lit tibi terra levis, cineris quoque flore tegantur.
A. PIRALA.

LAS PLAGAS DE EGIPTO EN MADRID.

(JUNIO DE 1830.)

Al multiplicabo signa....
Palabras de Dios á Moisés.
¿Usquequo patiemur hoc scandalum?
Palabras de los egipcios á Faraon.

I.

Yendo á caza....

En una de las mas bellas tardes del presente mes, salia yo pensativo y meditabundo por la puerta de Toledo, con una mano metida en la abertura de mi gaban abotonado hasta el cuello por razones que yo me sé, á pesar de estar en verano, y haciendo girar entre los dedos de la otra un débil junquillo, tan elástico y flexible como mis esperanzas.

Marchaba al acaso sin rumbo fijo, deteniéndome á intervalos á contemplar los lejanos horizontes, la caída del sol, el río, los árboles, los campos vecinos, el pintoresco pueblecito de Carabanchel.... volvía los ojos á la heróica y coronada villa de donde acababa de salir, permanecia inmóvil algunos minutos, y á poco inclinaba de nuevo la cabeza, heria el suelo con el pié y continuaba mi marcha triste y silencioso, mohino y desesperado.

Mohino y desesperado, lectores míos, porque andaba á caza.... de una idea, con mas empeño que un celoso fiscal de imprenta tras las frases ó párrafos denunciadores de un artículo de oposicion; y por mas que ponía en prensa mi entendimiento, por mas que miraba al cielo y á la tierra, á Madrid y á sus alrededores, al Manzanares y á las prosaicas bayas que bordan sus orillas, no brotaba en mi cerebro abrasado la menor chispa luminosa que me guiase á puerto de salvacion; ó en otros términos, la *décima Musa* que frecuentemente hace tantos prodigios en cabezas peores organizadas y menos originales y fecundas que la mia (no se atribuya esta ingenua confesion á falsa modestia), nada me inspiraba que en mi concepto valiese los honores de la publicidad, ó lo que es lo mismo, que contentase medianamente á cualquiera de los dos conocidos editores de periódicos literarios, con cuya amistad, generoso apoyo (y maravéjese) me es indispensable contar siempre en casos tales, antes de lanzarme pluma en ristre al palenque literario, á disputar la ansiada corona de laureles (que ciñe el respetable busto de los *napoleones*) á los cincuenta mil escritores poco mas ó menos, de todo peso y calibre, edad, condicion y sexo, que encierra en su recinto la celebérrima villa, capital de la hispana monarquía.

Dominado, oprimido, sofocado, si, sofocado por este fatal pensamiento, tenaz como una pesadilla, importuno como un deseo irrealizable, imperioso y exigente como la necesidad, marchaba yo con paso acelerado, el sombrero echado hacia atras, erguida la frente, torbo el gesto, los brazos como aspas de molino, brotando por los encendidos ojos parte de la hiel que me bullia en el alma, cuando sonaron á mi alrededor estas seráficas sublimes palabras:

—Créame vd., amigo mio, hoy las diez plagas de Egipto afligen á Madrid en justo castigo de sus muchos pecados.

El cazador que largo tiempo en acecho percibe al fin el precipitado vuelo de la codorniz, el viajero que tras una furiosa tormenta y larga travesía, oye al cabo gritar: ¡tierra! ¡tierra!.... no escuchan el rumor ó la voz que se los anuncia con mas placer que yo aquellas bendecidas palabras.

Volvíme hácia el parage de donde parecían venir: pasé en torno mi anhelosa mirada, y latíendome de gozo el corazón ví á pocos pasos detras de mí á dos hombres que departían amigablemente, siguiendo el camino que yo llevaba.

El de la derecha era un hombrecillo como de veinte y cinco años, enjuto de carnes, moreno, descolorido, de nariz aguileña, de delgados labios y ojos pequeños y vivaces que revelaban inteligencia y audacia, y prestaban á su simpática fisonomía cierto aire risuño que á veces degeneraba en ironía. Tanto él como su *adlatere* vestían con elegancia y dejaban traslucir en su manera de expresarse, en su porte y ademanes, que eran pájaros de cuenta. En el curso de la conversacion supe que dicho jóven era madrileño y se llamaba don Donoso Alegrete.

Su compañero, á quien oí llamar don Severo Pimienta, era un hombre como de cuarenta años, alto, flaco, de color sulfúreo, acartonado, con una de esas narices piramidales que estaban pronunciadas antes de setiembre, segun la festiva frase de un escritor de merecida y envidiable reputacion; su enorme boca, que casi le cogía de oreja á oreja, su abultada frente deprimida en las sienes, sus ojos garzos hundidos entre sus órbitas cavernosas y ásperas cejas, cenicientas como el resto de sus cabellos y cerrada barba, y sobre todo, el corte especialísimo de su rostro, imponente y respetable por mas de un concepto, tallado en forma de triángulo obtuso, indicaban á tiro de ballesta que el señor don Severo justificaba su apellido

de Pimienta. Con esto y con añadir que el susodicho era catalán, como conocí en su pronunciado acento no bien desplegó sus labios mortecinos, acabarán mis lectores de formarse una idea exacta de los dos personajes á cuyo feliz encuentro deben la lectura de este ameno y entretenido artículo: *bocato di cardinali!*

Atisbarlos yo, oír las primeras palabras, sentirme iluminado, incendiado, sonambulizado, formar mi plan, dejarlos pasar y colocarme á retaguardia siguiendo sus huellas con el ansia con que sigue un toro jaramero al diestro banderillero que acaba de clavarle un par de rehiletes, con la astucia de un *tomador del dos* que teme ser sentido, con la diplomacia de un *predestinado* que se empeña en seguir á su cara costilla y ver donde entra sin que ella lo note.... fué obra de un segundo.

En esta situacion presté el oído, todavía incierto y receloso, y no bien pude convencerme de que no me habia engañado, exclamé con la misma intensa satisfaccion, con igual trasporte que el matemático griego, al resolver el problema cuya solucion buscaba largo tiempo hacia: ¡Eureka! ¡Eureka!... ¡ya encontré mi idea!

II.

Exposicion, prólogo ó exordio.

He aqui como se espresaban mis dos interlocutores, mientras yo, como he dicho, les seguia la pista á una prudente distancia.

—Voy á probar á vd., dijo don Severo, la verdad de mi proposicion, voy á probarle que actualmente abruma á Madrid bajo diversas formas y con distintos nombres, las diez plagas asoladoras que cayeron sobre Egipto en el reinado de Faraon.

—Suplico á vd., replicó Alegrete, que no me traiga á colacion los mil y un lugares comunes, repetidos hasta el fastidio, por todos los que con razon ó sin ella se han propuesto desacreditar á Madrid. Diga vd. lo que otros no han dicho, ó presente las cosas bajo una nueva faz....

—Justamente trato de hacerlo así, lo cual aqui para inter nos, no lo considero muy difícil, porque Madrid es una mina, que aunque muy explotada, encierra todavía en sus entrañas riquísimos filones que solo aguardan un ojo inteligente que los descubra entre las piedras y arcilla que los envuelven.

—La primera cualidad del talento,—contestó el madrileño con cierta sonrisa burlona, cuyo verdadero significado no se escapó á la suspicacia del catalán,—consiste en ver lo que otros no ven, en encontrar las relaciones que existen entre los objetos mas diversos y heterogeneos. El talento, amigo mio, tiene la virtud de la vara del profeta: hiere las rocas y brota el agua, remueve la ceniza y salta el fuego, toca el aire y se puebla el espacio de ángeles y querubines....

—Aunque yo no soy profeta ni me tengo por hombre de talento, repuso Pimienta medio amostazado, creo conocer bastante su ciudad natal, amiguito, no solo para narrar las plagas que se encuentran en ella, sino tambien para hacer su auptosia si es necesario.

—Pues bien, hable vd., pero al propio tiempo sea justo é imparcial; al lado de los males, manifieste las ventajas ó bienes que de esos inconvenientes resultan á la poblacion de Madrid, y si vd. no lo hace, yo lo haré por vd.

—En buen hora, mucho me alegraría que vd. me demostrase las utilidades de cada una de las diez calamidades que voy á enumerarle.

El señor Alegrete sacó una magnífica petaca y ofreció un habano á su contrincante.

Tomólo éste sin hacerse de rogar, y encendiéndolo en el misto que su galante amigo le brindaba, ofrecióle fuego á su vez, y los dos aspirando el humeante aroma de sus regaladísimos chicotes, volvieron á tomar el hilo de su interrumpido discurso.

Yo me volvía todo oídos, é involuntariamente me iba acercando mas y mas á ellos, armado de un cigarro (de papel) para pedirles fuego y tener un pretexto que justificase mi aproximacion, si se apercibían del empeño con que los seguia.

III.

PRIMERA PLAGA.

Las metamorfosis.

«Feceruntque Moises et Aaron sicut præcepit Dominus, et elevans virum percussit aquam lumine coram Pharaone et servis ejus, quæ versa est in sanguinem».

—Empezaré las plagas por su orden cronológico: tales como vienen apuntadas en el *Exodo*, dijo don Severo despidiendo una recia bocanada de humo, cuyas azules espirales me ocultaron por algunos instantes su torba catadura.

—Si mal no recuerdo, continuó el mencionado, dice la Escritura que la primera de ellas fué convertirse en sangre las aguas del Nilo al estender Moisés su vara sobre su superficie: metamorfosis terrible; pero no tan general, ni múltiple, ni trascendental como las que se operan á todas horas en ese receptáculo de engaños que tenemos á nuestra espalda

—Si vd. no especifica los casos....

—¡Especificar!... ¿Se necesita, es posible acaso? ¡Sería mas fácil contar las arenas del mar, ó las estrellas del firmamento!... ¿Vd. ha visto lo que Moisés hizo en el Nilo con su vara? Pues es un grano de anís en comparación de lo que se hace allí. Bajo la codiciosa vara de los revendedores, traficantes, carniceros, cafeteros, taberneros, fondistas y demás gente que surte de comestibles y bebidas á la población de Madrid se convierten diariamente en veneno, ya que no en sangre, la mayor parte, sino todos los alimentos que se espenden en plazuelas, lonjas, tahonas, hosterías, cafés, etc., etc. Todo se trueca, todo se adultera, todo recibe adiciones de cuerpos extraños que convierten en dañosas las sustancias mas benéficas. En la masa del pan se echan ingredientes que lo hagan blanco y lo esponjen, aunque le comuniquen cualidades nocivas: el que sobra en los puestos, despues de una semana de andar rodando de mano en mano, despreciado por todos, cubierto de sudor y polvo, se remoja, se vuelve á meter en el horno y se vende al otro día como fresco; generalmente le faltan tres ó cuatro onzas: la carne ladra amenudo, maulla, relincha ó bufa en el estómago de los consumidores, lo que equivale á decir que en vez de ser de vaca ó ternera, es de perro, de gato, de caballo, ó de lo que Dios ó el diablo sabe: los pescados y aves podridas, merced á ciertas asquerosas manipulaciones, aparecen como muertas del día y seduciendo la vista, el olfato y el apetito, figuran tras las vidrieras de mas de una fonda de nota: el carbon lo mojan para que pese mas: el chocolate se compone de ocho partes de bellotas y una de cacao: la leche de tres de agua y una de almidon: el vino y el aceite idem, idem: el café es la mitad cebada, y el té hojas de yerbas, que de todo tienen menos de medicinales: las frutas están siempre ó verdes, ó pasadas; la orchata de almendras es un mucilago de pepitas de albaricoque y melocoton, que ocasiona diarreas continuas, acompañadas de dolores de estómago muy confortables: las pasas, los garbanzos y judías sostienen entre individuo é individuo, intangibles capas de limo y de finísima arena que aumentan el peso y el volumen.... en fin, todo se metamorfosea, todo se adultera, y como he dicho antes, bajo la codiciosa vara de los vendedores de comestibles y bebidas se convierten diariamente en veneno, ya que no en sangre, la mayor parte, sino todos los alimentos que se espenden en Madrid. ¿No es esto una calamidad espantosa? ¿No es esto una verdadera plaga?... ¿Qué utilidad puede resultar de ella? conteste vd.

El madrileño movió la cabeza en señal de duda, y empujó hácia adelante el labio inferior, manifestando así el profundo desden con que oía las razones de su adversario.

—Aun suponiendo, contestó, que todos esos hechos sean ciertos....

—Como lo son, exclamó el catalán, interrumpiéndole con la misma intolerancia y encono que el presidente de un congreso al atrevido diputado opositor que se sale ó no se sale de la cuestion.

—Bien, se lo concedo á vd., replicó Alegrete tomando un aire burlesco que contrastaba con la seriedad de su amigo;—pero vd. tampoco me negará que en las diversas metamorfosis, combinaciones, alteraciones, mezclas y cambios que dichas materias sufren, forman un nuevo conjunto, una nueva composicion, líquida, sólida ó gaseosa, simple, mixta ó epígena, que no será, si vd. quiere, lo mismo porque se vende, pero que al fin será un nuevo manjar ó bebida mas ó menos apetitosa, mas ó menos útil, mas ó menos nutritiva. Punto cuestionable á la verdad, porque la homeopatía nos ha demostrado que las dosis infinitesimales tienen la misma virtud que el total de donde se extraen. Y así podemos creer con fundado motivo, que la leche, la carne, etc., fraccionadas y confundidas con otras sustancias, ocasionan el mismo efecto que en su pristino estado.

Prescindo ahora de la depuracion que el fuego y las demás preparaciones culinarias producen en las moléculas alimenticias. Si pudiéramos observar de cerca muchos procedimientos de otras cosas y seguir en su misteriosa marcha á la naturaleza, algo mas repugnante encontraría vd. que esas metamorfosis de que tanto se lamenta.

Ademas, señor don Severo, no olvide vd. que solo así pueden participar los pobres de muchas gollerías, de las que de otro modo se verían privados por su escaso precio. Díganlo sino las amas de pupilos, los dueños de hosterías, tascas, tabernas, etc. No olvide vd., señor Pimienta, que solo así despierta de año en año la comision del ayuntamiento ó la autoridad competente, del marasmo letárgico que las tiene sumergidas en profundo sueño como al topo, durante algunos meses, y acordándose de repente del tremendo *to be or not be* de Hamlet, para que nadie dude de su existencia, descargan su mano airada sobre la turba multa de los promiscuos caballeros cruzados de la prolífica orden de la metamorfosis, cuyas armas son un gato transformado en liebre, y surten gratis y abundantemente con sus despojos á los establecimientos de beneficencia que solo así logran sacar el vientre de mal año, segun afirman malas lenguas. Desengañese vd., señor descontentadizo, en el mundo todo está sabiamente compensado por la previsora mano de la Providencia, y el bien y el mal se equilibran mutuamente.

—¿Quién tendrá razon? dije yo para mi colete; los dos han dicho verdades como el puño; los dos aducen hechos y especies muy dignas de tenerse en cuenta; los

dos parecen estar muy convencidos de lo que avanzan y sustentan, y sin embargo.... si me dan á escoger entre los dos me quedo sin ninguno!

—Ya que vd. toma las cosas de ese modo, contestó bruscamente don Severo, pasaré á la segunda plaga. ¿La recuerda vd. por ventura?....

ALEX. MAGARIÑOS CERVANTES.

ATICISMO.

El uso arbitrario que algunos escritores hacen de esta palabra, al espresar cierta manera peculiar del estilo, nos ha determinado á decir lo que sobre ella han entendido siempre los antiguos y modernos humanistas.

La palabra *aticismo* se deriva del griego *attikos*, y significa lo mismo que salática, ó delicadeza de gusto en el lenguaje: fué inventada por los latinos para denotar la cualidad distintiva particular de algunos autores griegos.

El *aticismo* contaba en efecto un gran número de sectarios en Roma en tiempo de Ciceron, pero segun Quintiliano existia ya una antigua discusion sobre dos géneros de estilo literario, el *asiático* y el *ático*: este era ajustado, puro y abundante, aquel por el contrario, era hueco, campanudo y gigantesco, el uno no tenia nada de supérfluo; al otro le faltaba siempre precision y concierto. Quintiliano atribuye el primer estilo á las ciudades asiáticas, que ávidas por conocer el griego antiguo sin estudiarlo á fondo, llegaron á destruir completamente los fundamentos de esta bellísima lengua.

Ateniéndonos, pues, á la autoridad respetable de este escritor español, y á la del no menos célebre Ciceron, diremos que los griegos entendian por *aticismo* una manera de hablar concisa y ajustada, pero seca y desnuda de movimientos oratorios, lo que se comprueba fácilmente con las antiguas leyes de Atenas que proscribian la elocuencia. En ellas se dice, en efecto, que Lisias habia debilitado el estilo *ático* á fuerza de pulirlo, que Hespérides le daba una melodiosa dulzura que no tenia, que en Demetrio Falero habia llegado á ser mas florido que un ramillete de anémonas, y que finalmente, bajo Hegesias se le habia visto caer en una trivialidad, en un acinamiento de palabras no menos contrario al gusto que á la razon y á la filosofía.

Cuando Plutarco describe al virtuoso Focion, á quien Demóstenes llama el hacha indestructible de sus discursos, como un modelo inimitable de *aticismo*, comprueba tambien sin quererlo esta misma opinion. Balzac se explica en el mismo sentido cuando dice: «Me agradan mas las armas cortas y punzantes de la dialéctica, el *aticismo* de razones que todo ese largo equívoco de figuras y ornamentos postizos, que toda esa pompa rimbombántica y enojosa de la elocuencia de Atenas.»

Segun Moreri debemos entender por *aticismo* aquella agradable, delicada y sabrosa sátira, aquella política culta, fina y elegante que estaba tan en uso entre los griegos. *Lépidus focus, liberalis urbanitas*.

En la Bruyere se lee lo siguiente: «Estos son los príncipes que han reunido á los mas grandes y bellos conocimientos de la naturaleza, el *aticismo* de los griegos y la urbanidad cortesana de los romanos.» Semillante frase parece indicar, que lo que se entendia en otro tiempo por *aticismo* ha perdido su significacion primitiva, para tomar otra de naturaleza enteramente distinta.

En efecto, segun el pensamiento del escritor que acabamos de citar, la palabra *aticismo* significa oportunidad en los conceptos, conveniencia en las espresiones, familiaridad natural, desenfado de buen tono, agudeza exquisita de imaginacion, talento de agradar y cierto sabor aristocrático, que parece esclusivo de los príncipes y de los grandes señores, cuando las costumbres y la educacion que han recibido secundan en ellos sus dichas disposiciones.

El *aticismo*, en fin, supone siempre elegancia en las costumbres; y para servirnos de la excelente definicion de Mr. Tissot, diremos que aplicada á los escritores la palabra *aticismo*, da á entender que están mezcladas en deliciosa armonia la pureza delicada de los griegos, con la esquisita urbanidad de los romanos, y el gusto político de los modernos.

Nosotros á fuer de escritores únicamente podemos citar como modelo puro y correcto del *aticismo* griego, del *aticismo* académico á Mr. de Cormenein conocido por Timon en su famoso *Libro de los oradores*, que ha dejado atrás á todo lo que se conocia de mas bello, elegante é incisivo en el estilo.

Este famoso libro, reimpresso ya catorce veces en Francia, donde la gloria literaria se gana á palmos, es y será siempre bajo diferentes aspectos un monumento indeleble del habla castiza y filosófica, donde deben ir á buscar inspiraciones todos los que se dediquen á la grande elocuencia parlamentaria.

F. SEPULVEDA.

HIGIENE PÚBLICA.

DE LAS ALTERACIONES DE LA ATMÓSFERA Y MEDIOS DE CORREGIRLAS.

CAPITULO III.

Finalmente, ademas de la respiracion y la fermentacion, otra causa notable que puede alterar la composicion del aire es la *combustion*. Es cierto que la alteracion debida á esta causa es limitada, no ejerciendo generalmente su influjo sobre la atmósfera de una poblacion, porque la tendencia que tienen los gases á mezclarse, los movimientos del aire y la agitacion que en el mismo ocasiona la combustion, impiden que los gases que de esta resultan se acumulen en tal cantidad que hagan insalubre la atmósfera. No obstante, en las ciudades populosas y muy industriales, donde mil chimeneas vomitan constantemente torrentes de humo procedente del carbon de piedra que se quema para calentar el agua de las calderas de las máquinas de vapor, se percibe un olor bituminoso y con frecuencia sulfuroso, especialmente en los días de calma, porque la ulla contiene casi siempre pirita de hierro, y el gas desprendido de esta no es nada á propósito para la respiracion. En Londres algunos químicos han visto que el papel de tornasol se enrojecia despues de estar algun tiempo expuesto á la atmósfera. Un aire que produce este fenómeno debe ocasionar mas ó menos lentamente algun daño en el pulmon. Y no hay medio alguno de purificar tal atmósfera, que esté al alcance del hombre, que solo lo conseguirá quitando la causa que produce su alteracion. La naturaleza la purificará algunas veces con un fuerte viento que la conmueva, barra y cambie enteramente.

En donde se hace siempre notable la alteracion del aire por la combustion es en los puntos en que no puede renovarse, en las habitaciones bien cerradas. Por desgracia no son raros los casos de asfixia producidos por los gases que se desprenden de los cuerpos cuando se queman, asfixia que tiene caracteres especiales, y que se dice producida por el vapor del carbon. Al quemarse este cuerpo, el oxígeno del aire se combina con él y se transforma en ácido carbónico. La falta de aquel elemento hace al aire impropio para la respiracion, porque carece del gas que convierte la sangre venosa en arterial, y la presencia del ácido carbónico le vuelve insalubre, porque este gas es un veneno. Pero ademas de esto hay otra causa que contribuye, y con mas intensidad que las dos enunciadas, á la produccion de la asfixia por el vapor del carbon, y es la formacion de óxido de carbono, gas que siempre se produce, aunque en corta cantidad, cuando se quema el carbon. No se habian conocido bien sus nocivas propiedades hasta estos últimos tiempos, y solo se atribuia la asfixia de que vamos hablando al ácido carbónico.

Se ha demostrado últimamente con una porcion de curiosos experimentos, que los animales de sangre caliente, que son los que por menos tiempo pueden soportar un aire alterado, viven sin embargo algunos minutos, aunque penosamente, en una atmósfera que contenga seis por ciento de ácido carbónico, y en la cual no pueden arder las bujías; pero los mismos animales perecen rápidamente si en ella hay una centésima de óxido de carbono. A este gas deben por lo mismo atribuirse principalmente los dañosos efectos que sobre la economia animal produce el vapor del carbon. Se cree comunmente que puede tenerse sin peligro dentro de una habitacion un brasero, con tal que esté bien encendido y que no despidan tufo, error que á muchos ha sido funesto, porque el carbon hecho ascua continúa quemándose á espensas del oxígeno del aire, y produciendo ácido carbónico. Es verdad que como la combustion se verifica lentamente tambien se va alterando la atmósfera; pero si el brasero es grande y la habitacion no muy capaz, al cabo de algunas horas la atmósfera se habrá vuelto insalubre y tal vez mortal. La combustion de dos libras de carbon hecho ascua basta para hacer asfixiable la atmósfera de una habitacion de nueve varas cuadradas de suelo y tres de altura. No hay la misma creencia errónea cuando se trata de la combustion del carbon, porque entonces se percibe un olor particular que todos conocen con el nombre de tufo, y que aun no se sabe á qué debe atribuirse (porque el ácido carbónico y el óxido de carbono son inodoros), pero que es incómodo y ocasiona muy pronto dolores de cabeza. Y tambien la produccion del ácido y óxido de carbono es mayor en este caso, porque la combustion es mas activa, y porque se descompone el agua absorbida de la atmósfera por el carbon, originándose de esta descomposicion una cantidad notable de ambos gases. El peligro es por lo mismo mucho mayor, y el aire se hace mas pronto asfixiable.

Ningun medio hay para purificar una atmósfera alterada por la combustion. El único remedio para poder estar sin peligro en un local donde se quema carbon, es dar buena salida á los gases que resultan de su combustion, ó si esto no puede ser, renovar el aire con frecuencia. La cal y el amoníaco que se emplean con buen éxito para absorber el ácido carbónico no tienen accion alguna sobre el óxido de carbono, ni se conoce ningun cuerpo que pueda emplearse en el caso de que hablamos para absorberlo ó descomponerlo.

Se deduce de todo lo indicado sobre las alteracio-

nes que en la composicion de la atmósfera ocasionan la respiracion, la combustion y la descomposicion de las sustancias orgánicas, que la primera obra principalmente, porque produce ácido carbónico y disminuye el oxígeno; que la misma alteracion produce la combustion, la que ademas da lugar á la formacion de óxido de carbono, gas muy nocivo; y que la fermentacion altera el aire, no solo por los gases moféticos que durante ella se desprenden, sino tambien por los miasmas que estos arrastran, miasmas cuya composicion no conocemos, ni tampoco su accion sobre la economia animal, que no por eso deja de ser bastante perjudicial. Tambien se deduce que las dos primeras causas no tienen efectos perceptibles, sino cuando obran en un punto determinado, en un lugar cerrado, mientras que la fermentacion puede alterar masas considerables de aire y estender su accion á largas distancias.

La ventilacion bien entendida es el mejor medio de conservar puro el aire de las habitaciones donde se hallan muchas personas reunidas ó donde hay cuerpos en combustion; y solo la cal y el amoníaco deben usarse para absorber rápidamente el ácido carbónico de un local, en donde hay necesidad de entrar inmediatamente, y cuya atmósfera contiene mucha cantidad de aquel, así como el hidrógeno sulfurado se descompondrá principalmente con una disolucion de cloro ó de cloruro de cal, segun ya se ha dicho. Para destruir los miasmas no hay medio conocido mas poderoso que las fumigaciones de cloro, las cuales deben emplearse con frecuencia en las salas de los hospitales, en los anfiteatros anatómicos y en todos los puntos en donde hay sustancias orgánicas en putrefaccion, proscribiendo los sahumerios y sustancias aromáticas, á no ser que se desee recrear un poco el olfato.—Todas estas utilísimas ideas se hallan bien expresadas en una nueva memoria del doctor Casares contenida en la Revista Médica de Santiago.

F. J.

MOSAICO.

EFEMÉRIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 8 de julio.—Año de 1808. Heroica defensa de la puerta del Portillo de Zaragoza, y arrojo de la heroína Agustina Aragon, que hizo fuego sobre los franceses con un cañon, cuyos artilleros estaban muertos al pie de él.—1813. Accion de las Casatas y evacuan los franceses á Zaragoza.—1837. Sale de Navarra el conde de Luchana con 8 batallones y 600 caballos en persecucion de los carlistas expedicionarios.

DIA 9.—1808. Entra en España José Bonaparte para ocupar el trono que su hermano habia usurpado.—1810. Accion de Almazan dada por el cura Merino á los franceses.—1813. Accion de la Salud. 1833. Contestacion del infante don Carlos al rey pidiéndole se le juzgue segun las leyes recordando su protesta.—1834. Accion de Vega de Huerta.—1836. Defensa de Gandesa.—1837. Bloquean los carlistas á Castellon.

DIA 10.—1810. La division soriana al mando del general Duran derrota otra enemiga de mayor fuerza.—Massena toma á Ciudad-Rodrigo.—1836. Defensa del fuerte de Behovia.—1838. Defensa de Sarreal.

DIA 11.—1813. Fernando VII, rey de España, instituye la órden militar de San Fernando para premiar las acciones distinguidas y hechos de armas heroicos, distinguiéndose dos clases esenciales, que es la sencilla ó de primera, y la cruz laureada. La banda y placa de esta órden se consigna á los generales.—En igual dia y año se creó la órden militar de San Hermenegildo para premiar la constancia en el servicio, y se adjudica á los señores generales con banda, placa y tratamiento de excelencia á los cuarenta años de oficial; la placa á los que tengan iguales años desde el empleo de alférez, y la sencilla á los que con 13 años de servicio cuenten diez de alférez, sin nota mala en su hoja de servicio.

DIA 12.—1808. Evacuan los franceses á Santander.—Accion de Arjona.—1834. Llega don Carlos á Inglaterra procedente de Portugal, desde donde pasa á España presentándose en las provincias Vascongadas.

DIA 13.—1811. Soult vuelve á mandar todos los ejércitos franceses contra España.—1839. Bloqueo del fuerte de Moya.

DIA 14.—1808. Batalla de Riosco ganada por los ejércitos de Castilla y de Galicia reunidos.—1813. El general español Murillo, conde de Cartagena, fondea delante de Santa Marta, en la América Meridional, capital de la Provenza, para ir en seguida contra los insurgentes de Santa Fé de Bogotá, capital de Costa Firme ó Nueva Granada.—1839. Sorpresa de Rosell.

Confirmar de una manera positiva un hecho, verle tal como es, no obstante la imperfeccion de nuestros sentidos y otros, transmitirle sin alteracion en el tránsito á través de las tinieblas y preocupaciones de nuestra inteligencia, es uno de los problemas mas difíciles que puede proponerse un hombre. Así, cuanto mas apartado de nosotros en espacio ó tiempo ha ocurrido un hecho, cuanto mas crecida es la cifra de intermediarios, porque ha pasado para llegar á nuestros oídos, y cuanto mas nos apasione, tanto mas en cuidado y precencion de nosotros mismos debemos considerarlo.

Nuestra confianza debe redoblarle si el hecho es maravilloso, es decir, contrario á las leyes generales de la naturaleza, sin embargo de que este escepticismo no ha de degenerar en sistemática incredulidad: la duda modesta caracteriza el verdadero sábio y al filósofo ilustrado; una fé ciega y una negacion obstinada son el síntoma de la ignorancia y del orgullo.

Una preocupacion de las que mas han cundido es la de que en llegando á cierta edad no es útil trabajar para instruirse; error lamentable, porque cesando de caminar adelante se comienza al punto á retrogradar, y los elementos de las ciencias que se aprendieron en la juventud son inútiles cuando se cesa de cultivarlos.

¡Cuántas educaciones se creen terminadas, sin embargo de que nada se ha aprendido con la primavera de la edad suficientemente bien para que no se olvide un momento despues! Proporcionarse educaciones, tal es atormentar la infancia inútilmente y hacer creer á los tontos que saben algo porque lo supieron alguna vez.

Si la memoria es mas flexible en la infancia, es un cambio mas tenaz en la edad madura; si la infancia posee la memoria de las palabras, la edad madura posee los hechos que se imprimen en razon de la intensidad de concepcion del pensamiento que se quiere retener.

Las buenas maneras y la cortesía es un modo de guardar; la naturaleza le concede, y la educacion y el trato le acrece. La cortesía es un suplemento de la virtud. Dícese que vino al mundo cuando esta hija del cielo huyó de él; y se ha llegado á pensar si participaba mas de vicio que de virtud, pero yo creo que es uno de los mayores bienes de la sociedad puesto que contribuye á mantener la paz. Es una preparacion á la caridad, una imitacion de la humanidad. La verdadera cortesía es modesta, y como trata de hacerse lugar, conoce que los medios para conseguirlo son dar á entender que al conceder el primer rango de estimacion no se prefiere á otros en grado mas elevado.

La mas exacta cortesía prohibe hacer alarde con altivez de sus talentos ó imaginacion, y tambien la dureza de mostrarse dichoso en presencia de ciertos desgraciados. Es menester mucho trato para pulimentar las maneras, pero aun es preciso mucho mas tacto para hacer valer la cortesía por pensamiento. Con una cortesía fina y delicada se anublan los defectos y se estiende el dominio de las buenas cualidades. Los que carecen de maneras tienen necesidad de mas número de cualidades reales, y aun á pesar de esto se forma lentamente su reputacion. En fin, la cortesía cuesta poco y vale mucho.

He tenido mas de una ocasion de convencerme que aun entre los hombres mas laboriosos y que mas se han recomendado por su celo y exactitud, se empeñaba anticipadamente tanto mas el honor y la conciencia en el cumplimiento de un deber, cuanto mas alta era la idea que se formaban de las dificultades é importancia de su objeto.

Si tenemos que armarnos de gran fuerza de voluntad para hacer el bien, no nos es necesaria menos para no hacer mal, de lo que resulta que la vida mas modesta, es muchas veces aquella en que se ejerce mas.

EL PLACER DEL DESPRECIO DE LOS PLACERES. ¿Qué placer mas grande que el desprecio de los placeres mismos, que sin el poder de halagarnos no nos dejan un momento de reposo?

¡Por qué no hemos de aceptar á saborear este placer sublime; placer siempre igual, siempre uniforme, que no nace de la turbacion del alma sino de su tranquilidad, no de su enfermedad, sino de su salud, no de sus pasiones, sino de su deber, no del inquieto fervor y siempre variable de sus deseos, sino de la rectitud inmutable de su conciencia; placer por consecuencia verdadero, que no agita la voluntad sino que la calma, que no corresponde á la razon, pero que la ilumina!

GACETILLA DEVOTA DE LA CAPITAL.

Lunes 8. Santa Isabel, reina de Portugal y san Procopio de Jerusalem.—En la iglesia del monasterio de señoras Descalzas Reales, continuará el solemne novenario y funciones á Nuestra Señora del Milagro, todos los dias por mañana y tarde, hasta el próximo dia 12. En la parroquia de san José, dará principio la anual novena á María Santísima del Carmen, siendo por mañana y tarde, la que terminará el 16 del actual. En la bóveda de la capilla del Cristo de san Ginés, hoy, el miércoles y viernes, al toque de oraciones, proseguirán los piadosos ejercicios de costumbre. Cuarenta horas, tres dias, en la parroquia de san Miguel y san Justo, á causa de comenzar la referida novena y fiestas del Carmen á Nuestra Señora por su ilustre congregacion. Ademas en la capilla de palacio, fiesta de segunda clase por la mañana á santa Isabel.

Martes 9. San Cirilo, obispo y mártir.—En la real colegiata de san Isidro, por mañana y tarde, se rezarán las horas canónicas, este dia y toda la semana. En san Antonio de los Portugueses, se tributará á su santo titular, solo por la mañana, el culto acostumbrado.

Nota. Visitando hoy alguna de las iglesias de religiosas franciscas ó la de santo Domingo el Real, se puede ganar indulgencia plenaria, en memoria de los mártires crucificados en Bélgica en 1572.

Miércoles 10. Santas Amalia y Rufina, hermanas mártires.—En la capilla del monte de Piedad, por la tarde, habrá

los piadosos ejercicios de instituto por la santa Escuela de Maria. En las iglesias de Italianos, Olivar y Caballero de Gracia, todas las noches ejercicios.

Jueves 11. San Pio I, papa y mártir; san Abundio, mártir de Córdoba, y santa Verónica de Julianis.—En las parroquias de santa Maria, santa Cruz, san Ginés, san Lorenzo, san Pedro, y real iglesia de san Isidro, se hará la acostumbrada renovacion de sagradas formas, por la mañana. Cuarenta horas hoy y mañana en el convento de madres capuchinas, donde se celebrará en ambos dias, á la gloriosa virgen santa Verónica de Julianis, de aquella seráfica órden.

Viernes 12. San Juan Gualberto, abad, y santa Marciana, virgen y mártir. En la iglesia del convento que fué de Jesus, se festejará á su divino titular, siendo por mañana y tarde. En la de Descalzas Reales, solemne funcion todo el dia á la Virgen Santísima del Milagro. En las Trinitarias, por la tarde, y en el oratorio de Cañizares, por la noche, los respectivos ejercicios establecidos. En la comunidad de Arrepentidos y en la V. O. T. de Servitas, á las seis de la tarde se practicarán el piadoso ejercicio del Viacrucis.

Sábado 13. San Anacleto, papa y mártir; y san Maximiliano, obispo.—En la iglesia parroquial de san Ginés, y en la del Carmen, el 15 del actual, comenzará el anual y solemne novenario á María Santísima de la misma advocacion, y dará fin el próximo domingo 21 con funciones por mañana y tarde. En el hospital de la corona de Aragon (vulgo Monserrat), se tendrá por la tarde la duodena mensual á san Antonio de Padua. En los templos acostumbrados, citados otras veces, se tributará el culto semanal á la Santísima virgen, por mañana, tarde ó noche. Cuarenta horas hoy y el siguiente, en la parroquia de san José, donde proseguirá la indicada novena del Carmen, su virgen titular.

Domingo 14. San Buenaventura, obispo y doctor.—En la parroquia de san Martin, se festejará á María Santísima del Destierro, como todos los meses, por la mañana. En la de san Millan, la anual festividad al Santísimo Cristo de las Injurias, por la mañana. En las demas parroquias, Palacio, Encarnacion, Retiro, Buen Suceso, san Isidro, santo Tomás, y otras iglesias, misa mayor como todos los dias festivos. En los conventos de religiosas franciscas, se ganará indulgencia plenaria por celebrarse al santo de hoy como de su seráfica órden. En el Rosario y santo Tomás, procesion por la tarde con el Niño Jesus. En el Carmen, escuela Pia de Lavapiés, san Millan, Servitas, Arrepentidos, Espiritu Santo, Caballero de Gracia y Olivar, piadosos ejercicios espirituales, por la tarde. En Italianos, por la noche, será el tercer dia de la seisesma á san Luis Gonzaga, siendo con exposicion del Santísimo por especial privilegio de la Santa Sede.—En la capilla de Chamberí, ídem de la V. O. T. de san Francisco, y en su iglesia otros ejercicios por la tarde. En la capilla de Belen (en san Juan de Dios), desde las cuatro de la tarde en adelante, se visitarán las cruces. Ademas dió principio ayer en la parroquia de san Lorenzo la novena á María Santísima del Carmen, por su restablecida hermandad. Y hoy en el beaterio de san José, calle de Atocha, al Santísimo, por el aniversario de su colocacion en dicho templo.

FUNCIONES DE IGLESIA FUERA DE LA CORTE.

Dia 8. Se celebrarán las siguientes. A santa Paulina, virgen y mártir, en el monasterio de san Miguel de Treviño, donde se venera su cuerpo.

Dia 9. Al Santísimo Cristo de Gracia en las Navas del Marqués, y á san Bricio, obispo de Evora, en Jaen, donde murió.

Dia 10. A san Máximo, obispo de Martos, en el mismo Jaen, y á sus santos compañeros Félix y Januario.

Dia 12. A santa Marciana, virgen y mártir, en Toledo.

Dia 14. A san Buenaventura, obispo y doctor, en la ciudad de Guadix, reino de Granada, se le festejará con funcion y procesion general en la catedral, por voto hecho en 1631, en accion de gracias por haber cesado la peste de tabardillos, que desde 1.º de abril affligió á dicha villa, siendo victimas á centenares sus vecinos.

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del inserto en el número anterior.

LA DERROTA CASI SIEMPRE ES LA MENSAGERA DEL TRIUNFO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.